

BOLETIN

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA



BOLETIN INFORMATIVO

ENERO-JUNIO 1990
N.º 28

Directora:
Encarnación Ruano Ruiz

Consejo de Redacción:
María Angeles Alonso Sánchez
Juan Blánquez Pérez
Marina García Cabezón
Juan Guerra Romero
M.ª Rosario Lucas Pellicer

Edita: Asociación Española de Amigos
de la Arqueología - Alcalá, 108
Correspondencia: Apartado 12.403
Dep. Legal: M-24.361-1974
ISSN-4.741
Imprime:
grafoffset sl
Getafe (Madrid)

JUNTA DIRECTIVA

Presidenta de Honor:
S. M. la Reina Doña Sofía

Presidente:
Emeterio Cuadrado Díaz

Vicepresidentes:
Manuel Bendala Galán
M.ª Rosario Lucas Pellicer

Secretario:
Manuel Santonja Alonso

Vicesecretarios:
Ignacio Montero
Salvador Rovira Llorens

Tesorero:
Manuel Castelo Fernández

Vicetesorera:
Encarnación Ruano Ruiz

Actos culturales:
María Angeles Alonso Sánchez
Manuel Bendala Galán
M.ª Rosario Lucas Pellicer
María Sanz Nájera

Relaciones sociales:
Eduardo Ferrera Ketterer
Juan Guerra Romero
Mercedes Prada Junquera

Viajes de estudios:
Antonio Higuera Martínez
Gonzalo Muñoz Carballo

Bibliotecarios:
Mercedes Prada Junquera
Salvador Rovira Llorens

sumario

Homenaje a Teógenes Ortego en Soria 3

Excavaciones en Tharsis, Alosno (Huelva). Estudios sobre minería y metalurgia antigua 5
Aurelio Pérez Macías, Francisco Gómez Toscano, Genaro Álvarez García, Enrique Flores, María Luisa Román Pérez y Joaquín Beck

La ciudad griega de Rhode, en Iberia, y la cuestión de su vinculación con Rodas 13
Adolfo J. Domínguez Monedero

✓ Obras arcaicas de escultura ibérica en el Museo Arqueológico de Elche (Alicante) 26
Rafael Ramos Fernández

La música en la antigüedad hispana (II): instrumentos de cuerda 35
Raquel Castelo Ruano

Cipo romano de Mejorada del Campo 44
Tomás Calleja Guijarro

El norte de la provincia de Palencia durante la época romana: estado de la cuestión 48
Angel Morillo Cerdán

La mujer en el contexto paleocristiano hispánico 57
María Angeles Alonso Sánchez

Actividades de la Asociación 65

Libros recibidos 66

Revistas recibidas 66



Homenaje a Teógenes Ortego en Soria

DEL 18 al 21 de octubre de 1989 se celebró en Soria el *II Symposium de Arqueología Soriana*, organizado y patrocinado por el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la excelentísima Diputación Provincial.

En apretadas sesiones de trabajo se fueron desarrollando las tres secciones de que constaba el *Symposium*: Arqueología Prehistórica, Arqueología Clásica y Arqueología Medieval. Ponencias y comunicaciones fueron trazando el panorama actualizado de la arqueología soriana, dejando constancia de la notable labor que un nutrido grupo de investigadores (muchos de ellos jóvenes investigadores) lleva a cabo desenterrando los olvidados entresijos de la historia para hacerla de nuevo palabra viva y actual.

Pero para nosotros, para esta Asociación Española de Amigos de la Arqueología, el *Symposium* tenía una significación especial: era el homenaje de la arqueología soriana a uno de sus más dignos y fecundos cultivadores: don Teógenes Ortego y Frías, el que fue nuestro vicepresidente hasta que, tras clausurar el curso en junio de 1988, una voluntad superior le empujó a más altos vuelos.

Nadie hizo el panegírico de Teógenes. Tan sólo algunas alusiones en las breves palabras (tópico de circunstancias) de los actos de apertura y clausura de la reunión. Más, en verdad, hubiera resultado innecesario. Porque de Teógenes se habló, y mucho, en el lugar en donde él se habría sentido más a gusto: en la palestra de la discusión científica. Desde el Paleolítico a la Historia Medieval, las referencias constantes a trabajos de Teógenes Ortego resultaron el mejor homenaje a ese infatigable, andariego y profundo conocedor de los campos de Soria y de su historia. Resultaba también, en una segunda lectura, un envidiable catálogo de sus muchos trabajos que, junto con los de eximios predecesores como don Blas Taracena y don Juan Cabré, quedan como instrumentos imprescindibles para estudiar el pasado soriano.

Muchos miembros de esta Asociación participamos en el *Symposium*, del que fueron invitados de excepción los familiares más allegados de Teógenes. No podía ser de otro modo para quienes, por razones profesionales o sentimentales, sentimos la llamada de Soria. Yo, al menos, no concibo la historia de los sirios de Numancia sin la vívida narración en voz de Teógenes, certero en la cita de los clásicos y amenísimo conversador. Y un viento frío y cortante aventando mis mejillas, sobre el páramo numantino.

S. R.

EXCAVACIONES EN THARSIS (ALOSNO, HUELVA). ESTUDIOS SOBRE MINERIA Y METALURGIA ANTIGUA

J. Aurelio PEREZ MACIAS
Francisco GOMEZ TOSCANO
Genaro ALVAREZ GARCIA
Enrique FLORES
María Luisa ROMAN PEREZ
Joaquín BECK
Fundación Río Tinto

HUELVA: GEOLOGIA Y MINERIA

La zona minera de Tharsis (Alosno, Huelva) corresponde a uno de los cotos integrantes del denominado Cinturón Ibérico de Piritas, franja mineralizada más sobresaliente del Sudoeste Ibérico, que atraviesa las provincias de Sevilla (Aznalcollar) y Huelva, donde adquiere más desarrollo y espectacularidad, y finaliza en Portugal, cerca del Atlántico (figura 1).

El origen y formación de estas mineralizaciones se conecta a efusiones volcánicas submarinas a finales del Devónico, durante el cual se producen expulsiones de lavas y material piroclástico que recubren amplias zonas del lecho marino. Después, a medida que se fue agotando la capacidad emisiva de los focos volcánicos, se inicia una fuerte actividad fumarológica, mediante la cual ascendió gran cantidad de azufre y metales tomados de los materiales más profundos, que al depositarse sobre el fondo del mar llegó a formar potentes masas de sulfuros.

Más tarde, ya durante el Carbonífero, extinguida la etapa vulcanosedimentaria, abundantes depósitos de finos y arenas cubrirían los materiales volcánicos, materiales que se comprimieron y emergieron durante el plegamiento herciniano.

Dos últimos factores contribuyeron a hacer visibles estos depósitos minerales: la erosión por una parte, que arrastró los niveles superiores de pizarras, y la acción de agentes climáticos, que al actuar sobre estos materiales originó una fuerte oxidación, lo que confirió una composición típica a la parte superior de los filones a través de monteras oxidadas conocidas como «gossan».

Las mineralizaciones producidas

son esencialmente dos, los sulfuros masivos, como resultado de la acumulación submarina de grandes cantidades de sulfuros procedentes de las fuentes fumarológicas, y la mineralización en stockwork, vetas mineralizadas que aparecen en determinadas áreas de rocas volcánicas, con potencias que oscilan entre 1 milímetros y 20 centímetros.

Más importante para poder comprender los trabajos mineros de la

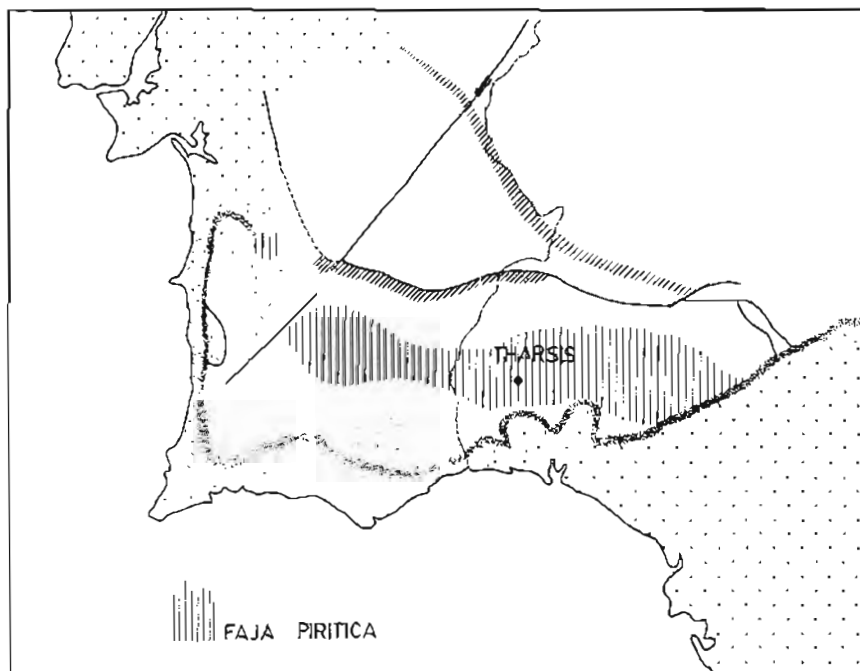


Figura 1. Cinturón Ibérico de Piritas.

antigüedad es la mineralización que se llevó a cabo en la zona superior de los criaderos por la acción de los agentes atmosféricos, sobre todo el influido por la infiltración de las aguas meteóricas superficiales; esto lleva consigo la formación de minerales oxidados, sobre todo el cobre y la plata, que como sulfato de cobre y sulfato de plata formaron concentraciones rentables para el minero antiguo.

La dispersión de yacimientos mineros es particularmente importante en la provincia de Huelva, donde se suceden con intervalos de uno o dos kilómetros de separación. De entre ellos los más destacados son las Minas de Río Tinto, Sotiel Coronada y Tharsis, pues los volúmenes de minerales, los restos que se conservan de las distintas épocas de laboreo y la propia continuidad de las explotaciones, avalan su categoría.

Hoy día el conocimiento de la arqueología minera de los depósitos de piritas es escaso. Bien está que conozcamos las minas que fueron trabajadas en la antigüedad y conservamos notables ejemplos de artefactos mineros (bomba de Ctesibio, ruedas hidráulicas, etcétera), pero en general no existe un estudio preciso sobre el inicio y fases de los trabajos, tipologías claras de las minas, procesos metalúrgicos, metales producidos y canales de comercialización, amén de cuestiones socio-económicas aún más desconocidas.

Este es un hecho que puede considerarse grave si tenemos en cuenta el peso económico que tuvo y tiene la explotación de estos minerales y el peligro en que están de desaparición.

El beneficio moderno de estos cotos afectó a los restos arqueológicos, pero como la explotación no estaba destinada a la extracción de los mismos minerales que se sacaron en la antigüedad, aún quedan suficientes restos como para hacer estudios con un mínimo de rigor. No obstante, en los últimos años la producción ha ido encaminada fundamentalmente a la obtención de plata y oro, minerales que se encuentran en las zonas superficiales de trabajos antiguos, y ello supone una seria

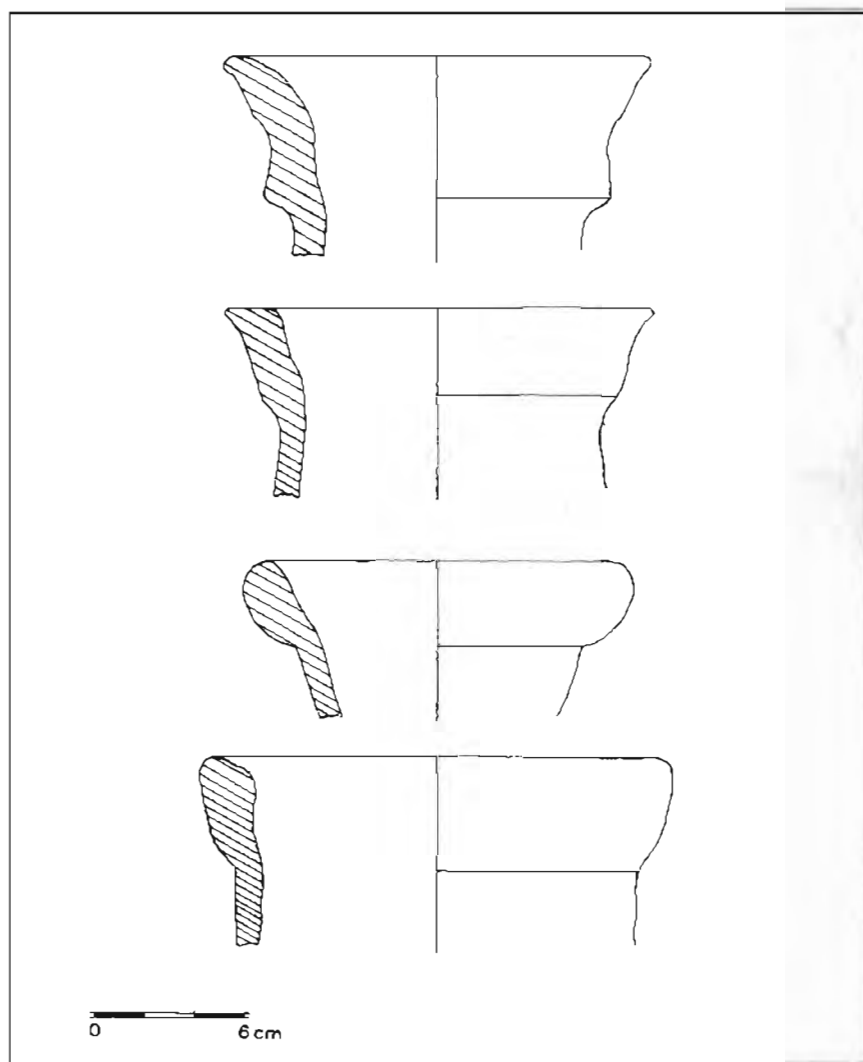


Figura 2. Materiales de la primera época de laboreo romano en Tharsis.

amenaza para todos los yacimientos arqueológicos.

Esta fue la causa de que se iniciaran estudios del área como el Proyecto Arqueometalúrgico de la provincia de Huelva, que a partir de un amplio muestreo de zonas de escoriales evidenció el gran desarrollo de la minería romana, mostrando que la mayor parte de las minas fueron trabajadas ya en esa época. Pero aún restan muchos aspectos por estudiar y muchas minas por explorar. Una de ellas, de las más importantes, es la de Tharsis, no incluida en los trabajos de campo que se han llevado a cabo últimamente.

La actual compañía que explota los minerales, Compañía Española de Minas de Tharsis, proyecta la producción de plata y oro y esto su-

pone el peligro de desaparición de varios yacimientos arqueológicos de los que carecemos de datos. Esto ha movido a la Delegación Provincial de Cultura de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Huelva a diseñar un plan de actuación que se ha concretado hasta ahora en tres fases: la realización de una carta arqueológica del coto minero, sondeos estratigráficos en la zona antigua de hábitat y el desmuestre de los escoriales, y finalmente el levantamiento planimétrico de las minas antiguas, todo ello para poder determinar la envergadura de los yacimientos y sus posibilidades de conservación.

Este artículo no es más que una breve información sobre los primeros resultados obtenidos, y actual-

mente estamos procediendo a la elaboración del informe definitivo que incluye la documentación de doce complejos.

EL EJEMPLO DE THARSIS

Las minas de Tharsis están situadas en el término municipal de Alosno, en la comarca del Andévalo occidental, a unos 50 kilómetros al norte de Huelva capital. Su paisaje lo forman colinas suaves que en raros casos llegan a sobrepasar los 300 metros de altitud, y la vegetación autóctona la componen la encina, el alcornoque y el monte bajo, compuesto primordialmente de brezo y jara, paisaje que ha sido alterado recientemente por la repoblación de eucaliptos.

Su desarrollo es grande, pues en un diámetro aproximado de siete kilómetros se conocen 16 criaderos de sulfuros, trabajados en su mayor parte en época romana, y casi ininterrumpidamente hasta la actualidad.

La mayor parte de la documentación que poseíamos de las explotaciones antiguas se debían sobre todo a los ingenieros de minas, quienes desde mediados del siglo pasado investigaron la riqueza minera de la provincia. De entre ellos, el primero fue Ernesto Deligny (1), que en 1853 redescubre las minas y les da el nombre de Tharsis, pues según los habitantes de la zona la sierra más alta de los entornos era conocida como «Tarse». Además, nos da noticias de los extensos escoriales que rodean las colinas y distingue dentro de ellos los que llama escorias «fenicias», pastosas y mal fundidas, con leyes de cobre que pueden alcanzar el 2,5 por 100, y las «romanas» que cubren a las anteriores y presentan intervalos de cobre entre 0,55 y 0,43 por 100.

En 1888 J. Gonzalo y Tarín cita el descubrimiento de una instalación de 14 ruedas hidráulicas dispuestas por parejas aparecidas al realizar la gran corta en el criadero Norte, dos de ellas en buen estado de conservación, y el hallazgo de un

horno de un escorial que consistía en un hoyo abierto en pizarras metamorfoseadas, de cuyo material refractario estaban también forradas las paredes (2).

A lo largo de la explotación moderna han ido saliendo a la luz algunos objetos interesantes, entre ellos una estatua thoracada del siglo II d.C. y un retrato de Tiberio, depositados actualmente en el Museo Provincial de Huelva. Con los materiales más menudos formó la compañía minera un pequeño museo donde se encontraban expuestos diversos tipos de cerámicas, vidrios, inscripciones y diferentes útiles minero-metalúrgicos, entre los que sobresalen una polea romana y un crisol para la recuperación de plata del arseniuro de hierro (escoria romana de plata llamada por los antiguos «metal blanquillo»).

La zona arqueológica más importante documentada durante el cateo preliminar fue el área adyacente al Filón Sur, donde los diferentes trabajos mineros habían dejado al descubierto una zona de hábitat de fuerte potencia estratigráfica, vestigios de diferentes necrópolis y numerosas galerías antiguas seccionadas por los trabajos a cielo abierto.

Los trabajos de excavación y planimetría contaron con la ayuda del Taller de Arqueología de la Escuela Taller «Cuenca Minera» y el apoyo técnico de la Sociedad Espeleológica Geos de Sevilla, que realiza la topografía de los complejos mineros.

El trabajo de excavación consistió en una serie de sondeos en los alrededores de la corta de Filón Sur, la zona de más densa explotación romana.

LA EXCAVACION DE 1988

Sondeo 1

Está situado casi en el mismo borde de la corta, junto a un pocillo romano de planta cuadrada. Teníamos conocimiento que en esta zona se habían excavado algunas tumbas y pretendíamos conocer la

posible extensión de la necrópolis hacia el sur. El sondeo de 2 x 3 metros descubrió una tumba de forma rectangular excavada en la pizarra y con cubierta plana de tégulas. El ajuar, muy escaso, se componía de una urna cineraria partida a la mitad en época y una pátera de Sigillata de la forma 49 de Hayes, que fecha la sepultura en la mitad del siglo III d.C.

Sondeo 2-3

Hace relativamente pocos años la compañía minera desfondó el poblado romano de Filón Sur para rellenar con humus los jardines de la barriada de Huerta Grande. La trinchera que formaron las máquinas puso al descubierto potentes muros de época romana. Por este motivo planteamos la posibilidad, de realizar un corte donde se pudiese estudiar estratigráficamente el desarrollo de la presencia romana en la mina, y otro sobre el mismo perfil de la trinchera que buzara bajo las estructuras romanas.

Los resultados obtenidos en estos dos cortes son los más definitivos sobre la historia antigua de Tharsis. Sobre la tierra estéril se asentó una pequeña instalación metalúrgica de recuperación argentífera durante la etapa de Bronce Final Orientalizante, con materiales como cerámicas a mano de producción indígena, ánforas paleopúnicas características del comercio orientalizador y tartésico, y abundantes restos arqueometalúrgicos como escorias de sílice libre, toberas, copelas y crisoles. Después, sobre el nivel homogéneo de época protohistórica, la zona se utilizó como escorial durante los primeros años de la Era. A primera vista este escorial parece derivado del trabajo con minerales de plata, resultando escorias fuertemente liquadas con formas de finas coladas de vertido. Como materiales arqueológicos que fechan este nivel han aparecido numerosos fragmentos de ánforas Dressell 7-11 (Beltrán I) y algunos bordes y galbos de Sigillata Itálica de forma antiguas.

Por encima de este escorial se realizaron las trincheras de cimentación del primitivo poblado romano



Figura 3. Planta de los cortes 2-3.

de Tharsis, construido también a comienzos del siglo I d.C., y que continuará con diversas fases constructivas de replanteos de muros y gruesos paquetes de pavimentos formados por estratos de escoria triturada y mortero (figura 3). Hemos constatado tres fases constructivas, la primera de la primera mitad del siglo I d.C., la segunda en la segunda mitad de ese siglo, y la tercera de la primera mitad del siglo II d.C.,

que inicia la agonía de la minería. Durante estas tres fases, la zona se utilizó como lugar de habitat y por ello los materiales arqueológicos son de uso cotidiano, cerámicas comunes, vidrios, Sigillatas de diversos tipos, paredes finas y ánforas. Presumiblemente durante todo este período las escorias se depositaron en los alrededores de las zonas de extracción: Silillos, Filón Sur, Esperanza y Huerta Grande.

Sondeo 4

Una vez conocida la entidad del poblado quedaba por resolver su extensión espacial, sobre todo junto a los minerales que se pretendían explotar inmediatamente por la compañía. El primero que se deshará de las trituradoras será el que se encuentra al noroeste del sondeo 2-3.

El sondeo 4 pretendía documentar si en esa zona los restos romanos tenían la monumentalidad de los encontrados en anteriores cortes. Sin embargo, los restos constructivos son pobres pues los muros sólo conservan una hilada y asientan directamente sobre la roca virgen. Como material arqueológico más interesante se excavó un molino romano para cereal. Las cerámicas y otros materiales fueron escasos.

Sondeo 5-6

A la vez que se excavaban los distintos sondeos se procedió a prospectar toda la zona de los alrededores por si hubiera yacimientos que se vieran afectados por los trabajos mineros. En uno de los puntos más elevados del área de minería, Pico del Oro, encontramos materiales en superficie que nos remontaban al siglo VII a.C. (figura 4). Este yacimiento fue casi totalmente destruido por los desmontes de la antigua mina a cielo abierto de Filón Sur.

Para reconocer si lo que se conservaba era realmente de valor realizamos dos sondeos que dieron resultado negativo. Si en el primer banco de la corta aparecía material en abundancia, las catas mostraron que el poblado protohistórico tenía escasa potencia y estaba completamente arrasado.

Sondeo 7

La construcción de una pista para maquinaria pesada entre la planta de tratamiento mineralúrgico de oro y plata y el vacíe de mineral de la zona de Filón Sur cortó parte del poblado romano y una zona de ne-

crópolis donde se veían varias plantas de tumbas al descubierto.

Con un cuadro de 3 x 2 metros, decidimos limpiar una de las sepulturas y comprobar si se correspondía a la misma categoría social y cronología que la excavada en el sondeo 1.

La tumba era sensiblemente diferente. Su forma rectangular es delimitada por un encofrado de lanchas de pizarra trabadas con pequeños bloques de mineral. El ajuar era muy monótono, seis ungüentarios de vidrio, varios clavos y una gruesa capa de cenizas. A pesar de esto, puede situarse en el siglo I d.C., con

lo cual se conoce que los distintos sectores de la necrópolis se corresponden a momentos diferentes.

Sin duda alguna, de los documentos arqueológicos de las minas los más interesantes son los escoriales, a través de ellos podemos adentrarnos en el motivo económico que originó la explotación de los minerales y sobre todo en el desarrollo tecnológico alcanzado en los diferentes momentos de los trabajos.

Aunque no corresponda fielmente a la idea que poseemos de un escorial, las bolas plano-convexas de sílice libre encontradas en los niveles más profundos de los sondeos

2-3 y las recogidas en superficie en Pico del Oro son los testimonios más antiguos de producción metálica obtenidos de los depósitos de sulfuros de las minas de Tharsis. No es difícil dar una explicación a estos trabajos si comparamos esta primera ocupación con lo que estaba ocurriendo en toda la zona minera y en el resto de Andalucía y Levante peninsular.

Tras un tímido comienzo de la metalurgia de plata durante el Bronce Pleno, el comercio orientalizante propició la extensión de la minería a la mayor parte de los cotos mineros. En unos casos, como en Río Tinto y Tharsis, fue la plata el hilo conductor de las relaciones comerciales con la costa, fomentando la cada vez más creciente demanda un notable impulso tecnológico y curiosos fenómenos de aculturación. En otras minas, el beneficio de carbonatos de cobre para la obtención de cobre puro supuso también un corto periodo de ocupación, pero esta vez sin la interferencia de elementos foráneos, como ocurre en las minas de Chinflón (Zalamea la Real) y Sotiel Coronada (Calañas).

Según se ha comprobado en el sondeo 2-3 y por trabajos nuestros anteriores en Minas de Río Tinto, la producción de plata decae totalmente durante el periodo ibérico y resurgirá lentamente en el siglo I a.C. No obstante, no es hasta el cambio de Era cuando se inicia el laboreo metalúrgico a gran escala. A esta época corresponde el escorial de plata sobre el que se realizan los cimientos del poblado romano de Tharsis.

A partir de este momento la minería, hasta entonces concentrada en la zona de Filón Sur, se extiende a los demás depósitos minerales. Prueba de ello es que en las rocas de caja se establecen los escoriales y las fundiciones.

DESMUESTRE DE LOS ESCORIALES ROMANOS

De los inmensos escoriales que encontró Deligny en el área minera

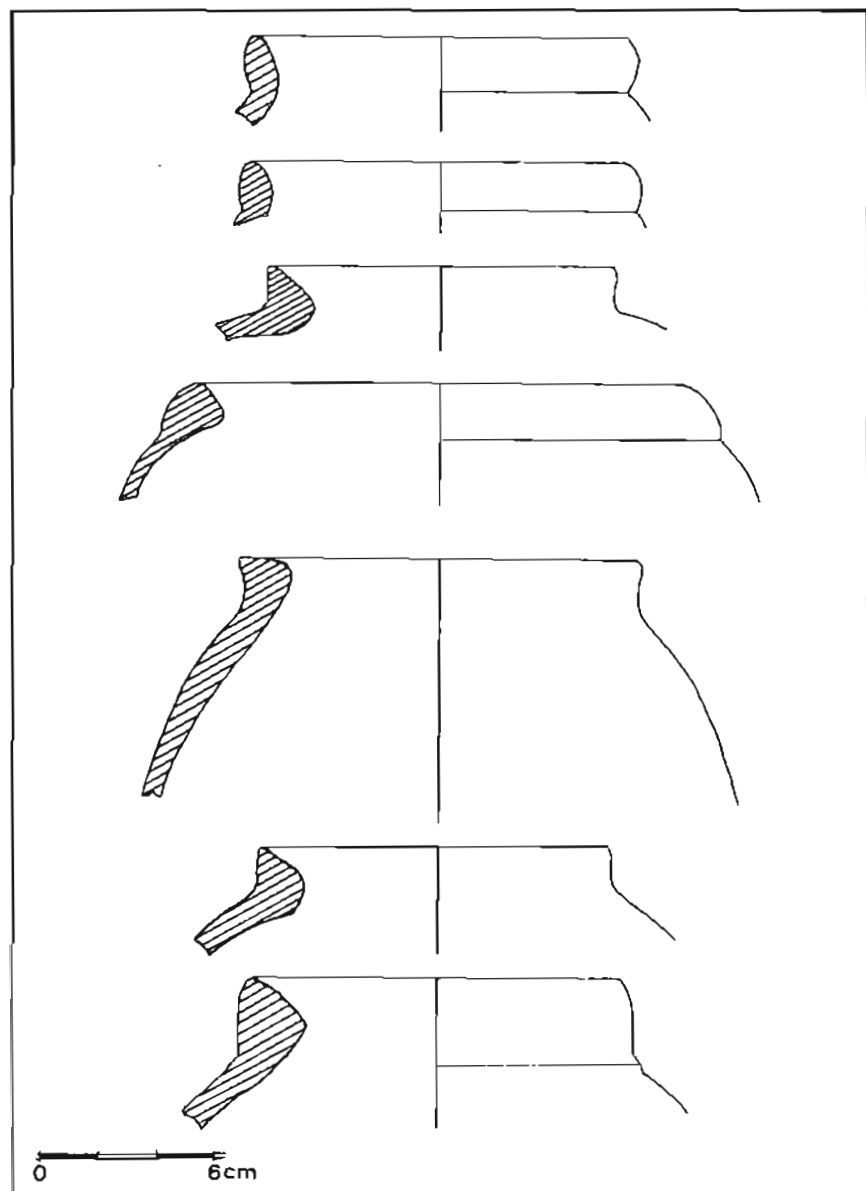


Figura 4. Cerámicas de la ocupación protohistórica de Pico de Oro.

de Tharsis a mediados del siglo pasado sólo se conservan una parte de ellos, ya que hasta recientemente se han utilizado como balastro en las líneas del ferrocarril minero y como firme en la construcción de las carreteras. De entre ellos los más importantes son los que siguen.

Silillos

Situado a unos 400 metros de las oficinas de la compañía minera, ocupa una superficie aproximada de 45.000 metros cuadrados y llega a una potencia mínima de cinco metros.

Presenta en varios taludes una excelente estratificación con niveles de escorias, cenizas, carbón, barro, gossan triturado, etcétera. Una muestra de la escoria analizada ha aportado el siguiente resultado: 0,13 por 100 Cu, 1,03 por 100 Pb, 0,03 por 100 Zn, 1,20 por 100 As, 3,63 g/t Au y 31 g/t Ag. Estos porcentajes, con altos contenidos de cobre, plata y plomo, nos definen este escorial como resultado de una doble operación metalúrgica destinada a la obtención de cobre y plata. Como ya se ha estudiado en Minas de Río Tinto, se corrobora aquí que es a partir del cambio de Era cuando comienza la producción industrial de cobre, aunque la plata no dejará de ser nunca el metal más trabajado.

Este escorial se corresponde con la zona de minerales de Filón Sierra Bullones.

Filón Sur

Situado a unos 300 metros al suroeste de la Sierra de Santo Domingo, sobre una superficie de 7.000 metros cuadrados. Aunque en gran parte ya explotados, se aprecia todavía una buena estratigrafía donde llama la atención la gran cantidad de restos de cerámica común.

Por su composición química es un escorial originado por la fundiciones argentíferas de los minerales del Filón Sur. Como muestra de la analítica de sus escorias hemos seleccionado una muy significativa: 0,07 por 100 Cu, 1,59 por 100 Pb.,

0,10 por 100 Zn, 0,21 por 100 As, 0,85 g/t Au y 24,9 g/t Ag.

Huerta Grande

Se encuentra a unos 100 metros de la corta abandonada de Filón Centro, al sur de la bajada de «Huerta Grande». Ocupa una superficie de aproximadamente 30.000 metros cuadrados. No se aprecia a simple vista estratificación como en las anteriores. En este escorial se encontró una figurilla de bronce de siete centímetros de altura.

La escoria, diferente de la de los

demás escoriales, es porosa y con textura granular. Es también escoria de plata: 0,08 por 100 Cu, 1,05 por 100 Pb, 0,03 por 100 Zn, 0,44 por 100 As, 1,71 g/t Au y 46,7 g/t Ag.

Esperanza

Está situado al costado sur de la Corta Esperanza, con una extensión de 6.000 metros cuadrados. Parte de él se perdió con el desmonte de la corta y las posteriores explotaciones.

En este escorial se ve clara la di-

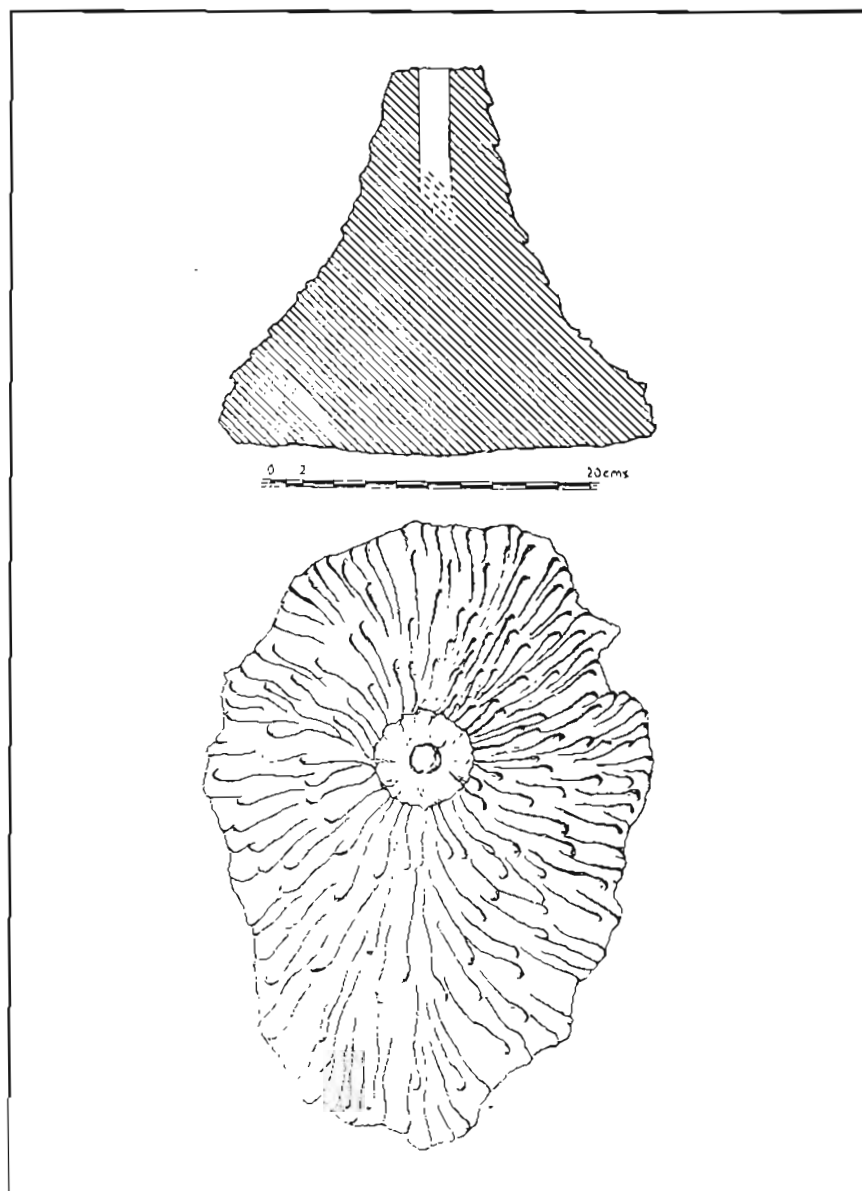


Figura 5. Escoria cónica de época romana.

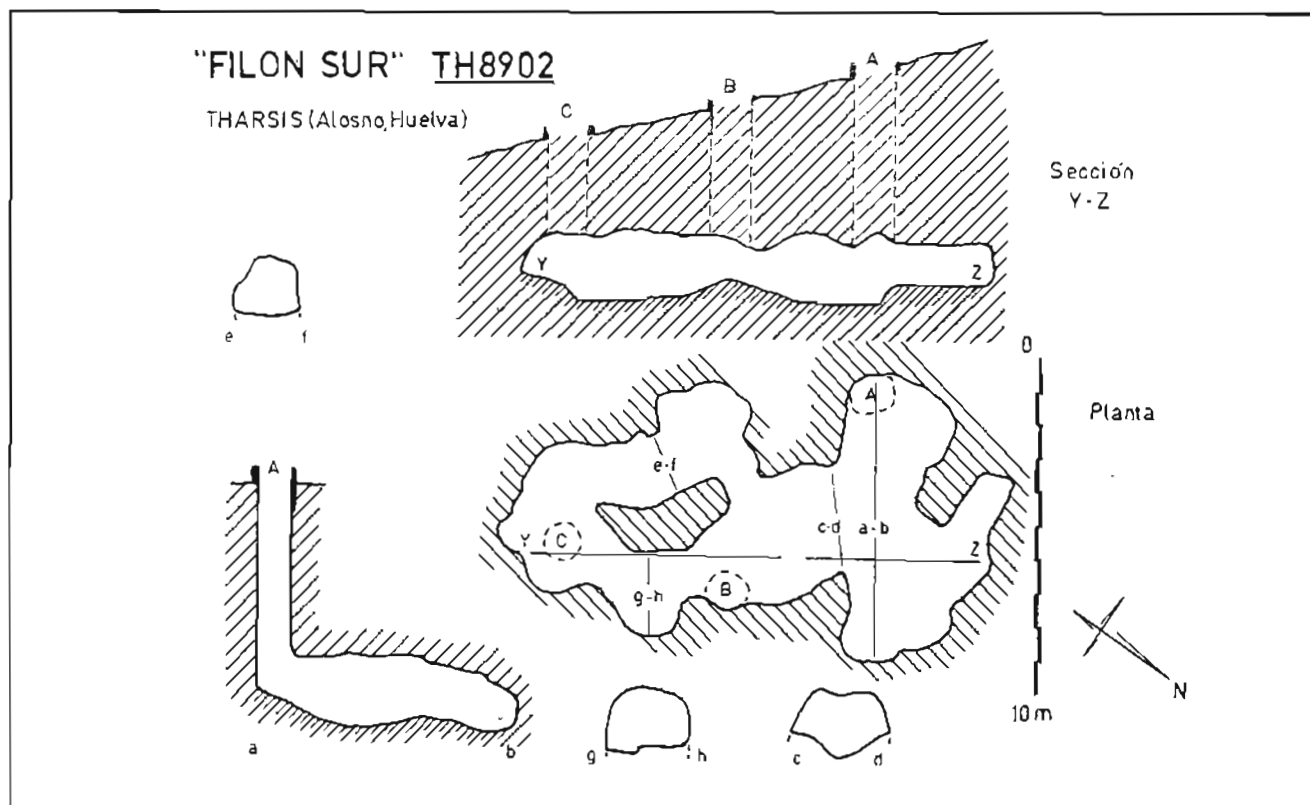


Figura 6. Planta y secciones de una mina romana de pozo.

ferencia de métodos metalúrgicos, pues se observan dos niveles con distintos tipos de escorias, una triturada en forma de nódulos y otra en forma de placas finas. Los análisis, sin embargo, muestran que es una escoria típica de plata: 0,08 por 100 Cu, 1,05 por 100 Pb, 0,03 por 100 Zn, 0,38 por 100 As, 1,03 g/t Au y 28,9 g/t Ag.

PROSPECCION DE LA MINERIA ANTIGUA

A pesar de que el estudio no está aún terminado, podemos adelantar algunos aspectos interesantes observados en Tharsis que al ser comparados con los de Río Tinto muestran peculiaridades que hacen resaltar algunas analogías y diferencias formales.

Si en Río Tinto aparecen una serie de trabajos romanos entre los que destacan galerías de extracción, localizadas en zonas trampa, pozos de sondeo o exploración y galerías

de desagüe, la minería antigua conservada en Tharsis tiene unas constantes que difieren de ella notablemente.

En primer lugar, las propias características morfogenéticas de Río Tinto influyeron para que llegasen hasta nosotros, relativamente bien conservadas, galerías como RT8801, mientras en Tharsis sólo hemos podido documentar amplias zonas colapsadas sobre la roca de caja donde fueron excavadas, y entre los escombros, restos de entibación vegetal (encina y alcornoque) muy mineralizada.

Los posibles pozos de exploración no han podido documentarse en tramos importantes, debido a que se presentan siempre colapsados a consecuencia de la propia consistencia de la roca en que fueron excavados. Por la misma razón quizá no hemos podido documentar galerías de desagüe.

Los complejos antiguos más representativos son TH8902 y TH8910. El primero (figura 6) se encuentra en la vertiente SO del Filón Sur, cercano a la CN, en la cota 274

m.s.n.m. Consta de tres pozos de escasa profundidad, que conducen a una serie de cámaras conectadas entre sí, que forman una galería sinuosa con columna central. Ha sido excavada en roca volcánica que presenta fracturas cuadrangulares, formando ángulos rectos muy definidos. Estas fracturas están rellenas de cuarzo y mineral, formando vetas de 10/15 milímetros de grosor medio, pudiendo existir una relación entre la orientación de las fracturas y el desarrollo de las diferentes cámaras. El suelo actual está formado por materiales gruesos caídos del exterior y otros más finos debidos a inundación. Estas cámaras son irregulares, con tendencia abovedada. Tanto paredes como techos presentan restos de haber sido picados con instrumentos metálicos, de los que han quedado suficientes huellas.

Mucho más interesante es el complejo observado en la cota más alta del Filón Sur, a 310 m.s.n.m., en la vertiente SE de la Sierra de Santo Domingo (figura 7). A simple vista presenta características de una mi-

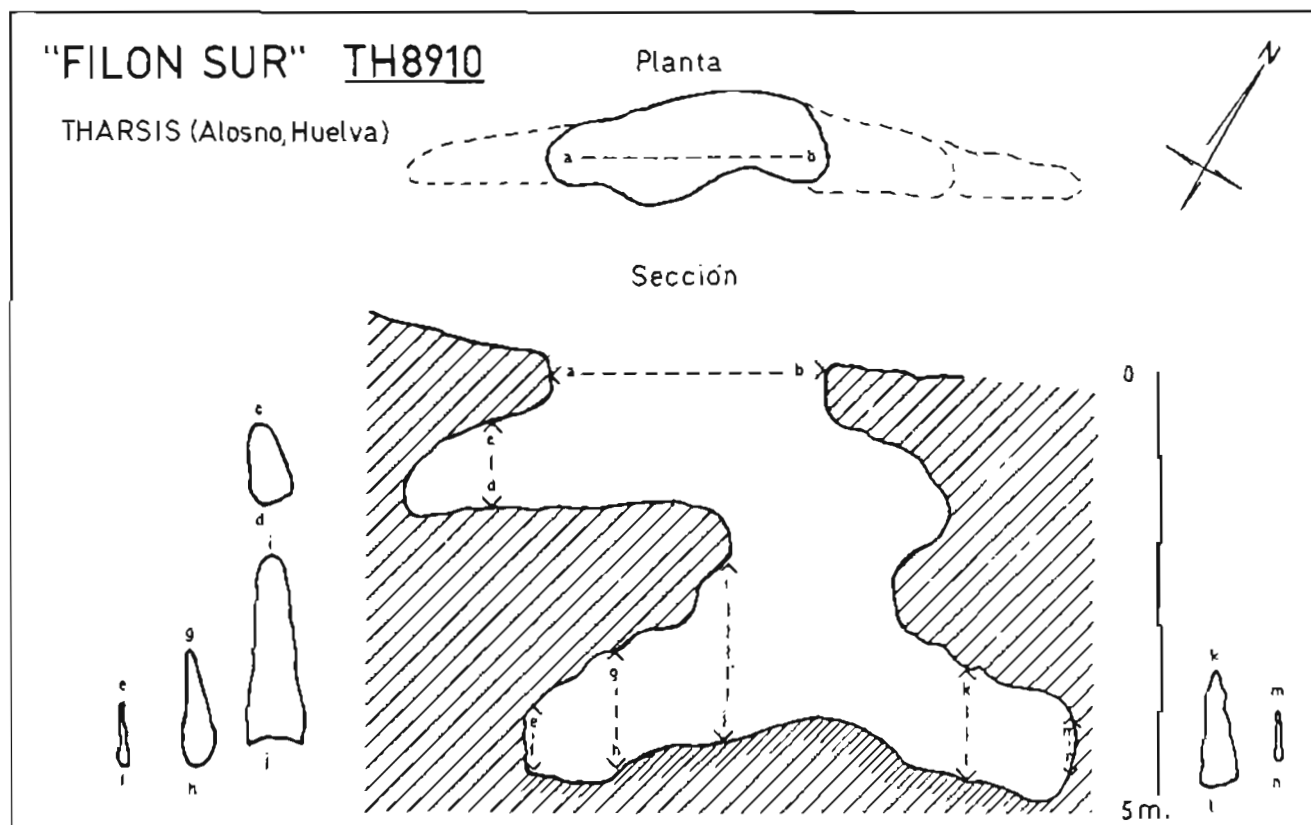


Figura 7. Planta y secciones de una mina protohistórica de trinchera.

na de trinchera, en la que se explotó a cielo abierto la veta de un mineral terroso de fuerte coloración rojiza que contrasta con la roca de caja amarillenta. Esta misma veta se debió explotar en zonas aledañas sin formar trinchera, en lo que será un pequeño talud que buzaba al norte a partir de la cresta, que no ha dejado ningún vestigio que pudiera ser topografiado. En este tipo de minería no hemos observado ninguna huella de instrumento metálico. Las paredes se conservan lisas, posiblemente por haberse efectuado la excavación con instrumentos romos, que nos hacen pensar en los martillos de minero con rebaje central, que tanto abundan en la Faja Pirítica y que fueron relacionados con explotaciones prehistóricas

o protohistóricas, tesis hoy en tela de juicio.

Una gran área de la zona SW del Filón Sur presenta indicios de haber sido explotada masivamente a cielo abierto hasta dejar inmensas masas de roca volcánica expuestas, muy dura y pesada, en la que probablemente se encajaban minerales de textura más blanda.

También hemos podido explorar pozos de sección cuadrangular, que alcanzaban profundidades de entre 30 y 100 metros.

Como resumen y a la espera de completar el estudio pormenorizado de cada uno de los complejos mineros explorados en Filón Sur, podemos adelantar que la minería de la zona oxidada obligó a los mine-

ros antiguos a utilizar técnicas que difieren, aunque no sustancialmente, a las empleadas en Río Tinto. La naturaleza de la mineralización hizo necesario disponer un entibado vegetal en la mayoría de las grandes galerías y a la cubrición de las paredes de los pozos con mampuestos irregulares, según hemos podido comprobar en las zonas más bajas de la mina que, en el momento de nuestro trabajo, se presentaban totalmente colapsadas y destruidas.

Al no existir paso libre en ninguna de las galerías mayores, nuestra apreciación surge de la observación de los taludes, formados en época reciente al efectuarse el vaciado de las masas de sulfuros que dejaron expuestas algunas secciones.

NOTAS

(1) Deligny, Ernest (1947): *The Copious Mines of Sierra de Tharsis* (Tharsis Boetica). Glasgow.

(2) Gonzalo y Tarín, J. (1987): «Descripción física, geológica y minera de la provincia de Huelva». *Boletines de la Co-*

misión del Mapa Geológico de España, provincia de Huelva. Madrid.

LA CIUDAD GRIEGA DE RHODE EN IBERIA Y LA CUESTION DE SU VINCULACION CON RODAS (*)

Adolfo J. DOMINGUEZ MONEDERO

EN un artículo que publiqué hace tres o cuatro años, afirmaba yo lo siguiente:

«El conocimiento que poseemos hoy día de la primera colonia (Rhode) es aún escaso; sabemos que en un momento determinado de su historia, y para afianzar su independencia (o quizá sólo su autonomía) de su poderosa vecina Emporion, sus habitantes forjaron la leyenda de que su origen se remontaba a antiguas y olvidadas expediciones rodias, durante el período heroico, antes incluso de la primera Olimpiada, que tuvo lugar en el 776 a.C. Quizá no haya que conceder más atención a esta leyenda, sino sólo registrar el eco que debió de tener para ser recogida por algunos tratadistas antiguos y luego transmitida por Estrabón» (1).

Esas palabras que yo escribía, aunque sin el pertinente razonamiento que las justificase, obedecían a lo que, tanto entonces como ahora, era mi pensamiento con respecto a ese tema; pasado un tiempo prudencial, creo llegado el momen-

to de aportar argumentos en favor de esta opinión lo que, de paso, contribuirá a esclarecer en alguna medida los acontecimientos que rodean al no excesivamente claro panorama de la presencia y colonización griega en Iberia (2).

El tema de la presencia o no de los rodios en la península ibérica es uno de los argumentos recurrentes en cualquier estudio referido a las relaciones entre el mundo helénico e Iberia y, posiblemente, lo seguirá siendo durante largo tiempo. Las posturas, sobre las que no me detendré ahora con excesivo detalle, van, sustancialmente, desde la aceptación de tal presencia, aun cuando reconociendo la ausencia de confirmación arqueológica (si bien en último término, y como parece obligado, siempre se posponga la resolución del «enigma» a eventuales hallazgos afortunados) hasta el rechazo absoluto de la posibilidad de una colonización [o «pre-colonización» (3)] rodia sobre la base, bien de la inverosimilitud cronológica, bien de la ya comentada ausencia de corroboración arqueológica.

Parece, por consiguiente, como si defensores y detractores de la idea de una presencia rodia en fechas remotas recurriesen ante todo a un último argumento, común a ambos, pero susceptible de usos contrapuestos, de acuerdo con la postura de quien los emplea: los datos arqueológicos. Así, los partidarios de esa presencia rodia opinarían que *precisamente* la ausencia de materiales arqueológicos impide cerrar definitivamente el debate (hacerlo sería emplear el peligroso *argumentum ex silentio*) y posponen la solución

del mismo al momento en que nuevas excavaciones permitan ratificar la antigüedad de la presencia rodia en la Península. Los que se oponen a la misma consideran que *precisamente* la ausencia de restos arqueológicos en la actual Rosas evita proseguir el debate, lo que de paso les ahorra el trabajo de indagar en los testimonios de autores antiguos que afirman esa presencia, considerándolos en el mejor de los casos indicios de atención (4).

De cualquier modo, lo cierto es que hay unas tradiciones, que analizaremos a continuación, que sitúan a navegantes rodios en Iberia en fechas antiquísimas y, por ello mismo, es cometido del historiador el tratar de esclarecerlas e interpretarlas. Precisamente en este aspecto es donde radica la única posibilidad, si no de resolver el problema, sí al menos de situarlo en sus justos términos. Es preciso, pues, analizar las informaciones de las fuentes literarias, situarlas en su contexto e intentar averiguar a qué responden exactamente: acto seguido, es necesario conocer cuál es el estado actual del conocimiento arqueológico y numismático del centro griego de Rosas y, por fin, parece imprescindible tratar de adentrarse tanto en el contexto de los territorios helénicos de la bahía de Rosas (y quizá, incluso, del sur de la Galia) cuanto en el de la isla de Rodas en aquellos momentos en los que han podido existir posibilidades de relaciones directas. Todo ello, insisto, tal vez no nos permita resolver el problema pero, al menos, habrá facilitado un marco de discusión alejado de la toma de posiciones más de tipo sub-

(*) El presente trabajo forma parte de una investigación más amplia en curso, que iniciada en el año 1989, se dedicaba al análisis de las «Relaciones entre el Mediterráneo Occidental y el Oriental durante la época helenística», y para cuya realización conté con una Ayuda para Estancias Breves en Centros de Investigación, concedida por la Comunidad Autónoma de Madrid, que me permitió trasladarme a la Universidad de Londres, donde buena parte de este estudio se gestó.

jetivo que basadas en testimonios analizables científicamente.

1. LAS INFORMACIONES DE LAS FUENTES Y LA CRONOLOGÍA DE LAS MISMAS

Como es bien sabido, los textos que aluden a la fundación rodia de Rosas son muy escasos y se reducen, básicamente a tres (5).

El primero de ellos, atendiendo a la época de la que procede la obra en que se nos ha conservado, lo encontramos en el llamado «Periplo del Pseudo Escimno», que parece haber sido, más bien, una compilación basada, fundamentalmente, en las obras de Eforo, Timeo, Eratóstenes, etcétera (6). La recopilación habría sido realizada hacia fines del siglo II a.C. por un tal Pausanias de Damasco, y habría sido dirigida a Nicomedes de Bitinia (7); sus fuentes de información, a las que hemos aludido antes, permiten remontarnos a los siglos IV y III a.C. El fragmento en cuestión que aquí nos interesa dice lo siguiente:

«Después, y junto al mar, se hallan de arriba a abajo los lugares y las ciudades griegas, que fundaron los foccos de Massalia. La primera de ellas es Emporion y la segunda Rhode; ésta la habían fundado los rodios, que antiguamente poseyeron muchos barcos» (Ps. Scym., vv. 201-206).

Se trata aquí de una descripción de las costas del Mediterráneo y lo único que ha hecho en este caso el autor del periplo es, además de dar la noticia de que Emporion y Rhode fueron ocupadas por los massaliotas, intercalar una noticia aparentemente contradictoria con lo recién indicado, que hace a los rodios fundadores de Rhode en una época antigua (*prin*), cuando eran poderosos en el mar (8).

Antes de avanzar ninguna conclusión veamos los otros testimonios, ambos procedentes de Estrabón, el geógrafo de Amasia que es-

cribió en época de Augusto. El primero de los testimonios dice así:

«Aquí está, asimismo, Rhodos, pequeña factoría de los emporitanos (*polichnion*), pero fundación, según algunos de los rodios. Aquí como en Emporion, se venera a la Artemis Efesia por los motivos que se dirán al hablar de Massalia» (Str., III, 4, 8) (9).

Tenemos aquí, sustancialmente, algo parecido a lo recogido en el testimonio anterior; una descripción de la región costera mediterránea de la Península, con la mención de las principales ciudades existentes. Entre ellas, Emporion y Rhode (Rhodos, en el texto de Estrabón). Esta última se caracteriza, sobre todo, por su pequeño tamaño, como indica el término empleado, *polichnion* que, a su vez, es un diminutivo de *polichne* que ya expresa la idea de una ciudad pequeña. Si bien la versión de García y Bellido traduce el término como «factoría», la idea que hay que retener es la de un establecimiento urbano muy pequeño. Afirma Estrabón, a diferencia del Pseudo Escimno, que Rhode depende de los emporitanos, y no de Massalia; sin embargo, el resultado sería similar, por cuanto que Estrabón considera también a Emporion como fundación massaliota (III, 4, 8).

Es difícil saber cuáles son las fuentes de que se ha servido Estrabón en este pasaje, aunque es harto probable que podamos admitir, con Lasserre, que ha sido de Posidonio de donde nuestro autor ha tomado lo fundamental de su descripción de Iberia, incluyendo la referencia citada; poco antes de la misma, y refiriéndose concretamente a la existencia o no de puerto en Tarraco, menciona el geógrafo a Eratóstenes y Artemidoro. No sería improbable que fuese a este último, que vivió en el siglo I a.C., a quien se debiesen los detalles que menciona Estrabón con relación a Emporion, si bien la cita no sería directa, sino por intermedio del ya mencionado Posidonio (10).

De cualquier modo, esto no es lo verdaderamente importante, a mi

juicio. Sea cual sea el informador de Estrabón en este pasaje concreto, lo cierto es que, intercalada en el mismo (como parecía ocurrir también en la referencia del Pseudo Escimno) está la aposición referida a Rhode, introducida por el pronombre *ti-nès* que, evidentemente, nos está indicando que aquí cambia la fuente. No sabríamos decir, sin embargo, si este hecho lo encontró ya Estrabón en su informador o, si por el contrario, lo ha introducido él directamente aunque, teniendo en cuenta lo recién apuntado, no sólo no sería improbable, sino que además encajaría bastante bien con lo que veremos más adelante, que esta información la hubiera tomado, completa, de Posidonio.

De todos modos, lo que aquí podemos observar, a partir de las informaciones recién colacionadas, del Pseudo Escimno y de Estrabón, es que nos encontramos con dos tradiciones claramente definidas:

— Por un lado, la del origen focco (ya sea massaliota, ya emporitano), de Rhode.

— Por otro lado, y visible en ambos casos, pero especialmente en el segundo, una versión alternativa, claramente de un origen diferente, que hace de Rhode una fundación rodia (11).

Sea cual sea el sentido a dar este hecho, sobre lo que volveremos más adelante, lo que sí parece claro es que la versión de la fundación rodia de Rhode no es unánime y que, en estos dos casos citados, la misma es considerada accesoria, puesto que figura sobrecañada a la tradición en todo caso primordial que es la focca.

Analicemos ahora la tercera de nuestras informaciones, que remonta, asimismo, a Estrabón:

«Cuéntase también de los rodios que su preponderancia marítima no data sólo del tiempo en que fundaron la ciudad actual, sino que antes del establecimiento de las Olimpiadas, y con el fin de socorrer a los hombres, emprendieron largas travesías muy alejadas de su patria, navegando por ello hasta Iberia, donde fun-

daron Rhodos, que después pasó a ser posesión de los massaliotas, entre los Opicios Parténope, y entre los Daunios fundaron, juntos con los de Cos, Elpia» (XIV, 2, 10) (12).

Esta noticia estraboniana se halla contenida en la descripción que el geógrafo hace de Rodas y de su historia, y que abarca buena parte de todo el capítulo 2 de su libro XIV; acerca de la autoría de la misma, el mismo Estrabón no nos informa puesto que introduce el relato con la fórmula de «se cuenta» (*histo-rousi*).

Un error muy frecuente, y que tal vez haya viciado el problema de la presunta fundación rodia de Rosas, ha consistido (quizá en parte al hilo de la propia traducción de García y Bellido ya mencionada) en prescindir de la consideración del párrafo completo de Estrabón. En efecto, cualquiera que sea la fiabilidad atribuida a la tradición en torno a Rhode, no puede abordarse independientemente de las que vinculan al mismo movimiento rodio las fundaciones de Parténope y de Elpia.

Por lo que se refiere a Parténope-Neapolis (Nápoles), tanto el conjunto de las fuentes (13) cuanto las excavaciones arqueológicas coinciden en mostrar que el origen de este centro hay que atribuirse a los cumanos; su surgimiento se sitúa hoy día a partir de la mitad del siglo VII a.C., como demuestran las excavaciones de la necrópolis de vía Nicotera, cuyo horizonte es puramente calcidico y sin nada que ver con los rodios. Si bien entre Parténope y su metrópolis Cumas hubo conflictos, que se saldaron con la destrucción de aquélla a manos de ésta (o, simplemente, con su debilitamiento) a lo largo de la segunda mitad del siglo VI, indicio de lo cual sería la pujanza del culto a la sirena Parténope (14), no parece posible admitir la perduración de tradiciones acerca de un eventual origen rodio de la ciudad.

Por lo que se refiere al otro caso mencionado por Estrabón, Elpia, un reciente estudio de T. van Compernelle, aparte de mostrar que la fuente que sigue Estrabón en esta descripción tiene todo el aspecto de

ser de origen rodio, ha puesto de manifiesto, tras analizar el conjunto de tradiciones relativas a ese centro itálico, que se trata de una invención tardía, sin duda de época helenística (15). Ya Bérard había analizado este texto de Estrabón y había concluido que esas presuntas navegaciones cabía incluirlas en el apartado de la «colonización legendaria» (16).

En definitiva, parece posible interpretar el mencionado pasaje de Estrabón, XIV, 2, 10 desde el punto de vista de las tradiciones rodias; los rodios, en un momento en que su poderío naval era grande, es decir, en época helenística, seguramente han querido remontar a un pasado remoto dicho poderío. A tal fin, ha surgido la leyenda de los viajes en una época anterior al establecimiento de los Juegos Olímpicos (17), que ha sido fijada, posiblemente para obtener una credibilidad mayor, en una serie de puntos costeros, entre ellos Rhode. Estrabón, que visitó Rodas, ha podido conocer allí esta tradición, a menos que pensemos que haya tomado de Posidonio tal información, puesto que conocida es la gran relación que unía a este filósofo de Apamea con la ciudad rodia, de la que llegó a ser ciudadano, lo que le llevó a intervenir en asuntos políticos en la misma (Str. XIV, 2, 13), llegando a ser pritano de ella (Str. VII, 5, 8), el cargo más importante tras la navarquía. También sabemos que allí abrió escuela, y que en la misma recibió a ilustres discípulos y amigos, como Cicerón y Pompeyo (18).

No sería improbable, por consiguiente, que Posidonio, hombre de gran erudición, que había visitado la península Ibérica y Massalia, y que valoraba muchísimo la «autopsia» u observación personal como fuente histórica (19) hubiese oído hablar de Rhode, acerca de la cual (como demostraría al menos la circulación de la *Periégesis* del Pseudo Escimno o, ciertamente, de las obras en las que se inspira) ya se habría difundido la tradición de su origen rodio; si es él el responsable de la difusión de la leyenda de las antiquísimas navegaciones rodias, podría haber aprovechado esas informaciones para relacionar y fijar

las mismas en Rhode (20). Hay, sin embargo, otro problema, que no debemos perder de vista. Si esta interpretación, como yo creo, es la correcta, la misma aclararía la relación establecida por Estrabón (Posidonio) entre los viajes rodios y la fundación de Rhode. No obstante, el dato del Pseudo Escimno parece implicar:

— o bien que ya antes de Posidonio (y, tal vez ya desde el siglo IV o III a.C.) los rodios habrían conocido la existencia de esa Rhode, en la remota Iberia, y habían ya centrado en ella su leyenda,

— o bien que, por el contrario, el Pseudo Escimno se remonta a una tradición local de estos griegos occidentales.

En cualquiera de los dos casos, habría que admitir que la relación de Rhode con Rodas está establecida, al menos, a partir del siglo IV o III a.C. y que la misma posiblemente sirve de base para el desarrollo posterior, considerablemente enriquecido, de la tradición de las navegaciones rodias pre-olímpicas, tal y como nos la presenta Estrabón. El problema sigue siendo, obviamente, el origen de la tradición de la vinculación de Rhode a Rodas, atestiguado para los siglos IV-III por el Pseudo Escimno y, claramente, previo a la tradición estraboniana que tal vez se sirve de aquélla en su elaboración.

Como quiera que, en mi opinión, nada más puede aportar en este sentido el análisis de las fuentes, es pues, llegado el momento de considerar, brevemente, qué es lo que conocemos de Rhode y, acto seguido, lo que sabemos de su contexto histórico.

2. EL CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO Y NUMISMÁTICO DE RHODE

El emplazamiento exacto de la ciudad de Rhode se ignoró durante largo tiempo; no fue hasta los años sesenta cuando fue localizada con

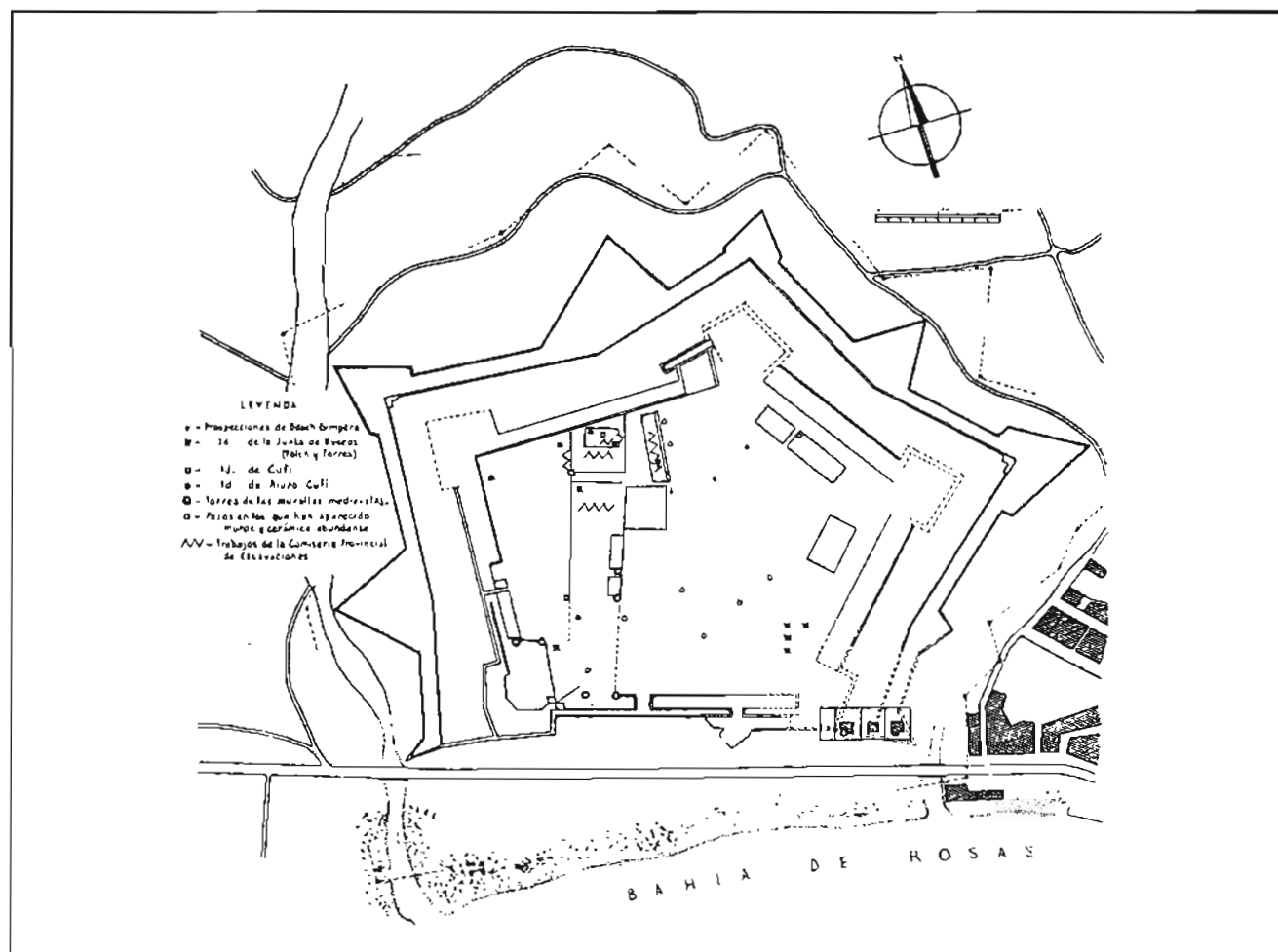


Figura 1. La ciudadela de Rosas.

certeza en la ciudadela de Rosas (figura 1), realizándose algunos sondeos en los años sucesivos (21) que reavivaron el espejismo de «la ciudad griega más antigua de Occidente» y similares (22). Lo hallado en los primeros trabajos no era especialmente revelador de una alta antigüedad, puesto que los niveles más antiguos parecían datarse en el siglo V, siendo más ricos los de época helenística a los que corresponde la existencia de varias calles (23).

La campaña de excavación de 1966 además de datar una calle de cuatro metros de anchura, y hallar una estratigrafía relativamente clara, puso al descubierto lo que parecía ser un horno dedicado a la fabricación de cerámica de barniz negro, así como un amplio lote de estas cerámicas, que fueron estudiadas por Sanmartí, el cual llegó a la conclusión de que el llamado «Ta-

ller de las Páteras de tres palmetas radiales» había estado activo en la ciudad en el período comprendido entre el 300 y el 225 a.C., aproximadamente, y que sus productos alcanzan una amplia dispersión, que abarca desde la región de *Mastia* hasta el río Hérault, con una mayor concentración al norte del Ebro, planteando ya este autor la problemática cuestión de a quién atribuir la comercialización de tales productos, e inclinándose por la propia Rhode (24).

Durante los años 1976 y 1977 se realizaron, igualmente, excavaciones en varios sectores de la ciudadela de Rosas que permitieron consolidar el conocimiento en torno a Rhode durante época griega. Prescindiendo de los niveles de época romana, se realizaron excavaciones en el llamado «barrio helenístico», sector al que corresponde también

la excavación antes mencionada, y que mostraba restos de un trazado de calles de tipo aparentemente ortogonal. La excavación de una habitación (Cata 1/1976) mostró que había sido construida hacia la primera mitad del siglo III a.C. Los materiales más característicos son las cerámicas de barniz negro, las ibéricas, las massaliotas y las emporitanas, habiendo aparecido también una olpe pseudo-jónica, que es interpretada como la pieza más antigua del estrato (25). En la zona de la iglesia también se realizó otra cata (Cata 1/1977) que mostró un predominio de materiales correspondientes al siglo III a.C. relacionados con una casa de los últimos años de ese siglo, aun cuando se alcanzaron niveles correspondientes al segundo cuarto del siglo IV, aunque no vinculados a ninguna estructura. En los diversos sondeos, aunque fuera

de estratigrafía, han aparecido cerámicas desde fines del siglo VI a.C. y de todo el siglo V; las ibéricas son similares a las de Ullastret. Son frecuentes, igualmente, las de tipo pseudo-jonio y massaliota (26).

De las campañas de 1979 y 1980 se han publicado breves noticias referidas a la prosecución de las excavaciones en el «barrio helenístico». En el estrato inferior, el IV, junto con los cimientos de las casas de dicho barrio, se han hallado algunos muros, claramente anteriores y realizados a base de grandes piedras en seco, pero sin que se haya logrado observar su eventual organización urbanística. A dicho estrato corresponde un horno cerámico que parece haber fabricado cerámicas de tradición jonia. El estrato III corresponde ya al barrio helenístico, con casas de construcción cuidada, siguiendo claramente una orientación ortogonal. Se fecha en la segunda mitad del siglo III (27) (figura 2). Si con posterioridad a estas campañas se han realizado otras en la ciudadela de Rosas, es algo que desconozco. En cualquier caso, sus eventuales resultados no han trascendido, que yo sepa, a la comunidad científica (28).

Como se ve, el conocimiento arqueológico de Rosas es sumamente deficiente (29); si bien los excavadores y algunos estudiosos de la topografía de la región insisten en afirmar que el establecimiento existía ya a fines del siglo VI, manteniendo «una fuerte interdependencia comercial y económica con Marsella ... como lo manifiesta la aparición de materiales cerámicos de características jonias y massaliotas» (30), para otros, sin embargo, los materiales más antiguos no son anteriores al 450 a.C. (31) y en el extenso y completo catálogo de Jully no se mencionan más que 18 cerámicas áticas de figuras rojas posteriores todas ellas a la mitad del siglo V, siendo poco numerosas, igualmente, las cerámicas del siglo IV, tanto áticas como de otras procedencias (32).

El registro arqueológico de Rosas, en definitiva, parece estar indicando que este sitio, seguramente ya ocupado por los indígenas, fue frecuentado por navegantes emporita-

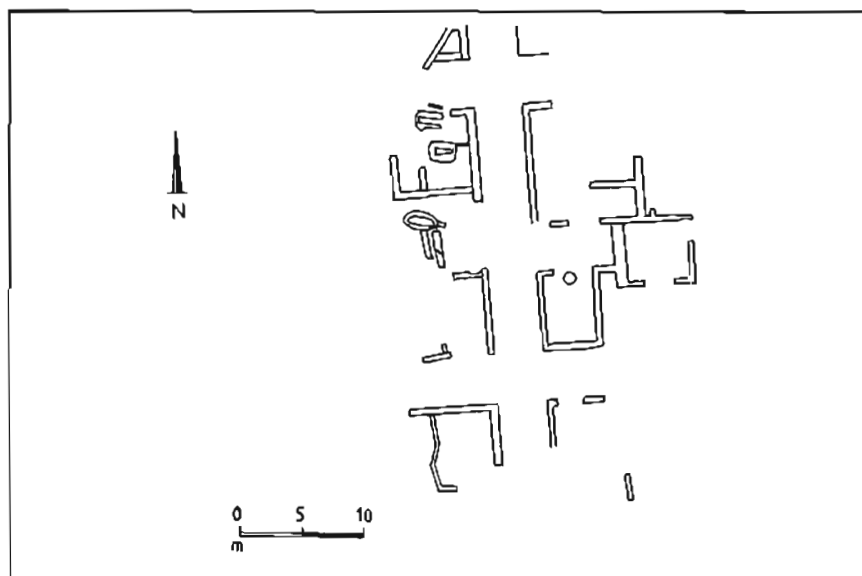


Figura 2. El llamado «Barrio Helenístico». Rosas.

nos y massaliotas desde el siglo VI, aunque no empezará a gozar de cierta importancia hasta el siglo IV, si bien no se conocen estructuras correspondientes a este momento (33). Habrá que esperar al final de este siglo e inicios del siglo III para ver surgir a Rhode como un centro verdaderamente importante, con un urbanismo desarrollado, con una producción cerámica propia (las cerámicas de barniz negro) y, posiblemente, con un círculo económico bien definido. Este panorama parece verse corroborado por los testimonios numismáticos.

Antes incluso de la identificación del emplazamiento de Rhode se conocían sus monedas, en especial sus dracmas de plata. Guadán proponía un período de acuñación de las mismas comprendido entre los años 330/320 a.C. y 240 a.C., al tiempo que negaba que el símbolo que emplean esas monedas tuviera relación con el que contemporáneamente empleaban las acuñaciones de Rodas. Rechaza, asimismo, la idea de conflictos y de competencia comercial con su vecina Emporion y, naturalmente, la presunta copia de la moneda de Rodas, señalando que, precisamente, adopta unos tipos totalmente alejados de los prototipos rodios. Su análisis metrológico y ponderal le lleva a la conclusión de que la moneda de Rhode es coetánea a la emporitana y ocasional-

mente realizada por el mismo artista. De gran interés es su observación de que Rhode, al emplear la rosa como símbolo parlante de la ciudad, lo hace de forma tal que pueda asemejarse a una rueda, con su eje y radios, motivo ya presente entre las poblaciones indígenas de la Galia a las cuales iría dirigido, específicamente, el comercio de este establecimiento. La fortuna de que el tipo gozará entre las poblaciones galas (especialmente entre los Volcos Tectosages, Volcos Arecomicos, Cadurcos y Rutenos) donde se acuñarán las llamadas monedas *à la croix*, imitaciones de la dracma de Rhode (pero también con rasgos de la moneda emporitana y massaliota), será extraordinaria (34) (figura 3).

Así pues, lo que nos muestra la numismática es que será a lo largo, fundamentalmente, de los últimos años del siglo IV y los dos primeros tercios del siglo III a.C. cuando Rhode gozará de una moneda propia, muy vinculada a la emporitana contemporánea, pero dirigida a otros ambientes diferentes y con unos símbolos distintos. Estas observaciones coinciden con lo que mostraba la arqueología, puesto que, como veíamos, el florecimiento del «barrio helenístico» tiene lugar durante esas mismas fechas y la producción y distribución de las cerámicas del «Taller de las tres pal-

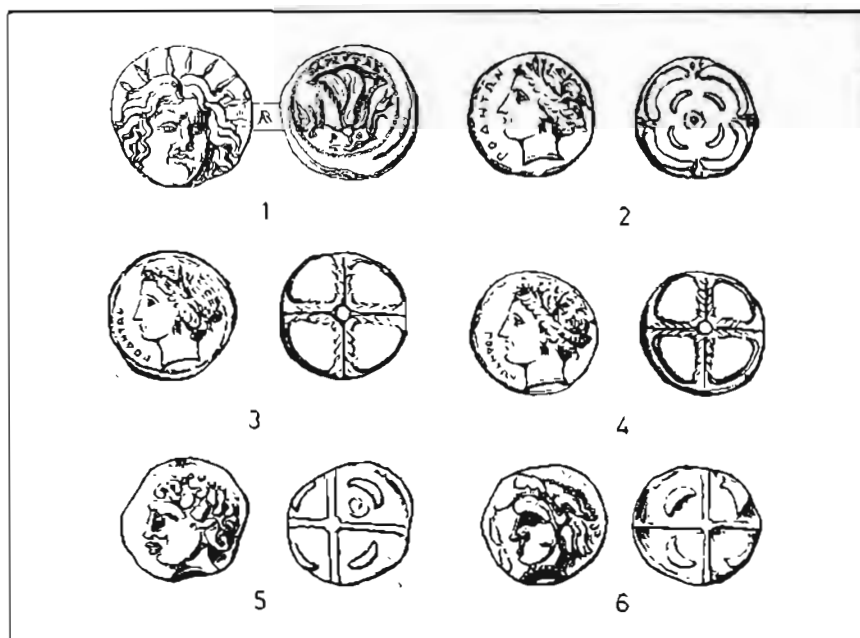


Figura 3. 3.1. Dracma de Rodas; 3.2. Dracma de Rosas del tipo de rosa vista desde encima; 3.3 y 3.4. Dracmas de Rosas, del tipo de rosa vista desde abajo; 3.5 y 3.6. Monedas «à la croix».

metas radiales» abarcaba también ese periodo.

Como se ha dicho anteriormente, el emblema parlante que adopta Rhode al iniciar su propia amoneda-ción de dracmas argénteas no tiene nada que ver con el presente en Rodas que es, sin excepción, el de la rosa vista lateralmente. Ciertamente, no podemos admitir, pues que exista nada parecido a una *sympoliteia* entre Rhode y Rodas (35) pero, al tiempo, tampoco podemos pensar que la adopción del tipo de la rosa sea casual.

Posiblemente lo que debe de haber ocurrido es que, cuando Rhode inicia su efímero despegue económico a partir de los años finales del siglo IV, y empieza a acuñar moneda, en la misma se pretende expresar un distanciamiento de la de su vecina Emporion (cuyos tipos, metrología e, incluso, artistas, pueden haber sido los mismos) introduciendo un emblema propio; si tenemos presente que ya para entonces, como hemos demostrado anteriormente, existía o estaba formándose la tradición de la fundación de Rhode por Rodas, ¿qué mejor tipo han podido elegir que el de la rosa (*rhodon* en griego), que era el que caracterizaba también a aquella isla del

Egeo, de la que, posiblemente, se consideraban descendientes?; ello explicaría la presencia de la rosa, pero los de Rhode no se limitan a reproducir el *episemon* rodio, sino que presentan la rosa de una forma totalmente distinta, vista desde abajo o desde arriba, pero nunca de perfil, precisamente para remarcar su independencia de Rodas. Es, precisamente, este hecho, el que me lleva a pensar, tal y como se apuntaba en la referencia inicial, que fueron los habitantes de Rhode los que forjaron la leyenda del origen rodio, que quizá autores como Eforo, Timéo o Eratóstenes se encargarían de difundir. Nada hay, sin embargo, en el registro arqueológico de Rhode que abogue en favor de la realidad de tal vinculación y, ni tan siquiera, han aparecido, al menos por el momento, restos arqueológicos consistentes para los siglos V y buena parte del siglo IV. Por ello, el origen de esa vinculación debe de hallarse en el mismo momento en que Rhode empieza a adquirir no sólo importancia, sino algo más trascendente, esto es, carácter urbano.

3. EMPORION, RHODE Y EL DOMINIO MASSALIOTA EN LOS SIGLOS IV Y III A.C.

Como el estudio de M. A. Martin ha puesto de manifiesto, la presencia de ánforas massaliotas en Rhode desde fines del siglo IV y III a.C. es considerable. Ello le da pie para pensar que Massalia aprovecharía este centro para poder penetrar hacia el interior del Ampurdán (hacia los «campos de silos»), en unos momentos en los que Emporion se mostraría bastante independiente con respecto a aquélla (36); sin embargo, parece claro, y así lo reconoce implícitamente la propia autora (37), que los mismos se hallan geográficamente más orientados hacia Emporion, que sería quien se beneficiase de los productos agrarios procedentes de esa zona aun cuando, muy posiblemente, en relación con Massalia (38).

Así pues, si descartamos la idea de que Rhode «reemplaza» a Emporion, puesto que no sólo no hay indicios de tal reemplazamiento, sino que, además, los siglos IV y III son un momento de gran vitalidad en la antigua fundación focéa, como muestran sus obras públicas, sus monedas, el marco institucional del que se rodea, etcétera (39), por no hablar de la presencia, también en Emporion, del mismo horizonte «massaliota» presente en Rhode (40). En esta situación, veo difícil cualquier intento sorpresivo de desbancar a Emporion de su posición, cualquiera que haya sido ésta. Por lo demás, tampoco hay, en el registro arqueológico de Rhode indicios de que haya habido tal desplazamiento. Por ello, debemos concluir que la función de Rhode debe de haber sido diferente de la de Emporion (41), tal y como indicarían su carácter eventualmente más favorable para el atraque de barcos en tránsito desde o hacia Massalia, su mayor vinculación a los ámbitos pirenaicos, etcétera (42).

Lo que sí parece claro es que, a partir del siglo IV, tanto Emporion como Rhode se hallan integradas en todo el circuito de intercambios dirigido desde Massalia (figura 4), y consecuencia del resurgimiento eco-

nómico de la gran metrópolis focea occidental; al mismo se debe que a partir de ahora las dos ciudades pasen a ser consideradas fundaciones massaliotas, como mostraban los textos anteriormente comentados. Este fenómeno se halla mejor estudiado en el área actualmente francesa de lo que fue el «dominio» massaliota (43) y es ello lo que le permite afirmar a Clavel-Lévêque que «después de un largo intervalo ...surge una nueva expansión a partir del final del siglo IV: las fundaciones se localizan únicamente en la costa provenzal y Olbia ofrece un ejemplo relativamente bien conocido» (44).

Desde mi punto de vista, sin embargo, no sólo es Provenza la región afectada por este resurgimiento de Massalia; en efecto, la situación de Emporion y Rhode puede asemejarse, con los matices que se quiera, a la existente, por ejemplo, en Agathe y en Olbia, respectivamente. Puesto que lo que aquí nos interesa es Rhode, prescindiremos del caso de Agathe, para centrarnos en Olbia, no sin antes decir que Agathe era un antiguo establecimiento, seguramente foceo y con un cierto componente indígena, que posteriormente, y a partir del final del siglo V a.C., entra a forma parte del dominio massaliota (45), hechos que asemejan, en cierto modo, a esta ciudad con el caso de Emporion. Por lo que se refiere a Olbia, nos hallamos aquí con uno de los centros griegos mejor conocidos del ámbito foceo occidental; surgida hacia el 340 a.C., en un lugar previamente desocupado, con una importante fortificación, con una planta ortogonal de calles que se cruzan en ángulo recto en torno a dos grandes arterias, una, en dirección Este-Oeste, de más de 5 metros de ancho y otra (Norte-Sur) de más de 4 metros, que delimitan un conjunto de «insulas» relativamente homogéneo (figura 5). Asimismo, y como ocurría con Agde, el territorio de la ciudad fue objeto de parcelación desde el momento de su fundación (46).

Naturalmente, es difícil comparar la situación de Olbia con la de Rhode por la escasez de las excavaciones en ésta. Hay, sin embargo, varios puntos de contacto: en primer

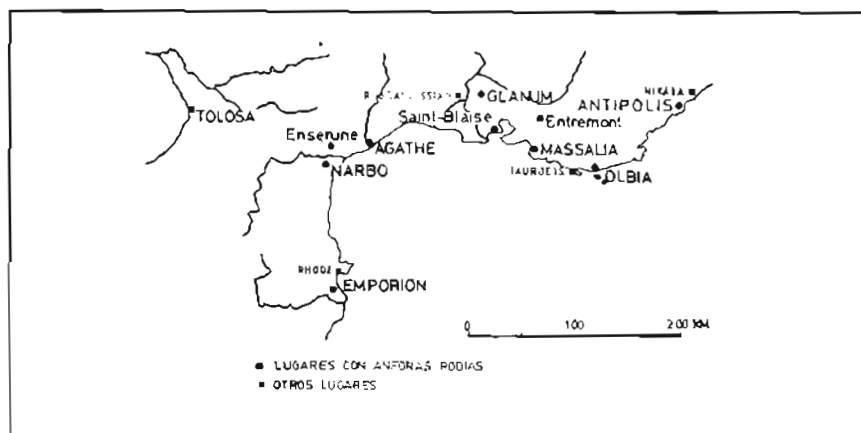


Figura 4. El área de influencia de Massalia.

lugar, la fecha en la que surge el llamado «barrio helenístico» es aproximadamente similar (tal vez algo posterior) a la de la aparición de Olbia; lo poco que se conoce de la planta de Rhode parece remitir a un trazado ortogonal; no se sabe si Rhode disponía de murallas (47), pero, curiosamente, surge en el mismo lugar en el que, en el siglo XVI, se alzaría la ciudadela prevista para defender la plaza frente a turcos y franceses. Hay también algunas diferencias; sin embargo, en Rhode, hay restos anteriores al siglo IV e, incluso, pruebas de un primer asentamiento indígena, mientras que no los hay en Olbia. Sin embargo, hasta el momento, en Rhode estos restos antiguos parecen ser de menor entidad, lo que la asemejaría más a Olbia que a centros como Emporion o Agde, cuya importancia es anterior al siglo IV. Por otro lado, no conocemos de momento para Rhode ninguna parcelación del territorio.

Mi opinión, por consiguiente, es que Rhode y Olbia forman parte de un mismo esquema general, ejecutado por Massalia de cara al incremento de su poderío, y del que ambos centros no son sino meros eslabones; y la explicación de la función primordial de estos centros (explícita para Olbia e implícita para Rhode) está en un conocido texto de Estrabón que afirma que:

«(Los massaliotas) pusieron en ello tanto empeño como cuando fundaron ciudades, plazas fuertes (*epiteichismata*), aquellas que se encuentran en Iberia, frente a

los Iberos..., Rhodanousia y Agathe, frente a los bárbaros que viven en torno al río Ródano, y Tauroentio, Olbia, Antipolis y Nikaia frente al pueblo de los Salios y a los Ligures que viven en los Alpes» (Str. IV, 1, 5) (48).

Sin entrar en la cuestión de si Estrabón está pensando aquí o no en las que él considera fundaciones massaliotas en torno a la desembocadura del Júcar, de las cuales la más conocida es Hemeroskopeion (Str. III, 4, 6), parece claro que tanto Emporion como Rhode son esos puestos avanzados que, según él, los massaliotas establecen en Iberia y frente a los Iberos (49). Las diferencias de tamaño, origen, función y entidad entre Emporion y Rhode han sido convenientemente señaladas con anterioridad, pero ello no excluye que, a varios siglos vista, un observador alejado de los acontecimientos, como podría ser Posidonio, englobe (seguramente porque sus informadores massaliotas así se lo habrían indicado) a ambas, junto con las fundaciones en la Narbonense, en un mismo proceso. Pero, por otro lado, tampoco hay por qué dudar de ese proceso que culmina en el establecimiento del dominio massaliota tanto sobre territorios previamente ocupados por ciudades griegas (casos de Emporion y Agathe) cuanto sobre regiones no ocupadas por los griegos con anterioridad (Olbia) o escasamente ocupadas (Rhode), si bien, y como muestran los datos arqueológicos, este proceso debe de haber abarcado un amplio lapso de tiempo (50).

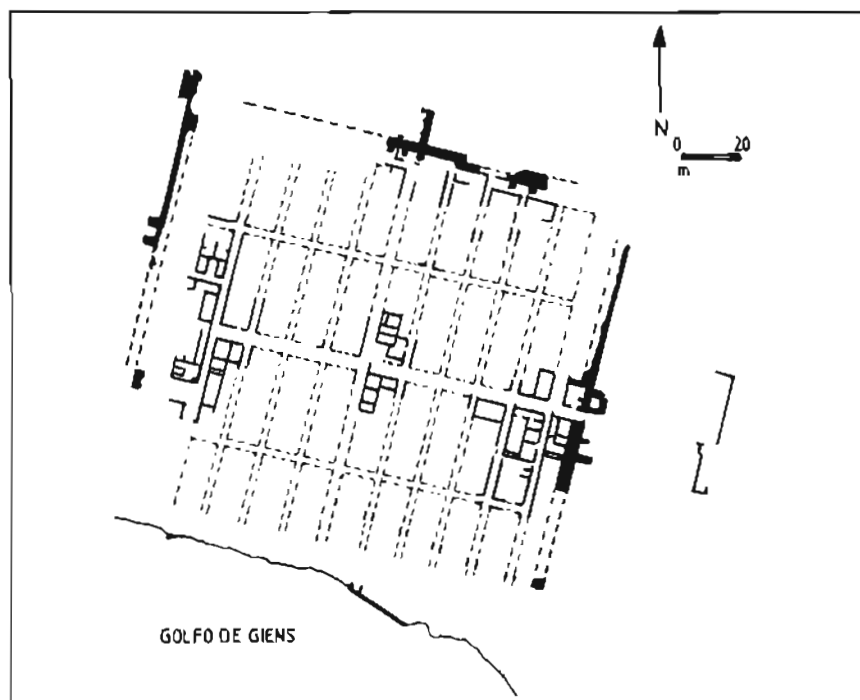


Figura 5. Planta de Olbia (Hyères, Var).

La función de Rhode, pues, sería defensiva en primer lugar, como un puesto avanzado más del dominio massaliota pero eso no excluye, sin embargo, cualquier otra finalidad aneja de carácter económico, como es el caso en Emporion u Olbia (51) o en Antipolis y Nikaia (52).

Así pues, si lo que hemos visto aquí es, como yo creo, cierto, queda por resolver la cuestión, no tanto del origen del nombre de la ciudad de Rhode, sino, sobre todo, el origen de la tradición de su vinculación a los rodios. Para ello, analizaremos brevemente la situación de Rodas durante los primeros siglos posteriores a su sinecismo.

4. EL SINECISMO RODIO Y RODAS EN LOS SIGLOS IV Y III A.C.

Aun cuando es evidente que antes del sinecismo de las ciudades rodias y la creación de Rhodos, las fuentes se refieren ocasionalmente a expediciones «rodias», sin entrar en detalles de a cuál de ellas hay que atribuir la empresa en cuestión (53),

lo cierto es que es sólo a partir del 408 a.C. cuando existe un estado rodio y una política unitaria en los asuntos de la isla (54). Si bien durante el siglo IV a.C. la nueva fundación no brilla excesivamente en el conflictivo panorama del mundo griego del momento (55), ya empiezan a vislumbrarse en ella algunos de los rasgos que caracterizarán a Rodas durante el siglo siguiente, especialmente su vinculación a los asuntos náuticos, y la importancia estratégica que asume la isla durante diferentes conflictos a lo largo del siglo IV (56); por otro lado, ya desde los años treinta del siglo IV, al menos, Rodas era uno de los más importantes mercados de trigo del Egeo (57), preludiando también una de sus principales preocupaciones durante el siglo siguiente, a saber el comercio de trigo, en función del cual desarrolló su justamente célebre política de «policía» del Mediterráneo frente a los piratas que poblaban las aguas del Egeo (58), lo que a su vez les llevó a desarrollar un importante *corpus* de derecho marítimo, obteniendo, además de los beneficios derivados de su posición (59), un prestigio evidente en todo el mundo helénico (60). A este respecto, no deja de ser interesante

relacionar los beneficios generales derivados de esta política con la explicación que da Estrabón de los viajes rodios pre-olímpicos: socorrer a los hombres.

El auge del comercio de vino rodio es puesto de manifiesto por la gran cantidad de ánforas rodias aparecidas en diversos puntos del Mediterráneo, y por la abundancia de los centros de producción en Rodas y su perea (61); la epigrafía certifica, igualmente, las diversas procedencias de los extranjeros residentes en la ciudad, entre los cuales se cuentan, incidentalmente, cuatro massaliotas, uno de los cuales, al menos, puede datarse en el primer cuarto del siglo II a.C. (62). Su moneda, de gran calidad artística, mostrará en los anversos, la cabeza de Halios, el Sol, protector de la nueva *polis* y en los reversos el *episemon* de la rosa vista de perfil y gozará de gran aprecio (63).

Esta política comercial a gran escala que desarrolla Rodas a partir del último tercio del siglo IV afecta, fundamentalmente, al Mediterráneo Oriental aun cuando en el Mediterráneo central, tanto en Roma e Italia (64) cuanto en Sicilia (65), existen, igualmente, pruebas importantes de estas relaciones. Por lo que se refiere a los ámbitos que ahora nos ocupan, podemos decir que disponemos, tanto para Emporion como para Rhode, de pruebas de relaciones comerciales con Rodas, especialmente para el siglo III a.C.; así, en Emporion han sido hallados varios fragmentos de ánforas de indudable origen rodio, tal y como muestran los sellos sobre sus asas (66); del mismo modo, en todo el sur de Francia (Antibes, Olbia, pecio del Grand Congloué, Marsella, Entremont, Saint-Blaise, Glanum, Agde, Ensérune, Narbona y Tolosa) han aparecido ánforas de origen rodio (67).

En Rhode, a su vez, fue descubierto, en su estrato III, un conjunto de monedas de cobre, no tesaurizado, inicialmente interpretado como acuñadas en la propia ciudad peninsular (68), si bien posteriormente se demostró su origen rodio y su cronología de fines del siglo III a.C., al tiempo que se sugería, sobre la base del hallazgo de monedas si-

milares en Sicilia (concretamente en Catania), y la presencia allí, igualmente, de ánforas rodias, la existencia de una ruta comercial que de Rodas llegaba a Iberia, pasando por Sicilia (69). No vamos a entrar, en este lugar en la discusión acerca de la realidad o no de tal ruta (70); simplemente, diremos que, independientemente de quiénes hayan transportado hasta Iberia esos objetos, los mismos son el testimonio de que hasta Occidente ha llegado (siquiera indirectamente) el conocimiento del auge económico de la ciudad en la que se han producido. De la misma manera, quizá pudiéramos pensar que si, efectivamente, han acabado por ser los rodios los responsables de la llegada de esos productos desde Rodas hasta Iberia, allí han podido conocer la existencia de la tradición local, que vinculaba a Rhode con Rodas y explicaría cómo ha podido llegar a la isla del Egeo el nombre y las circunstancias de ese remoto centro hispánico, aunque tampoco es, como hemos visto la única posibilidad.

5. RHODE KTISMA RHODION O EL NACIMIENTO DE UNA LEYENDA

Sin embargo, eso por sí sólo no explica la adopción de la tradición de los orígenes rodios de Rhode, aunque sí aclara algo, seguramente, del contexto en el que la misma tuvo lugar. Si la reconstrucción de los acontecimientos que hemos propuesto es cierta, el establecimiento de un hábitat sólido en Rhode tiene lugar a lo largo de la segunda mitad del siglo IV y poco después iniciará la acuñación de moneda: cuando se producen estos fenómenos la ciudad de Rodas ya estaba empezando a descollar, como también hemos visto, en su papel de mercado de trigo y de vigilante de los mares. Teniendo todo esto presente, la solución al problema aquí planteado puede ser relativamente sencilla y, en todo caso, debe tener en cuenta la cuestión del nombre que asume la ciudad, Rhode.

Ya Villard (71) se cuestionaba si el nombre de Rhode y el del río Ródano no han podido influir en la elaboración de la tradición rodia, mientras que Clerc defendía un origen indígena para nombres como Rhode, Rhodanos, Rhodanousia (72). Benoit, en la línea de Clerc, afirma que tanto el nombre de Rhodanousia como el del río Ródano no serían más que la adaptación helénica de hidrónimos precélticos (73). Por su parte, Graham es contundente al afirmar que «parece probable que los topónimos del tipo de Rhode, Rhodanus, Rhodanousia dieran lugar a la noción del origen rodio» (74). Lo mismo debe de haber ocurrido con la itálica Rudiae donde, si bien no ha llegado hasta nosotros ninguna tradición clara acerca de su presunto origen rodio, su propio nombre, así como su vecindad con Elpia, y la referencia a su carácter de «ciudad griega» por parte de Estrabón (Str VI, 3, 5), han inducido a algunos autores a pensar en una colonización rodia; el nombre de Rudiae ha sido interpretado, sin embargo, a partir de la raíz indoeuropea *reudh—, que significaría «rojo», y daría cuenta de las tierras rojas típicas de Apulia (75). La época arcaica de la ciudad es poco conocida, pero nada de lo que aparece en ella indica que se trate de una ciudad griega sino que presenta un panorama semejante al de los otros centros yapigios contemporáneos (76).

En mi opinión, algo parecido debe de haber ocurrido en el caso de Rhode; llegados (quizá ya desde el siglo VI) a lo que será en su día el emplazamiento de Rhode, los navegantes griegos han podido escuchar de boca de sus habitantes alguna palabra que identificase el lugar o que ellos pensaban que lo hacía, y que les recordaba el sonido de la palabra *rhodon*, por lo que a ese lugar le darían tal nombre. Que esta opinión no es tan arbitraria como pudiera parecer viene demostrado por la gran diversidad de procedimientos atestiguados en la formación de los topónimos griegos de la costa mediterránea peninsular, recientemente estudiados por Jacob (77), así como por la existencia de colonias griegas, en otros ámbitos medi-

terráneos, que han asumido, por unas u otras razones, nombres no griegos (78).

Una vez surgido el nombre, quizá puramente identificativo en una primera época, el mismo seguirá siendo usado en el momento del establecimiento de la ciudad, a lo largo del siglo IV. Ya entonces, ciertamente, el topónimo tendría una antigüedad de, al menos, dos siglos; nada más fácil, pues, que al tiempo que se constituía el centro habitado, surgiera con él, de la mano de sus propios pobladores, la tradición del antiguo establecimiento rodio. No resulta para ello un inconveniente el hecho de que los mismos procediesen del ámbito emporitano o, incluso, massaliota: se conocen bastantes casos en los que los fundadores de una colonia, de origen perfectamente adscribible, han embellecido los orígenes de su ciudad con vínculos artificiosos con héroes o pueblos ora vinculados al ciclo troyano, ora a cualquier otro episodio semimítico (79); Prinz ha mostrado, claramente, cómo estas tradiciones suelen surgir con bastante posterioridad al establecimiento colonial y forman parte de una tendencia, generalizada en todo el ámbito colonial helénico, de embellecer los orígenes con una «prehistoria precolonial» aun cuando, como el mismo autor ha puesto de manifiesto, los griegos de las colonias occidentales conocían perfectamente de qué ciudad procedían. El auge de estas tradiciones corresponde al clasicismo tardío y a la época helenística (80).

Si es cierto, como sugiere Gschnitzer, que los establecimientos costeros que son considerados como «massaliotas» no son establecimientos de ciudadanos massaliotas, sino comunidades sometidas a la supervisión de Massalia, y ello se aplica, sobre todo, a Emporion y Rhode, que acuñan moneda propia (81), no hay ningún inconveniente en pensar que aquellos individuos establecidos en Rhode, ya por decisión emporitana, ya massaliota, pudieran desarrollar pronto un sentido de comunidad en sentido propio, que les llevase a idear la leyenda del origen rodio, en unos momentos en los que Rodas estaba prefigurándose como una potencia

naval de primer orden. Esta orientación, si no anti-emporitana, si podía ser, al menos, un intento de afirmar su deseo de autonomía de su vecina y tal vez metrópolis o cometrópolis; por ello, adoptaría un *epi-semon* propio, y diferente al emporitano, cuando inició la acuñación de su moneda, en el que el tema de la rosa tuvo gran importancia (82).

Pero eso no quiere decir que Rhode fuese una ciudad independiente, como quizá tampoco lo fuera Emporion en esos momentos; un reciente estudio de T. R. Martín ha desmitificado la idea de que existe una correlación entre la acuñación de moneda y la idea de «soberanía»; la moneda sirve a propósitos básicamente económicos y no vale como indicio de la independencia política de la *polis* (83); Graham, por su parte, había afirmado que «la emisión de monedas de plata no es prueba de independencia» (84). Así, si hemos de pensar en una orientación económica de Rhode, distinta de la emporitana, como mostraría, por ejemplo, la amplia difusión por la Galia de las imitaciones de su moneda (85), aquí podríamos atisbar, quizá, una causa para este intento de distanciarse de cualquier otro centro griego vecino, máxime cuando todos ellos formaban parte de lo que se ha venido en llamar el «dominio massaliota»; pero de ahí a pensar en competencias comerciales y en imposiciones políticas (86), hay, creo, un abismo.

6. CONCLUSIONES

Los puntos que hemos tocado en este trabajo son múltiples, por lo que las conclusiones deben abarcar varios aspectos:

— En primer lugar, podemos afirmar que la tradición de la fundación rodia de Rhode no obedece a la realidad; surge, junto con el desarrollo de un hábitat consistente en Rhode, a lo largo del siglo IV o III y la misma se debe, por un lado, a un deseo de individualidad de la ciudad dentro del ámbito massaliota, y a la tendencia, bastante atestiguada en el mundo griego, de dotarse de orígenes remotos en el espacio y en el tiempo.

— En segundo lugar, el análisis llevado a cabo muestra que esa tradición de los orígenes rodios coexiste, como ocurre en tantos otros casos de colonias griegas, con informaciones que apuntan al origen exacto de la ciudad, en este caso emporitano y/o massaliota.

— En tercer lugar, hay que decir que esta tradición, difundida al resto del mundo griego por la obra de historiadores y geógrafos acaba llegando a Rodas, bien por esta vía, bien por contacto directo entre Rodas y Rhode. Eventuales pruebas de este contacto directo pueden ser, por un lado, las ánforas rodias halladas en la vecina Emporion, y, por otro, las monedas rodias halladas en la propia Rhode.

— En cuarto lugar, parece evidente que Rodas, al tiempo que se

convertía en uno de los principales centros del comercio mediterráneo, así como en la potencia que, con su flota, garantizaba la seguridad en el Mediterráneo Oriental, y dentro de esta misma tendencia de remontar sus orígenes, y embellecerlos, desarrolla la leyenda de que ese poderío naval es una característica de la isla antes incluso del establecimiento de los Juegos Olímpicos; asimismo, su importancia colonizadora, en esos momentos, se «demuestra» con la fundación de colonias entre las que se cuentan Parténope, Elpia y Rhode en Iberia. Prescindiendo de las otras dos, y centrándonos en Rhode, ha debido de ser el conocimiento de la espontánea adscripción al ámbito rodio por parte de los habitantes de esta ciudad hispánica la que ha llevado a los rodios a contar entre sus fundaciones anti-quísimas a esta ciudad.

— Por último, será Posidonio, ciudadano de Rodas y eximio geógrafo, el responsable de la divulgación de estas tradiciones locales rodias, favorecido, además, por el conocimiento personal que tenía de la ciudad de Massalia y de buena parte de su dominio, pudiendo, incluso, haber llegado a visitar Rhode en alguno de sus viajes a Iberia. Estra-bón, que bebe de Posidonio, es quien ha conservado y transmitido, más allá de la desaparición de la obra de Posidonio, estas noticias, cuyo origen y desarrollo he pretendido mostrar en las páginas precedentes.

NOTAS

(1) Domínguez Monedero, A. J.: «La presencia griega en la península ibérica». *Revista de Arqueología*, 57. 1986, página 27.

(2) Sobre el tema de la presencia griega en Iberia puede verse Barceló, P.: «Aspekte der griechischen Präsenz im westlichen Mittelmeerraum». *Tyche*, 3. 1988, páginas 11-24, y Domínguez, A. J.: «New Perspectives about the Greek presence in the Iberian Peninsula». *First International Congress on the Hellenic Diaspora from Antiquity to Modern Times*. Montreal-Ate-nas, 1988. (En prensa), con buena parte de la bibliografía anterior.

(3) Ripoll Perelló, E.: *Els grecs a Catalunya*. Barcelona, 1983, páginas 15-17, habla de «precolonización» rodia; igualmente, con un estado de la cuestión, Pujol

Puigvehí, A.: *La población prerromana del extremo nordeste peninsular. Génesis y desarrollo de la cultura ibérica en las comarcas gerundenses I*. Barcelona, 1989, páginas 241-248. La opinión negativa de Morel, J. P.: «Les phocéens en Occident: certitudes et hypothèses». *PP*, 21. 1966, páginas 380-382 acerca de esta presunta precolonización sigue siendo válida, hallándose en su trabajo una síntesis de las opiniones principales existentes hasta ese momento sobre el tema.

(4) El panorama arqueológico de importaciones griegas arcaicas en la Península en Shefton, B. B.: «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence». *Phönizier im Westen. Madrider Beiträge*, 8, 1982, páginas 337-368.

(5) Esos textos ya fueron recogidos y comentados por García y Bellido, A.: *Hispania Graeca I*. Barcelona, 1948, páginas 57-62.

(6) La problemática de las fuentes del Pseudo Escimno fue tratada por Hocfer, U.: «Pseudo-Skymnos und Eratosthenes». *RhM* 77, 1928, páginas 127-152; *Id.* «Die Periegesis des sog. Skymnos». *RhM* 82, 1933, páginas 67-95; partidario de Eforo como fuente principal del Pseudo Escimno era Schulten, A.: *Fontes Hispaniae Antiquae II. 500 a.C hasta César*. Barcelona, 1925, páginas 61-62.

(7) Diller, A.: *The tradition of the Minor Greek Geographers*. Lancaster, 1952, páginas 20-21 y página 177; *Id.* «The authors named Pausanias». *TAPhA*, 86. 1955, página 276-279.

(8) Así pues, en mi opinión, la exégesis del texto que realizó Maluquer de Motes, J.: «En torno a las fuentes griegas sobre el origen de Rhode». *Simpósio de Colonizacions*. Barcelona, 1974, páginas 127-128, es incorrecta porque da la vuelta al argumento que emplea el Pseudo Escimno.

(9) Traducción de García y Bellido, A.: *España y los españoles hace dos mil años según la «Geografía» de Estrabón*. Madrid, 1945, página 138, con modificaciones.

(10) Laserte, F.: *Strabon. Géographie. (Livres III-IV)*. París, 1966, páginas 4-15 y página 197.

(11) No se trata, por consiguiente, como afirmaba García y Bellido, *op. cit.* nota 5, página 166, que Estrabón niegue el carácter rodio de Rhode, sino simplemente que da cuenta de otra tradición que, en cualquier caso parece secundaria, a juzgar por la forma en que es mencionada en el texto.

(12) La traducción sigue aquí, también, la de García y Bellido, *op. cit.* nota 9, página 250, aun cuando este autor no traduce la totalidad del párrafo aquí mencionado.

(13) Las fuentes sobre Nápoles antigua reunidas por Buchner, G.; Morelli, D. y Nenci, G.: «Fonti per la storia di Napoli antica». *PP.* 7, 1952, páginas 370-419.

(14) Sobre todos estos aspectos puede verse Pugliese Carratelli, G.: «Napoli antica», *PP.* 7, 1952, páginas 243-268; *Id.*: «Sul culto delle Sirene nel golfo di Napoli». *PP.* 7, 1952, páginas 420-426; este autor, sin embargo, es proclive a admitir la tradición de la fundación rodia, pensando que el culto a la Sirena es el resultado de la transformación por los rodios de un culto indígena en ese sentido. Yo comparto esa idea, salvo en lo que se refiere a la atribución rodia, por lo demás no comprobada; sobre la necrópolis de vía Nicotera, puede verse, en último lugar, de Caro, S.: «Parthenope-Palaepolis: la necrópolis di Pizzofalcone». *Napoli Antica*. Nápoles, 1985, páginas 99-102.

(15) Van Compernelle, T.: «La colonisation rhodienne en Apulie: réalité historique ou légende?». *MEFR.* 97, 1985, páginas 35-45. Pugliese Carratelli: «Napoli...», *op. cit.* nota 14, página 245 también defiende la fuente rodia y la contrapone al estilo habitual de citar Estrabón a sus informadores.

(16) Bérard, J.: *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité. La histoire et la légende*. 2.^a ed. París, 1957, páginas 62-64.

(17) Tradicionalmente se ha querido vincular este presunto dominio de los mares antiguos con la fecha de la «talasocracia» rodia (*vid.* Maluquer, *op. cit.* nota 8, página 132-135 y Tsirkin, Y. B.: «On Rhodian colonisation in Spain and Gaul» (en ruso, con resumen en inglés). *VDI.* 1970, páginas 86-92), aun cuando, en mi opinión, no es forzosamente necesario, en el origen de ambas tradiciones, esta relación; no hay que olvidar, sin embargo, que el Pseudo Escimno (*vid.* 201-206) alude tam-

bién al poderío naval de los rodios cuando fundan Rhode. Sobre las talasocracias, puede verse el completo tratamiento de Miller, M.: *The Thalassocracies*. Nueva York, 1971. Dicha autora opina que las tradiciones previas al 530 a.C. contienen una buena dosis de reconstrucción por parte de la tradición historiográfica.

(18) Los testimonios sobre la vida de Posidonio y los fragmentos de sus obras han sido editados por Edelstein, L. y Kidd, I. G.: *Posidonius I. The Fragments*. Cambridge, 1972. Acerca de la pritanía puede verse el comentario de Kidd, I. G.: *Posidonius II. The Commentary (I. Testimonia and Fragments I-149)*. Cambridge, 1988, páginas 21-22. El cargo de pritano lo habría ejercido a fines de los años noventa o principios de los ochenta a.C.

(19) Sobre los viajes de Posidonio *vid.* en último lugar Kidd, *op. cit.* nota 18, comentario a los *Testimonia* 14-23, páginas 16-20; sobre la valoración de la «autopsia», comentario a T. 26, página 21 y a T. 85, páginas 72-74.

(20) Un argumento en contra de esta suposición podría venir dado por el hecho de que Estrabón no afirma que haya tomado de Posidonio esa noticia, que, como veíamos anteriormente, se iniciaba de una forma bastante impersonal («se cuenta...»). No obstante, también podríamos pensar que puede haber tomado directamente de su fuente ese dato y que ella tampoco identificase su procedencia. De lo que no cabe duda, en todo caso, es del origen rodio de la tradición; Laserte. *op. cit.* nota 10, página 197, piensa en Timóstenes de Rodas (que escribe su obra geográfica entre 270 y 240 a.C.) como el creador de dicha tradición. Aun cuando ello no es, tal vez, improbable, tampoco es posible demostrarlo.

(21) Maluquer de Motes, J.: «La colonia griega de Rhode, localizada». *Zephyrus*, 14, 1963, páginas 99-100; *vid.* también una breve historia de los intentos previos y de los primeros resultados en García y Bellido, *op. cit.* nota 5, volumen II, páginas 55-56; Pericot, L.: «El destino de la antigua Rosas». *Revista de Gerona*, 11, 1965, páginas 7-12 y en Martín i Ortega, M. A.: Nieto, J. y Nolla, J. M.: *Excavaciones en la ciudadela de Rosas (campanas 1976 y 1977)*. Gerona, 1979, páginas 10-13.

(22) Por ejemplo, en Maluquer de Motes, J.: «Rhode, Rosas, la ciudad más antigua de Cataluña (Un capítulo inédito de la Historia Catalana)». *Revista de Gerona*, 31, 1965, páginas 13-18. En uno de sus últimos trabajos dedicados al tema, dicho autor, consciente de que no parece probable que en el siglo X a.C. los rodios hayan llegado a Iberia, acaba por afirmar, ciertamente no sabemos sobre qué bases, que esas expediciones rodias habrían tenido lugar siete u ocho años antes de la fundación de Cumas; *vid.* Maluquer de Motes, J.: *Historia de Catalunya I*. Barcelona, 1987, páginas 214-215.

(23) de Palol, P.: «Rosas de la Antigüe-

dad a la Edad Media». *Revista de Gerona*, 11, 1965, páginas 19-29. La campaña de 1938, publicada por Riuó, F. y Cufí, F.: «Prospecciones arqueológicas en Rosas (Gerona)». *AIEG.* 15, 1961-62, páginas 203-224.

(24) Sanmartí Grego, E.: *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode. II*. Barcelona, 1978, páginas 507-588. Breves informaciones sobre las campañas de 1965 y 1966 en Maluquer de Motes, J.: «Rhode, Rosas». *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*. Barcelona, 1982, páginas 331-332.

(25) Martín Nieto y Nolla, *op. cit.* nota 21, páginas 270-311.

(26) Martín Nieto y Nolla, *op. cit.* nota 21, páginas 315-369.

(27) Martín, M. A.: «Ciutadella de Rosas, Rosas». *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*. Barcelona, 1982, páginas 333-336.

(28) Puede verse un panorama más amplio que el que he podido desarrollar aquí sobre las excavaciones de Rosas, aunque basado en la misma información bibliográfica, en Pujol, *op. cit.* nota 3, páginas 222-241.

(29) Si, como parece, ya se han desarrollado en Rosas más de 25 campañas anuales (tal y como se afirma en el libro *Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*. Barcelona, 1982, página 333) hay que reconocer que lo publicado es, además de incompleto, insignificante.

(30) E. Pons, en Martín, Nieto y Nolla, *op. cit.* nota 21, página 4.

(31) Ruiz de Arbuló Bayona, J.: «Emporion y Rhode. Dos asentamientos portuarios en el Golfo de Rosas». *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*. 4. Teruel, 1984, páginas 115-140. El mejor conocimiento de los materiales ha ido permitiendo precisar cronologías y adscripciones tipológicas a los materiales hallados en estas excavaciones; véase al respecto, lo que se dirá más adelante y el trabajo de Martín i Ortega, M. A.: «Aportació de les excavacions de Rosas a l'estudi del comerç massaliota a l'Alt Empordà, en els segles IV-III a.C.». *Cypselà*, 4, 1982, páginas 113-122.

(32) Jullý, J. J.: *Ceràmiques grecques ou de type grecque et autres céramiques en Languedoc Méditerranéen, Roussillon et Catalogne. VIIe-IVe siècles avant notre ère et leur contexte socio-culturel II*. 1 París, 1983, páginas 104-107.

(33) Cf. Jullý, *op. cit.* nota 32, volumen II, 2, página 1095, que es de la misma opinión.

(34) de Guadán, A. M.: *Las monedas de plata de Emporion y Rhode*. Barcelona, 1968, páginas 383-423; Villarronga, L.: *Numismática antigua de Hispania. Introducción a su estudio*. Barcelona, 1979, páginas 99-100; Jullý, *op. cit.* nota 32, volumen I, páginas 458-459; sobre las monedas a la cruz es básico Allen, D. F.: «Monnaies à la croix». *NC.* 9, 1969, pági-

nas 33-78: sobre problemas cronológicos, Colbert de Beaulieu, J. B.: «Le numéraire des *Volcae Tectosages* et l'hégémonie arverne». *DHA*. 1. 1974, páginas 65-74; *vid.* también Crawford, M. H.: *Coinage and money under the roman Republic. Italy and the Mediterranean Economy*. Londres, 1985, páginas 166-168; puede verse, en último lugar, la síntesis de Pujol, *op. cit.* nota 3, volumen II, páginas 303-310.

(35) Fernández Nieto, F. J.: «La colonización griega». *Historia de España Antigua I. Protohistoria*. Madrid, 1983, página 531 que afirma que Rhode «en época tardía, quiso sellar un acercamiento a Rodas, remediando una especie de *sympoliteia*, tan cara a los griegos de los siglos IV a II a.C. y tan necesaria frente al creciente poderío de Roma, a instancias de los propios rodios o de la población de origen dorio instalada en la factoría».

(36) Martín, *op. cit.* nota 31.

(37) *Ibid.*, páginas 119-120, donde tiene que suponer una ruta septentrional que daría un fuerte rodeo para acceder a esos «campos de silos», más fácilmente accesibles desde Emporion, como observa correctamente Ruiz de Arbulo, *op. cit.* nota 31, página 121, 123 y 124, cuando afirma que «(Rhode) se ve en cierta forma limitada en su comunicación hacia el sur por vía terrestre al tener que atravesar las marismas en situación transversal con vadeo de ríos».

(38) Domínguez Monedero, A. J.: «La función económica de la ciudad griega de Emporion». *VI Coloquio Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Puigcerdà, 1986, páginas 193-199.

(39) Puede verse una reciente visión de conjunto en Sanmartí, E. y Nolla, J. M.: *Amurias. Guía Itineraria*. Barcelona, 1988, *passim*; sobre las murallas de los siglos IV y III, Sanmartí, E. y Castañer, P. y Tremoleda, J.: «La secuencia histórico-topográfica de las murallas del sector meridional de Emporion». *MDAI(M)*. 29, 1988, página 191-200; sobre la moneda de Emporion, Guadán, *op. cit.* nota 34, páginas 176-191; sobre el desarrollo político, Domínguez Monedero, A. J.: «La ciudad griega de Emporion y su organización política». *AEA*. 59. 1986, páginas 3-12.

(40) Ruiz de Arbulo, *op. cit.* nota 31, página 139, número 59, donde rechaza la interpretación de Martín.

(41) Ruiz de Arbulo, *op. cit.* nota 31, página 131 habla de «la existencia de nichos económicos diferenciados que hoy no estamos en condiciones de olvidar»; Maluquer de Motes, J.: *El impacto colonial griego y el comienzo de la vida urbana en Cataluña*. Barcelona, 1966, página 22 considera que la influencia de Rhode se ejerce, ante todo, en la Cataluña francesa, y la de Emporion en la Cataluña propia.

(42) *Cf.* Ruiz de Arbulo, *op. cit.* nota 31, páginas 119-121 y páginas 123-127. Sobre las condiciones de navegación en la región de Massalia, Hodge, A. T.: «Massalia, Meteorology and Navigation». *AncW*. 7. 1983, páginas 67-88.

(43) *Vid.* Clavel-Lévêque, M.: *Marseille grecque. La dynamique d'un impérialisme marchand*. Marsella, 1977, páginas 79-91.

(44) Clavel-Lévêque, *op. cit.* nota 43, página 84.

(45) Sin querer entrar de lleno en la cuestión de Agathe-Agde, remito a los estudios de Nickels, A.: «Agde grecque: les recherches récentes». *PP*. 37, 1982, páginas 269-279 y a Clavel-Lévêque, M.: «Un cadastre grec en Gaule: la *chora* d'Agde (Hérault)». *Klio*. 64. 1982, páginas 21-28.

(46) La bibliografía sobre Olbia es abundantísima, y yo no voy a mencionar aquí toda ella, sino tan sólo la fundamental. Así, para el conocimiento del urbanismo de Olbia, Couprie, J.: «Olbia, la Massaliote». *Simposio de Colonizaciones*. Barcelona, 1974, páginas 191-199; acerca del registro cerámico y la cronología de su fundación, Bats, M.: «Commerce et politique massaliètes aux IV^e et III^e siècles av.J.C. Essai d'interprétation du faciès céramique d'Olbia de Provence (Hyères, Var)». *PP*. 37. 1982, páginas 256-267; sobre las fortificaciones, Couprie, J.: «Les fortifications d'Olbia de Ligurie. Propositions, questions». *La fortification dans l'histoire du monde grec*. París, 1986, páginas 389-399; sobre la parcelación del territorio, Benoit, J.: «L'étude des cadastres antiques: à propos d'Olbia de Provence». *DAM*. 8. 1985, páginas 25-48.

(47) *Cf.* Rouillard, P.: «Les fortifications préromaines de l'aire ibérique». *La fortification dans l'histoire du monde grec*. París, 1986, página 214.

(48) *Cf.* la estructura de este pasaje, fundamental para entender su significado, en Dirkzwager, A.: *Strabo über Gallia Narbonensis*. Leiden, 1975, página 46; desde mi punto de vista, es el no haber comprendido bien tal estructura una de las causas que le llevan a Properzio, P. J.: «Rhodian colonization in Iberia: The colony Rhode and the townlet Rhodos». *Antipolis*. 1. 1975, páginas 82-96 a imaginar la existencia de dos centros, Rhode (lo que conocemos como Rhodanoussia), fundada por los rodios, y Rhodos, fundada por los de Rhode, equiparable a Rosas. Además de que su reconstrucción parece bastante forzada, hay detalles que le restan credibilidad, como el admitir el origen rodio de Rhode, o el corintio de Kypselá.

(49) Sobre una base fundamentalmente arqueológica, Rouillard, P.: «Les Grecs et la Péninsule Ibérique: les acquis de la recherche récente». *RA*. 1986, página 208, considera el surgimiento de Rhode dentro del mismo ámbito cronológico que Heme-rokopeion y Alonis.

(50) *Cf.* Benoit, J., *op. cit.* nota 46, página 30.

(51) Sobre la función económica de Emporion, *vid.* mi artículo citado en nota 38; la función económica de Olbia queda clara a partir del conocimiento de la parcelación de su territorio desde su misma fundación; *cf.* Benoit, J., *op. cit.* nota 46, aunque la misma tampoco se agota en este hecho, como puso de manifiesto

Couprie, J.: «Les fouilles d'Olbia, a Hyères». *CRAI*. 1964, páginas 313-321.

(52) Ducat, J.: «*Antipolis et Nikia*: implantations et activités économiques». *Ktema*. 7. 1982, páginas 89-99, que parece pensar en una actividad ligada, ante todo, en la recolección de productos naturales, entre los cuales no faltarían ni los derivados de la pesca, ni los minerales ni las plantas aromáticas, en los que Massalia tendría una especie de monopolio.

(53) *Vid.* el análisis de Cordano, F.: «RHODOS prima del sinecismo e RHODIOI fondatori di colonie». *PP*. 29. 1974, páginas 179-182.

(54) Sobre la configuración del nuevo estado rodio puede verse Pugliese Carratelli, G.: «La formazione dello stato dorio». *SCO*. 1. 1951, páginas 77-88; la historia de Rodas ha sido considerablemente estudiada y la bibliografía sobre la misma es muy abundante. Citaré, tan sólo, el estudio de conjunto más reciente sobre la isla, y que recoge la bibliografía anterior: Berthold, R. M.: *Rhodes in the Hellenistic Age*. Ithaca, 1984.

(55) Berthold, *op. cit.* nota 54, páginas 5-80.

(56) *Vid.* al respecto Ziebarth, E.: «Zur Handelsgeschichte der Insel Rhodos». *Mélanges G. Glotz*, II. París, 1932, página 911-912.

(57) Cordano, F.: «Rodii e Italici nel terzo secolo a.C.». *MGR*. 7, 1980, páginas 255-270.

(58) Como afirmó Casson, L.: «The Grain trade of the Hellenistic World», *TAPhA*. 85. 1954, páginas 168-187, «de un extremo podemos estar absolutamente seguros: Rodas fue la figura más importante en el comercio internacional de trigo del mundo Hellenístico»; *cf.*, igualmente, Rostovtzeff, M. I.: *Historia Social y Económica del Mundo Hellenístico*. Madrid, 1967 (= 1953), páginas 235-239: «en interés de su comercio, Rodas hacía uso de su fuerte marina permanente para combatir la piratería en el Egeo, y lo hacía con éxito»; sobre la situación de Rodas en el siglo III, *vid.* Berthold, *op. cit.* nota 54, páginas 81-101.

(59) Rostovtzeff, M.: «Alexandrien und Rhodos». *Klio*. 30. 1937, páginas 70-76 demostró que Rodas fue el gran centro de intercambios para el comercio fenicio, sirio, minorasiático, griego y, sobre todo, egipcio, y no Alejandría, como tradicionalmente venía considerándose.

(60) Puede verse la breve pero aguda síntesis que de estos acontecimientos realiza Gehrke, H. J.: *Jenseits von Athen und Sparta. Das Dritte Griechenland und seine Staatenwelt*. Munich, 1986, páginas 125-128.

(61) La bibliografía sobre los hallazgos anfóricos rodios es, además de sumamente dispersa, en gran medida inabarcable; pueden hallarse consideraciones generales de tipo teórico en Bresson, A.: «Remarques sur la dispersion de amphores rhodiennes». *Recherches sur les amphores grecques*. *BCH. Suppl. XIII*. París, 1986.

páginas 81-86; un taller de ánforas en la perea recientemente descubierto, con un análisis de las técnicas de producción en Empereur, J. Y. y Tuna, N.: «Hiérotélès, potier rhodien de la pérée». *BCH*. 113. 1989, páginas 277-299; interesantes observaciones a tener en cuenta sobre el análisis de las ánforas griegas en Garland, Y.: «Greek amphorae and trade». *Trade in the ancient economy*. Londres, 1983, páginas 27-35; *Id.*: «De l'usage par les historiens du matériel amphorique grecque». *DHA*. 11. 1985, páginas 239-255. *Vid.* la reciente puesta a punto de conjunto sobre las ánforas helenísticas en Empereur, J. Y. y Hesnard, A.: «Les amphores hellénistiques». *Céramiques hellénistiques et romaines*. 2. París, 1987, páginas 9-71.

(62) Morelli, D.: «I stranieri in Rodi». *SCO*. 5. 1956, página 161.

(63) Franke, P. R. y Hirmer, M.: *Die Griechische Münze*. Munich, 1964, página 137, láminas 188-189.

(64) Schmitt, H. H.: *Rom und Rhodos. Geschichte ihrer politischen Beziehungen seit der ersten Berührung bis zum Aufgehen des Inselstaates im römischen Weltreich*. Munich, 1957; *cfr.* también Cordano, *op. cit.* nota 57.

(65) Sobre las relaciones entre Rodas y Sicilia en el siglo III a.C. me hallo en la actualidad preparando un trabajo que espero publicar en el volumen de Homenaje al Profesor don José María Blázquez; puede verse, además, Sensi Sestito, G. de: «Relazioni commerciali e politica finanziaria di Gerone II». *Helikon*, 15-16. 1975-76, páginas 187-252.

(66) Los sellos fueron publicados en algún caso con lecturas erróneas, por Almagro, M.: *Las inscripciones ampurias griegas, ibéricas y latinas*. Barcelona, 1952, páginas 41-47; *cfr.* Jullý, *op. cit.* nota 32, volumen I, página 548. Pericay, P.: «Lengua griega y lengua ibérica en sus contactos en el nordeste peninsular y sudeste de Francia a la luz de los documentos epigráficos». *Simposio de Colonizaciones*. Barcelona, 1974, página 237 y páginas 242-244, ha proporcionado mejores lecturas basándose, sobre todo, en el elenco de nombres elaborado por Pridik, E.: «Zu den rhodischen Amphoren-stempeln». *Klio*. 20. 1926, páginas 303-331; la mayor parte de esas ánforas rodias procedentes de Emporion corresponden a epónimos datados durante el «período IV» (175-146 a.C.); *cfr.* al respecto el reciente trabajo de Brugnone, A.: «Bollí anforari rodii dalla necropoli di Lilibeo». *Kokalos*. 32. 1986, páginas 19-100. A esa misma época remite la propia forma de las asas de tales ánforas; *cfr.* Grace, V.: «The Eponyms named on Rhodian amphora stamps». *Hesperia*. 22. 1953, páginas 116-128; una de las ánforas rodias de Emporion (la número 27 del catálogo de Almagro) lleva el sello del sacerdote Autocrates, cuya cronología ha sido situada, recientemente, entre ca. 175 y 168-166 a.C.; *vid.* Etienne, R.: «La date du prétre éponyme de Rhodes, Autocratès». *Recherches sur les Amphores Grecques*.

BCH Suppl. XIII. París, 1986, páginas 45-47.

(67) *Vid.* la bibliografía de estos hallazgos recogida por Labrousse, M.: «Amphores rhodiennes trouvées à Toulouse et Vieille-Toulouse». *RAN*. 4. 1971, páginas 35-46.

(68) Maluquer de Motes, J.: «Monedas de cobre de Rhode (Rosas, Gerona)». *Pyrenae*. 2. 1966, páginas 65-75, láminas 1-11.

(69) Villaronga, L.: «Presencia rodia en Rosas (Gerona) a finales del siglo III a.C.». *Ampurias*. 35. 1973, páginas 247-248. Que el problema en torno a estas monedas no se halla por completo zanjado, lo muestra el reciente trabajo de Pujol, *op. cit.* nota 3, volumen II, páginas 300-303. La reciente publicación del corpus de sellos anfóricos rodios de Lilibeo, además de ratificar la existencia de relaciones comerciales rodias con la Sicilia occidental, puede resaltar el papel de Sicilia como punto intermedio de la ruta anteriormente postulada. *Vid.* Brugnone, *op. cit.* nota 66, páginas 19-100. Sobre los vínculos comerciales, no privilegiados, entre Rhode y Rodas, Jullý, *op. cit.* nota 32, volumen I, página 548.

(70) Conviene tener en cuenta las observaciones formuladas por Empereur, J. Y.: «Les anses d'amphores timbrées et les amphores: aspects quantitatifs». *BCH*. 106. 1982, páginas 219-233 que pone en guardia acerca del error metodológico que supone partir sólo de las ánforas con sello, proponiendo un estudio de conjunto de todo el material anfórico, sellado o no; en el mismo sentido, y con respecto a la presencia de ánforas rodias en Monte Iato (Sicilia), Isler, H. P.: «Bollí di anfora e documenti affini dagli scavi di Monte Iato». *Philias Charin. Miscellanea... E. Mani*. IV. Roma, 1980, páginas 1213-1229.

(71) Villard, F.: *La céramique grecque de Marseille (VIe-IVe siècle). Essai d'histoire économique*. París, 1960, páginas 72-73.

(72) Clerc, M.: *Massalia. Histoire de Marseille dans l'antiquité*. Marsella, 1927, páginas 81-82.

(73) Benoit, F.: *Recherches sur l'hellénisation du Midi de la Gaule Aix-en-Provence*, 1965, página 30; Morel *op. cit.* nota 3, página 382 está también de acuerdo en atribuir importancia a esta posibilidad. Hay autores que, sin embargo, no comparten la idea de que la denominación de Rhode provenga de un nombre prehelénico; así, por ejemplo, Pericay, *op. cit.* nota 66, página 238 afirma que «probablemente hay que descartar de entrada el supuesto de que Rhode recubre un nombre indígena, ibérico, de la actual Rosas, hipótesis que no es desdeñable, creemos para Agde»; lo mismo opina Maluquer, *op. cit.* nota 8, página 130.

(74) Graham, A. J.: «The colonial expansion of Greece», *CAH*, III, 3. 2.^a ed. Cambridge, 1982, página 139.

(75) *Vid.* a este respecto Van Compton, *op. cit.* nota 15, que ha recopilado las opiniones vertidas al respecto.

(76) Corchia, R.: «Rudiae. Problemi archeologici: una messa a punto». *Taras*. I. 1981, páginas 115-128; Tagliente, M. y Corchia, R.: «Cavallino-Rudiae: modi e momenti della presenza greca nella laguna meridionale». *ArchClass*. 36. 1984, páginas 1-18.

(77) Jacob, P.: «Notes sur la toponymie grecque de la côte méditerranéenne de l'Espagne antique». *Ktema*. 10. 1985, páginas 247-271.

(78) La lista de estos nombres no griegos es considerable; limitándose sólo, a título de ejemplo, al caso de Sicilia, pueden citarse los casos de Zancle, Catana, Siracusa (Mégara) Hiblea o Gela; *vid.* Domínguez, A. J.: *La Colonización Griega en Sicilia. Griegos, Indígenas y Púnicos en la Sicilia Arcaica: Interacción y Aculturación*. Oxford, 1990.

(79) No es este el lugar de entrar en detalle en este problema, pero la lectura del libro de Bérard, *op. cit.* nota 16, esp. páginas 383-486 muestra la presencia de tradiciones míticas aplicadas a ciudades de las que, por otro lado, se conocen relativamente bien los detalles de su fundación (Siris, Crotona, Metaponto...), así como a poblaciones indígenas, cuyos vínculos con los griegos se quieren poner (artificialmente) de manifiesto.

(80) Prinz, F.: *Gründungsmythen und Sagenschronologie*. Munich, 1979, páginas 163-165; puede verse también, en relación con este tema, García Iglesias, L.: «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico». *AEA*. 52. 1979, páginas 131-140.

(81) Gschnitzer, F.: *Abhängige Orte im griechischen Altertum*. Munich, 1958, páginas 20-26; frente, por ejemplo, Couprie, J.: «Olbia de Ligurie», *RSL*. 34. 1968, páginas 237-246, que piensa, más bien, en la fundación de establecimientos tipo cleruquía, de los que, precisamente, Olbia sería el prototipo.

(82) Pienso que todo ello es no sólo más coherente, sino que encaja más en pautas de comportamiento comprobadas en muchos otros casos de fundaciones coloniales griegas que el pensar que el auge de Rhode del siglo III puede explicarse «por una revitalización de su conciencia de origen rodio frente al origen jónico de Masalia y Emporion», al tiempo que se habla de un «renacer 'nacionalista'», todo ello en una recentísima publicación (Pujol, *op. cit.* nota 3, página 240); *cfr.* ya Maluquer, *op. cit.* nota 8, página 137: «Rhode... creyó necesario proclamar su carácter rodio...»

(83) Martín, T. R.: *Sovereignty and Coinage in Classical Greece*. Princeton, 1985, páginas 219-248.

(84) Graham, A. J.: *Colony and mother city in ancient Greece*. 2.^a ed. Chicago, 1983, páginas 122-126.

(85) *Vid.* supra nota 34.

(86) *Vid.* por ejemplo, Pujol, *op. cit.* nota 3, páginas 240-241.

OBRAS ARCAICAS DE ESCULTURA IBERICA EN EL MUSEO ARQUEOLOGICO DE ELCHE

R. RAMOS



Figura 1. Esfinge encontrada en el Parque de Elche.

LA escultura en piedra supuso el componente que manifestó el alto nivel en el campo de las artes figurativas de los estadios culturales ibéricos arcaico (1) y clásico (2), puesto que sus obras, de fuerte identidad, pueden paralelizarse con otras producciones de tipo mediterráneo como la chipriota, la anatolia occidental, la etrusca, la suritálica o la púnica. Esta escultura debió llegar a ser una expresión de determinados aspectos en la vida de los iberos y el claro síntoma de una moda general de la que «Iberia» participó puesto que formaba parte del mundo mediterráneo. Además, esta escultura supone un exponente del enriquecimiento que experimentó esta cultura desde los

comienzos de su consolidación. A través de ella es posible seguir los pasos de su desarrollo, su plenitud y sus pervivencias.

Las obras escultóricas de producción ibera arcaica constituyen hoy una valiosa documentación para el conocimiento de aquel primer período y constituyen un índice que puede permitir su identificación en los contextos generales que configuran su personalidad cultural.

Son dos los yacimientos que han aportado los materiales que ahora nos ocupan: El Parque de Elche (3) y el Arenero del Vinalopó de Monforte (4). De ellos proceden piezas tan sugestivas en el campo de la expresión religiosa como la de una esfinge de piedra caliza, esculpida en

bulto redondo, con una de sus caras apenas desbastada, indicio de su posición adosada a un muro. Carece de la cabeza, cuya posición queda bien indicada por las trenzas de su cabellera que, con un marcado resalte, descienden a lo largo de su cuello. Se muestra en posición echada, con las patas delanteras y traseras plegadas. Sus garras tienen dedos humanoides de largas falanges y articulaciones marcadas por angulaciones acusadas, y en su punto de unión con los brazos aparecen resaltes verticales que representan pulseiras: tres en las delanteras y dos en las traseras. Su cola se extiende entre las ancas, ocupando el espacio libre que queda bajo su vientre. Su ala arranca sobre el codo a partir de

un resalte semilunar y se compone de una banda lisa superior y unas zona baja con anchos plumones estilizados. Sobre sus garras delanteras y en pie, se encuentra una figura femenina con los brazos cruzados y la cabeza erguida, con peinado egipzante, con alas plegadas sobre la parte delantera de su cuerpo, según el tipo de las de Poggione, Cartago y de las posteriores terracotas de Ibiza; sobre su pecho presenta la flor de loto. Representa, pues, a la divinidad femenina alada que caracterizará mucho más tarde, en el tercer período ibérico, a las cerámicas ibéricas pintadas de Elche (5). En la grupa de la esfinge y por la parte interior del ala se presenta a un personaje, hoy acéfalo, que se sujeta con las manos al cuello del animal y que puede simbolizar el alma de un difunto que es así transportada al más allá por esa especie alada psicopompa a quien conduce y guía la diosa (figura 1).

Sobre la superficie de su anca presenta dibujos inscritos que representan ruedas de carro.

Sus dimensiones son: 120 de longitud por 64 de altura, por 32 centímetros de grosor (6).

Esta obra escultórica tiene un evidente carácter orientalizante y parece haber sido motivada a través de lo griego arcaico. Posibilidad que podría explicarse como el reflejo de unas ideologías sirio-egipcias plasmadas por iberos con técnicas heredadas de las escuelas helenas (7), puesto que en esta obra existen peculiaridades indicadoras de su producción ibera: si bien la piedra en que fue esculpida procede de las canteras locales, esto sólo es indicio de que se realizó en un taller local pero no evidencia de que el artista fuera indígena; sin embargo, tanto estilística como técnicamente, contiene datos que manifiestan su autoctonía (8), porque esta esfinge estuvo realizada para situarse adosada a un muro mientras que las griegas fueron exentas y porque su cola se introduce entre las ancas, a su vez, que en las griegas se dobla sobre sí misma y se coloca sobre el muslo. No obstante, esta pieza es una libre interpretación ibera de modelos griegos como puede apreciarse en el arranque del ala y en su

inclinación; por otra parte, la composición de esta obra expresa que su autor conocía el significado griego de la esfinge de época arcaica: protectora de los difuntos a quienes podía transportar el alma a la otra vida. Se trata de una iconografía sirio-fenicia con asociaciones egipcizantes matizada por lo griego arcaico que puede implicar además la presencia en Iberia de elementos chipriotas y egipcios que paulatinamente, con el transcurso del tiempo, quedaron sojuzgados por las aportaciones helenas.

La pieza responde a dos momentos temporales sucesivos: el de su fabricación y situación como elemento de un monumento funerario y el de su desmonte y traslado, que la hizo pasar a formar parte de un alineamiento de piedras dispuesto para configurar una demarcación circular que delimitó un espacio sagrado.

Esta obra puede fecharse en pleno siglo V a.C., en cuanto a su producción. Su reutilización debe ser anterior al año 410 a.C., dato cronológico obtenido en función de que la pieza datable más moderna de las halladas en los trabajos de excavación del estrato ibérico de este yacimiento, y en concreto en la zona del alineamiento, es un fragmento de asa de una crátera de columnas ática que en nuestra Península puede situarse entre los años 440 y 430 a.C., y que como fecha más tardía alcanza el citado 410 a.C. (9).

Tres componentes configuran esta obra escultórica: la propia esfinge, la figura femenina que ocupa su espacio anterior y el personaje que la cabalga.

El tipo femenino de la esfinge parece ser originario de Siria, de donde se adoptó en Egipto, que a su vez influyó en las concepciones estéticas de lo griego jónico. Las producciones sirias constituyeron un activo agente difusor al que se sumó el carácter religioso de la esfinge egipcia, de cuyo sincretismo se produjo la plasmación de este ser y la iconografía que se expandió hacia Occidente. También hay que valorar en este aspecto genérico el hecho de que faraones del Imperio Medio mandaran esculpir esfinges en Ugarit y en otras zonas sirias, que se co-

locaban por parejas como guardianes de los santuarios (10). Además debió de ser algo normal que los sirios conociesen el significado egipcio de la esfinge, porque su presencia como servidores en los templos egipcios era frecuente. No obstante, Siria remodeló la apariencia de la esfinge puesto que la dotó de alas para ratificar su carácter sobrenatural, y así creó el tipo que se difundió por el Mediterráneo.

A lo largo del proceso evolutivo que experimentó la esfinge pueden fijarse diferentes tendencias a sus representaciones que caracterizaron a las producciones fenicias, a las sirias y posteriormente a las griegas, cuyo aspecto y significado alcanzaron notables diferencias con las propiamente orientales, diferencias que se materializaron en el «arqueamiento de las alas en forma de hoz y la fusión perfecta de los dos seres, humano y felino» (11), si bien a medida que evolucionó el arte griego fue ganando importancia su aspecto humano.

Esta obra de Elche pudo formar parte de un monumento en el que debieron existir otras piezas similares puesto que la hallada está realizada para ser adosada y la tendencia del período, manifiesta en las representaciones de esquina de Pozo Moro, consistía en colocarlas por parejas. Es de carácter orientalizante pero su aspecto implica el conocimiento de ideologías griegas y su realización ofrece matiz arcaico.

Su concepción de ser psicopompo procede del mundo griego, así como su técnica de fabricación. La espiritualidad que representa y, probablemente, la creación alada de la diosa que recoge el tipo isiáfico de alas de dos paños así lo atestiguan, si bien su producción ibérica parece evidente por las peculiaridades ya reseñadas. La Esfinge de Elche responde a la integración del modelo, con personalidad propia, en el ambiente mediterráneo de su época, fusión del mundo orientalizante y helénico, interpretado por los iberos desde finales del siglo VI a.C.

Parece que este tipo de representaciones en general, no sólo en esta pieza de Elche para la que existen datos precisos, son anteriores al siglo IV a.C. Así, los monumentos fu-

nerarios licios, con los que los hallazgos ilicitanos tienen paralelismos, ofrecen tanto una evolución de formas arquitectónicas y plásticas como ideológicas, debido a que la progresiva helenización restringió buena parte de las tradiciones indígenas y de las aportaciones propiamente orientales (12). Por ello, desde comienzos del siglo IV se modificó sensiblemente el sentido de las representaciones funerarias a causa de la influencia griega.

El personaje que cabalga a lomos de esta esfinge debe representar el espíritu de un difunto. Así pues, el tema realizado en esta obra, el ser fantástico que puede conducir el alma de los muertos a su vida del más allá, puede paralelizarse con la idea a que debió reponder la ejecución del llamado Caballero Marino de Vulci, conservado en el Museo de Villa Giulia, que representa a un personaje montado en un hipocampo, al que hoy le faltan los cuartos delanteros. La estatua, en piedra calcárea, fechable hacia el 520 a.C. (13). En esta pieza de Vulci son significativos tanto las redondeces de los contornos como la sinuosidad de las formas, y es destacable que el rostro del personaje es de inspiración jónica y oriental, de frente baja, cejas en la prolongación de la nariz y ojos almendrados (14).

También este tema del transporte de las almas materializadas en seres antropomorfos se encuentra plasmado en la llamada Tumba de las Harpías, ahora en el Museo Británico, descubierta en Licia, concretamente en Xanthos, junto al teatro (15). Este pilar funerario está hoy generalmente fechado en el siglo V a.C. (16).

Los bloques angulares de las caras norte y sur presentan, en cada uno de ellos, una sirena llevándose a una figura de tipo humano. Estas cuatro sirenas tienen cabeza, pecho y brazos de mujer pero su cuerpo termina en forma de huevo, con cola y patas de pájaro, así como con largas alas que arrancan de los hombros.

El tema del transporte de las almas queda patente en el pensamiento licio de época arcaica. Además, también en las civilizaciones cretense y micénica existen concepciones

que materializan en formas concretas a las almas. La gema tallada del llamado Anillo de Néstor, descubierto en una tumba real abovedada de Pylos, hoy conservado en la Colección Evans de Oxford, tiene el campo dividido en cuatro cuarteles por un viejo árbol con sus ramas, en las que se representa la secuencia por la que pasan las almas hasta lograr su paso a la inmortalidad: crisálidas colgadas en la línea superior y dos figuras femeninas que guardan la entrada mientras otras dos, de pie, al parecer recién llegadas, hacen gestos de sorpresa al encontrarse en el otro mundo (17). El paso de las almas, agachadas, que tienen figura humana, por debajo de una losa sobre la que se encuentra un león. Su salida triunfante de esta prueba y como después aparecen guiadas por un personaje hacia el trono de la justicia infernal. El fiscal acusador, un grifo que se representa sentado sobre una mesa, y el juez que indulta a aquellas almas, por lo que ahora aparecen ya transfiguradas y tienen cabeza de paloma.

El mundo prehelénico tuvo una profunda concepción de la transcendencia espiritual que llegó a materializarse en la representación de símbolos. Así, el grupo de placas de oro descubierto por Schliemann en la necrópolis localizada en el ágora de Micenas, hoy conservadas en el Museo Nacional de Atenas, presentaba decoraciones simbólicas, corpóreas y abstractas de sus creencias religiosas. Hay entre ellas unas circulares con representaciones de mariposas que aluden el alma, ya metamorfoseada, salida de la crisálida que fue su cuerpo mortal.

Incluso en la cerámica ibérica del período helenístico, en la cerámica de tipo Elche, existen representaciones de aves hacia la izquierda que simbolizan tanto el alma como a la misma muerte (18).

La figura femenina alada situada, en pie, sobre las garras delanteras de la Esfinge de Elche (19), que presenta la cabeza erguida, con peinado egipcio con las alas plegadas sobre la parte delantera de su cuerpo y una flor de loto en su pecho es la representación de la diosa (20). Puede tener por probable modelo a

las «cariátides» halladas en la necrópolis de Poggione (21), en la zona meridional de Chianti, datables entre el último cuarto del siglo VII y el primer decenio del VI a.C. Estas piezas constituyeron los pies de soporte de ciertas píxides que además se cerraban con tapaderas con asa en forma de capullo de loto (22); y esta figura alada de la Esfinge de Elche es también paralelizable con producciones posteriores a ella, como la representación de la llamada Isis del sarcófago de Santa Mónica, conservado en el Museo Nacional de Carthago (23), así como con las terracotas también de Santa Mónica (24) y las ibicencas de la Cueva des Cuieram (25), así como en las cerámicas pintadas del período ibero-helenístico de La Alcuja de Elche (26) y en representaciones de la espartana Artemis Ortia (27), aunque también podría relacionarse con representaciones aladas de Isis o con divinidades sirio-palestinas asociadas a Ishtar y que también, en nuestra Península, podría conectar con los bronce del Berrueco (28) e incluso con la representación alada de los relieves de Pozo Moro (29).

Se trata de una divinidad local ctonia, que si se relaciona con representaciones de diosas femeninas del ámbito griego puede identificarse con representaciones del círculo de Demeter y si se la vincula al mundo púnico, que pudo ser quien a través del comercio difundiera la iconografía en sus áreas de influencias, debería identificarse con Tanit. Pero esas identificaciones no implican más que relaciones de tipo formal, que tal vez provocaran el revestimiento de una idea preexistente asociada a un culto autóctono de carácter ctonio imbricado a las corrientes religiosas imperantes en el Mediterráneo Occidental.

A esta esfinge le acompañaban en el yacimiento de El Parque de Elche varios fragmentos escultóricos pertenecientes a otra esfinge (30), un busto de guerrero incompleto y una representación de toro, asociados cultural y cronológicamente a ella.

Una de esas piezas consiste en un fragmento de busto de varón, de piedra caliza igual a la del conjunto de los hallazgos, del que se conser-

va su mitad izquierda (31), tocado con una hombrera con adorno ondulante que desciende en disminución hasta el talle, que se prolonga en cruzado por la espalda y que en su zona pectoral se encuentra sujeta por una especie de cinto que la abraza, lugar en el que se observa también la presencia de la empuñadura de un puñal en posición oblicua. Indumentaria ésta que es similar a la del «guerrero herido» de Porcuna (32), si bien la ilicitana es una obra arcaica y de diferente escuela, realidad que queda patente al intentar comparar esta pieza con el busto de guerrero con pectoral de La Alcudia (33), perteneciente a la época ibérica clásica.

La pieza se encuentra totalmente vaciada interiormente, el grosor de sus paredes es de 5,5 centímetros, y en el centro de su espalda se aprecia parte de un orificio circular, de 11 centímetros de diámetro, por el que se podía introducir en el busto el depósito que le fuera destinado. Se trata, pues, de una estatua-urna al llamado hasta ahora modo etrusco. Sus dimensiones son de 29 x 31 x 24 centímetros (figura 2).

De la escultura del toro del Parque de Elche, obra que configuró una caja cineraria, se conserva su parte superior, esculpida en bulto redondo y vaciada interiormente, y fragmentos de las dos patas delanteras, labradas en altorrelieve puesto que constituyeron los extremos salientes del receptáculo que formó su base. Esta pieza pudo ser paralelizable con la caja situada sobre el pilar de la llamada Tumba del León de Xanthos, hoy conservada en el Museo Británico (34). La representación del toro de Elche muestra una boca entreabierta que permite observar unos molares asemejables a los humanos, resaltados por triángulos inscritos en su zona de arranque. Su cabeza y cuello están cubiertos por un fuerte estriado convencional que idealiza la pieza, enmarca unos ojos almendrados con largas pestañas y limita un espacio frontal, donde se marca un flequillo de testuz que parece recordar los adornos frontales de los pequeños toros anatólios del Museo de Kastamonu, carentes hoy de cronología utilizable (35). Esta estereotipación

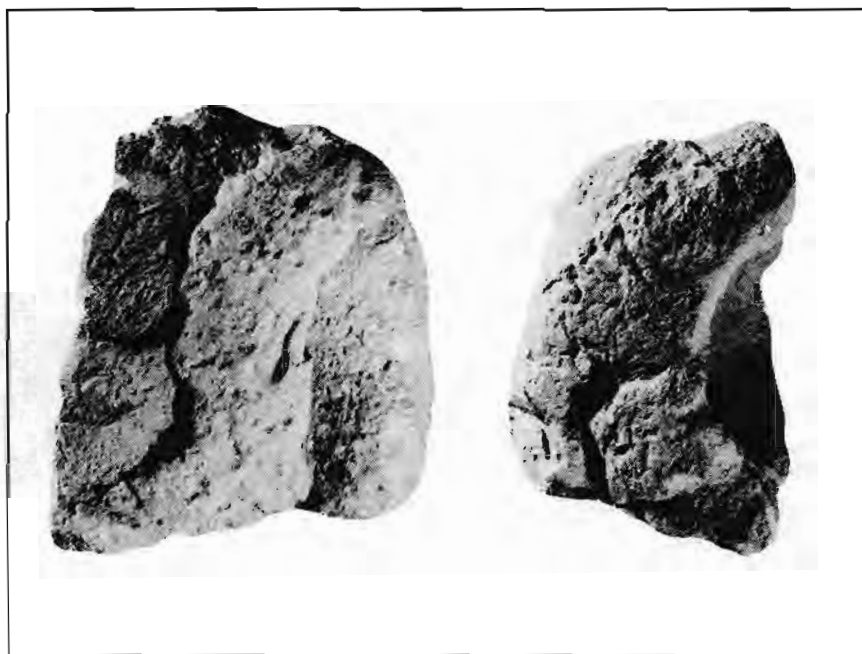


Figura 2. Dos aspectos del busto de guerrero encontrado en el Parque de Elche.

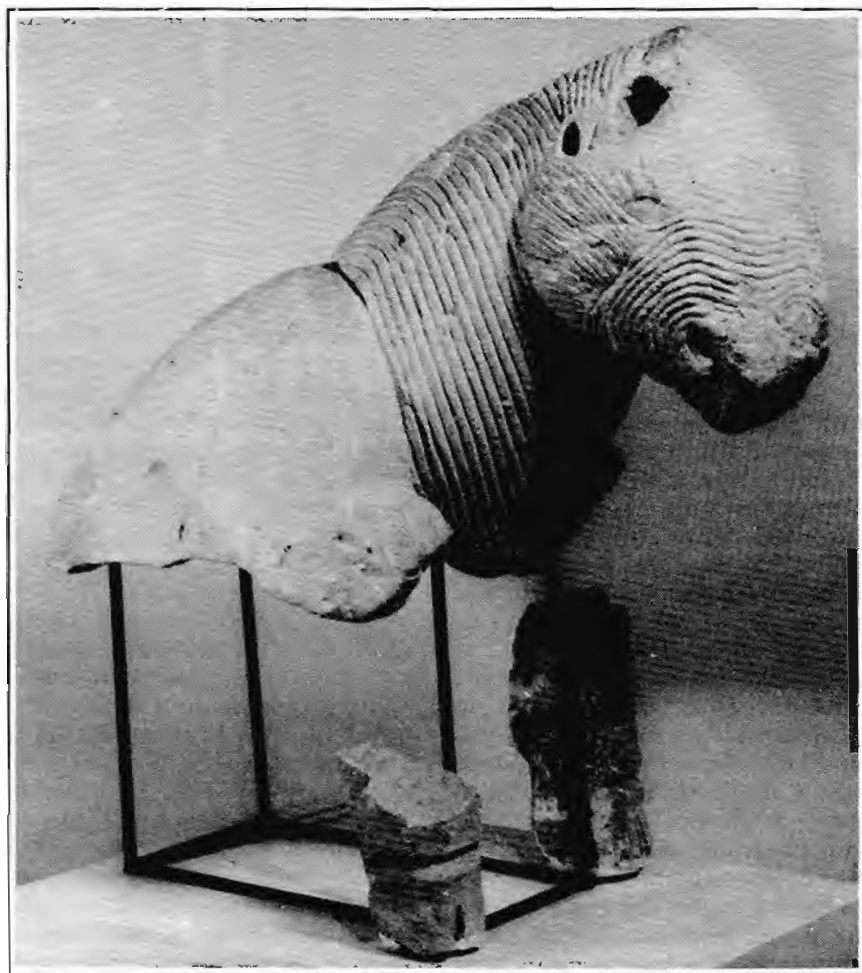


Figura 3. Toro procedente del Parque de Elche

puede ser relacionada, sin relación temporal posible, con las estrías que surcan la cara del toro de los relieves de Alaka-Hüyük; tiene orificios de inserción y de sujeción para orejas y cuernos, y puntos de fijación para el hocico, que fueron sobrepuestos. Su lomo presenta unos omoplatos muy marcados que asemejan aletas y favorecen la sensación de irrealidad de la obra (36). Las dimensiones de la parte superior de esta pieza son de $0,90 \times 0,67 \times 0,43$ metros (figura 3).

En la misma línea funcional de esta caja pudieron situarse los posibles sepulcros tauromorfos mallorquines (37) que constituyen un reflejo más de aquella concepción del toro como portador de los restos de los difuntos, que así custodiados pasaban al más allá, por lo que con ellos parece verse reivindicada esta identidad de dios de los muertos (figura 3).

Además, con una función similar a esta estatua-urna tauomorfa de Elche, aunque con distinta simbología, puede aludirse a la caja de Villagordo (38), ornada y protegida por el lobo como personificación de la muerte y como albergue del difunto en el camino a su otra vida.

El Arenero del Vinalopó fue un yacimiento situado junto a este río (39) en un punto del llamado «Camino de Elche» que, en la antigüedad, debió ser un importante cruce, puesto que a él confluían allí la vía que discurría por la zona litoral y la vía que penetraba hacia el interior, que subía por el valle del Vinalopó hasta unirse cerca de Fuente La Higuera a la Vía Hercúlea o Camino de Aníbal, en donde se situaba el inicio de la numeración de uno de los tramos de la Vía Augusta. Al unir por este camino Cádiz y el valle del Guadalquivir con las llanuras del Levante peninsular, pasando por Cástulo, los valles de Guadalmena y del Jardín, los Altos de Chinchilla, el Corredor de Montesa y Játiva, debió desempeñar el papel de principal eje cultural y de comunicaciones de la península ibérica en época prehistórica.

Por ello, este yacimiento ocupó un punto estratégico e importante entre las tierras costeras del sureste de la Península y las vías de pene-



Figura 4. Escultura procedente del Arenero de Vinalopó (Monforte del Cid).

tración, a través de las cuales se lograba la comunicación tanto con las ricas zonas mineras de Cástulo y el valle del Guadalquivir como con las llanuras del área valenciana.

Esta situación del yacimiento y los restos en él descubiertos son paralelizables con otros hallazgos ibéricos, como el de Pozo Moro, lo que parece indicar que también aquí existió un monumento conmemorativo de tipo funerario.

Asociada a este monumento se localizó una escultura de toro echado, conservada hoy en el Ayuntamiento de Monforte del Cid, y otra representativa de un modelo de vaca especialmente simbólico. Esta obra responde a una figura animal, de bulto redondo, en posición echada, que fue tratada con un intencionado esquematismo. Tiene la boca entreabierta, que permite observar un orificio interno cuya función debió pertenecer a un aplique con la lengua, hoy perdido; conserva los orificios nasales y unas líneas sinópticas muy marcadas que idealizan las arrugas del morro. Sobre la frente tiene un rebaje con silueta de doble hacha, enmarcada por un baquetón y diferenciada, puesto que la superior es lisa y la inferior está estriada horizontalmente. De sus cuernos sobrepuestos informan los respectivos orificios de inserción que presenta y, como elemento separador entre cabeza y cuerpo, tiene una especie de collarino trazado como moldura.

Las arrugas de su cuello, obtenidas por estriados paralelos, inciden casi perpendicularmente al tratarse de un grupo vertical central y dos laterales oblicuos que, a su vez, quedan en la zona baja de otros casi horizontales que limitan la zona de orejas y cuernos.

Sus extremidades están simétricamente plegadas y su zona posterior presenta una desmesurada vulva, que la cola del animal, curvada sobre el anca izquierda, deja ver en toda su amplitud y que, tal vez, pueda ser expresiva de la función ideológica a que respondiese la concepción de esta pieza (figura 4).

El monumento del Arenero del Vinalopó en Monforte (40) está constituido en la actualidad por cuatro elementos independientes: uno escultórico, un toro estante; y tres arquitectónicos, un sillar con función de plinto, un sillar de gola con función de cornisa y un sillar con función de pilar decorado con falsas puertas (figura 5).

La pieza escultórica representa un toro alzado, de tamaño algo menor del natural, con la cabeza ligeramente vuelta hacia la derecha y elevada sobre la línea del lomo. Sus ojos, esculpidos en profundidad, ofrecen una órbita redondeada con el párpado diferenciado y cuatro pliegues en su parte superior que acentúan su forma almendrada. La testuz ofrece una doble banda recta, a modo de tiara, de oreja a ore-

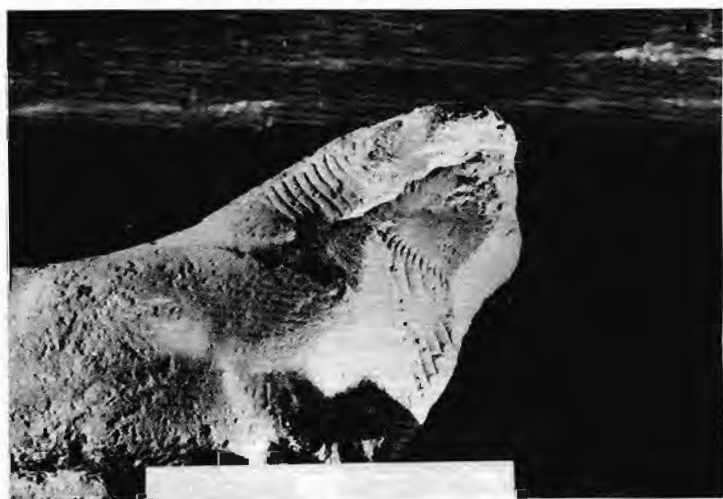


Figura 5. Monumento del Arenero de Vinalopó y detalles del toro en Monforte del Cid. (Museo Arqueológico de Elche).

ja, que también podría ser una estilización del pelo del animal. El cuello, ligeramente vuelto, presenta una serie de arrugas señaladas a base de incisiones onduladas que bajan de la cerviz y forman bajo la cabeza una gran papada prolongada por delante de las patas delanteras; la más próxima a la cabeza presenta trazos transversales a modo de barba. El cuerpo es proporcionalmente estrecho y no se conserva más que el arranque de las extremidades por rotura. Las nalgas aparecen separadas por un biselado y entre ellas se labró una cola corta de sección rectangular.

Su altura conservada es de 65 centímetros, su longitud máxima de 127 centímetros y su grosor máximo de 30 centímetros.

El fragmento del sillar perteneciente al plinto se encuentra en estado fragmentario, roto en sus dos extremos, que sólo permite apreciar su forma longitudinal con dos escalones en los lados conservados, de 7 centímetros de alto el superior y de 14 centímetros el inferior, que a su vez tiene 7 centímetros de ancho, y que en conjunto, con sus 28 centímetros de anchura, pudo servir de podio a la escultura.

El sillar de gola está decorado con ovas en el filete y el baquetón. Tiene un lado completo y dos medios lados, por lo que corresponde a la mitad de una hilera que estaría formada por dos sillares semejantes contrapuestos que constituirían la moldura de sección convexo-cóncava, decorada con 16 ovas por lado, con una moldura en sus bordes y una incisión central, quedando separadas unas de otras por flechas. Bajo el filete se inicia la nacela, totalmente lisa, de curva suave y de escaso desarrollo vertical. A su vez, la nacela descansa sobre un baquetón en forma de cuarto de bocel formado por un listel plano, bajo el que corre una moldura constituida por ocho ovas con molduras en sus bordes, de interior muy abultado, separadas por ángulos diedros a modo de flechas. De la parte inferior de las ovas arranca una superficie vertical lisa que coincide en dimensiones con el sillar sustentante, pues se corresponde con el pilar formado por el sillar decorado con fal-

sas puertas. La labra de esta pieza es de buena calidad y bien cuidada, tanto en lo que se refiere a la regularidad y proporciones del trazado como a la ejecución plástica de las ovas.

Sus dimensiones son de 47 centímetros de altura, 164 centímetros de longitud y 82 centímetros de grosor.

El pilar decorado con falsas puertas es un sillar que, como el anterior, corresponde a la mitad de una hilera formada por dos sillares semejantes contrapuestos. Tiene una decoración de falsas puertas a base de una serie de dos superficies escalonadas que enmarcan el rectángulo central rehundido.

Estos elementos aparecen en los laterales y en la puerta superior, mientras que por la parte inferior da la sensación de que continuarían en otro sillar o acabarían sobre una superficie plana horizontal. El lado mayor ofrece esta organización completa, mientras que las dos caras laterales presentan la misma disposición, pero sólo en una mitad, ya que la otra estaría labrada sobre otro sillar simétrico que formaría el resto de esta hilada. La cara interior aparece toscamente rebajada con azuela, salvo la superficie próxima a los bordes, que está más cuidada para lograr una buena adaptación con el sillar gemelo. El centro de esta cara ofrece un grueso rebajado que produciría un espacio vacío entre ambos sillares tras su acoplamiento, y tal vez sólo esté concebido en función de su unión. En su ángulo superior derecho ofrece un dibujo inscrito, realizado con ancha incisión, que representa un monumento arquitectónico turriiforme de remate piramidal, que puede responder a la reproducción gráfica de un modelo funerario que algún «visitante» de su época realizó (41).

Sus dimensiones son de 74 centímetros de altura, 88 centímetros de longitud y 44 centímetros de grosor.

Los elementos conservados de este monumento permiten plantear su reconstrucción dados su hallazgo conjunto y la total correspondencia de medidas entre la base de la gola y el pilar, a la que se adecúa la figura del toro, que además responde a una misma técnica de tallado. La reconstrucción de la estructura ori-

ginaria del monumento se basa en que el sillar de gola constituye por sí solo la mitad de la hilada a la que pertenecía, por lo que se complementaría con otra pieza simétrica semejante. La anchura de la base de la gola coincide con la del sillar del pilar, por lo que se puede deducir que se apoyaría directamente sobre él, y como este sillar conservado es, a su vez, la mitad de una hilada, ésta se complementaría con otro semejante y simétrico, y ambos se unirían por sus caras internas. Incluso es lógico suponer que la disposición de los dos sillares de la gola debió ser contrapuesta a la de los del pilar de base para evitar que las juntas coincidieran, ya que al quedar éstas perpendiculares se lograría una mayor estabilidad. Así queda establecida la asociación de cornisa de gola sobre pilar cuadrado con falsas puertas, pero como la altura del sillar del pilar es de 74 centímetros habrá que suponer la falta de un complemento de estos sillares que diese a las falsas puertas una proporción alto-ancho adecuada, es decir, la colocación de dos sillares inferiores que completen el pilar. Esta altura debería sumarse a una base escalonada, que constituiría la sepultura en sí, del tipo tumular escalonado habitual en la cultura ibérica de esta zona, por lo que la altura total del pilar superaría la de una persona y la escultura del toro, situada sobre la gola, quedaría por encima de los dos metros y medio de altura y resaltada por el plinto escalonado cuyas dimensiones coinciden con ella.

El análisis realizado de los paralelos iconográficos y estilísticos de la escultura de toro (42) ha permitido la estrecha relación con un prototipo griego que debió servir como modelo. Dicho modelo se puede considerar perteneciente con seguridad al Arcaísmo Final, mejor incluso que al inicio del Estilo Severo, siendo, en cualquier caso, anterior a la plena difusión del Arte Clásico.

La precisión de taller o escuela originaria resulta mucho más problemática. El toro del Arenero del Vinalopó, en Monforte, recoge innovaciones que pueden atribuirse a la iniciativa artística de los talleres escultóricos áticos, pero que igual-

mente debieron ser desarrollados en otras áreas, especialmente la Jonia y la Magna Grecia, sin olvidar su repercusión en los pequeños bronce espartanos y suritálicos.

Sólo por motivos culturales, ajenos en principio a los datos que ofrece la pieza pero no a su contexto cultural, caracterizado por la componente colonial grecooriental, concretamente jonio-focense, que tan importante papel tuvo en la helenización de las áreas del sureste (43), se podría suponer que el prototipo procediese de un taller jonio o grecooriental, que aunque peor conocidos, continuaron la gran tradición escultórica de inicios del arcaísmo, adoptando, tal vez con cierto retraso, las mismas convenciones estilísticas (44). Y, en concreto, el papel de Focea ha sido repetidamente señalado a propósito de su influjo en la plástica del Mediterráneo Occidental (45).

La imprecisión en la localización del taller repercute en la fijación de la cronología del modelo y, por tanto, de este monumento. Las características estilísticas de esta pieza permiten atribuirle el Arcaísmo Final y una fecha en torno al 500 a.C. parecería teóricamente la más ajustada, pues no parece posible, en ningún caso, ni remontarla más allá del último cuarto del siglo VI a.C. ni rebajarla más acá del primero o segundo decenios del V a.C.

Sólo cabe, frente a esta cronología, valorar la imprecisión que supone el tratarse de una obra de taller local y que tal vez seguía un modelo de taller periférico, lo que podría suponer cierto desfase teórico respecto a la cronología atribuible al modelo originario.

Pero estos hechos no implican necesariamente un desfase cronológico grande, concretamente mayor a una generación. En obras de alta ca-

lidad como es ésta, no es lógico aceptar desfases cronológicos si no se precisa el lapso de perduración a través de indicios razonables, tales como la evidencia de que los recursos estilísticos o formales utilizados han sufrido una evolución local, a partir del teórico modelo introducido desde el ámbito colonial, lo que no es el caso de esta escultura.

La razón teórica de este argumento sería que se introduce y acepta un modelo artístico en tanto en cuanto éste está de moda y, por tanto, dicha introducción en el centro periférico se produce, teóricamente, en un momento de plena vigencia en el centro originario pues, lógicamente, nunca se copia lo que está pasado de moda.

El taller o el artesano que adopta un modelo de un lugar periférico sí puede posteriormente repetirlo reiteradamente y producirse así un desfase cronológico. Pero en piezas de cierta calidad dicho fenómeno se puede observar. Un artesano que repite la misma escultura llega al amaneramiento y, en todo caso, el desfase máximo sería una generación. En un taller, la repetición continuada durante varias generaciones llevaría a un progresivo distanciamiento del modelo original al surgir fórmulas locales en la repetición de los elementos, lo que permite distinguir estilísticamente dicho fenómeno e incluso ordenar cronológicamente, de acuerdo con el mismo, sus productos.

Por último, no se debe olvidar que las circunstancias socioculturales que permiten la introducción de un modelo no tienen por qué ser únicas y pueden repetirse reiteradamente con la introducción de modelos posteriores, lo que también acorta el lapso teórico de perduración (46).

Teniendo en cuenta estas circuns-

tancias, este toro debe considerarse como obra local debida a un artista directamente formado en el ámbito artístico griego oriental, cuyas características no ofrecen indicios suficientes para apartarla de la cronología teórica atribuible por motivos estilísticos, por lo que se puede fechar en el siglo V a.C.

Este dato cronológico es de enorme trascendencia, pues es uno de los primeros puntos de apoyo que existen para la fijación de la escultura ibérica, especialmente de tipo zoomorfo, siendo evidente que el desconocimiento e imprecisión de las erróneas hipótesis sobre la cronología ha impedido la correcta valoración cultural y la comprensión de este importante campo de la cultura ibérica, y además precisa la existencia de producción escultórica en época ibérica arcaica, dato que abre nuevos horizontes a la investigación sobre este tipo de legados, realidad que se relaciona con las conclusiones obtenidas en los yacimientos de El Parque de Elche y La Alcudia de Elche (47), donde la secuencia ibérica expresa la existencia de unas manifestaciones de época ibérica arcaica, centradas cronológicamente entre los años 550 y 410 a.C., caracterizadas por la escultura en piedra identificable por su esquematismo idealizado de líneas marcadas y raíz orientalizante de matización helena, con progresiva tendencia al realismo, y por la cerámica pintada, ocasionalmente bicroma, con motivos geométricos realizados esencialmente a peine así como de temas esquemáticos; también por las ánforas odriformes de labio almendrado, por las vasijas con asas montadas de tipo espuerta y por la ausencia casi total de cerámica ática de figuras rojas.

NOTAS

(1) Ramos, R.: *Demarcación ibérica en el Parque de Elche*. XVIII CNA Zaragoza, 1987, páginas 681-699. *Los Museos Arqueológicos de Elche*, Vicent Ed., Valencia, 1989.

(2) Ramos, R.: *El Museo Arqueológico de Elche*. S. Arq., I. Elche, 1987. *La escultura antropomorfa de Elche*. La Escultura

Ibérica. R. Arqueología. Madrid, 1988, páginas 94-105.

(3) Ramos, R.: *Vestigios de un posible monumento funerario en el Parque de Elche*. XIX CNA, Castellón-1987; *Matiz religioso de dos obras escultóricas de El Parque de Elche*. Homenaje G. Nieto, C. Preh. y Arq., 13-14, Madrid, 1988, páginas 65-75; *Una divinidad femenina ibérica en Elche*. Festa

d'Elx, 88. Elche, 1988, páginas 19-27; *Simbolismo de la Esfinge de Elche*. Homenaje a don Fletcher, II, APL, XVIII, Valencia, 1989, páginas 367-386; *Aspectos iconográficos de la Gran Diosa de Elche en los períodos ibéricos*, ICI, Religiones prehistóricas de la Península Ibérica. Salamanca-Cáceres, 1987. *El monumento funerario de El Parque de Elche*, XX CNA, Santander, 1989.

- (4) Ramos, R.: *El monumento funerario del Vinalopó*. Poblado, II-10. Elche, 1988, páginas 5-18. *El Museo Arqueológico de Elche*. S. Arq., I. Elche, 1987, páginas 53-56. Almagro, M. y Ramos, R.: *El monumento ibérico de Monforte del Cid*. LVCENTVM, V. Alicante, 1989, páginas 45-63.
- (5) Ramos, R.: *La ciudad romana de Illici*. IEA, II-7. Alicante, 1975, páginas 133-171.
- (6) Ramos, R.: *Demarcación ibérica en el Parque de Elche*. XVIII CNA, Zaragoza, 1987, páginas 681-699.
- (7) Ramos, R.: *Iberia*. Poblado, II-6. Elche, 1984.
- (8) Chapa, T.: *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*. UCM. Tesis Doctoral, tomo II, Madrid, 1980, páginas 943-945.
- (9) Ramos, R.: *Vestigios de un posible monumento funerario en el Parque de Elche*. XIX CNA, Castellón-1987.
- (10) Chapa, T.: 1980, página 323.
- (11) Chapa, T.: 1980, página 326.
- (12) Demargne, P.: *Fouilles de Xanthos*. V. Paris, 1974, página 121.
- (13) Hus, A.: *Les Etrusques et leur destin*. Paris, 1980, página 90.
- (14) Steingraber, S.: *Etrurien*. Munich, 1981, página 198. Bloch, R.: *Arte Etrusco*. Barcelona, 1965, páginas 54-55: la sitúa en una fecha que parece muy alta, hacia el 600 a.C., puesto que la pieza pertenece al momento de las últimas producciones arcaicas de Vulci que pueden datarse entre los años 520-510 a.C.
- (15) Pryce, F. N.: *Catalogue of Sculpture in the Department of Greek and Roman Antiquities of the British Museum*, volumen I, parte I, *Prehellenic and Early Greek*. British Museum. London, 1928, páginas 122-129.
- (16) Demargne, P.: 1974, página 113.
- (17) Pijoan, J.: *El arte prehelénico*. Summa Artis, VI. Madrid, 1946, página 507.
- (18) Ramos, R.: *Iconografía funeraria en algunas cerámicas ibéricas de La Alcudia*. A. Esp. A., 60. Madrid, 1987, páginas 231-236.
- (19) Ramos, R.: *Simbolismo de la Esfinge de Elche*. Homenaje a don Fletcher, II. APL, XVIII, Valencia, 1989, páginas 367-386; *Hallazgos recientes en La Alcudia de Elche. Su simbología religiosa y funeraria*. A. Esp. A., Madrid, 62. 1989, páginas 236-240.
- (20) Apuleyo: *Metamorfosis*, XI.
- (21) Mangani, E.: *Castelnuovo Berardenga*. Casc e palazzi d'Etruria. Milán, 1985, páginas 155-163.
- (22) Bocci Pacini, P.: *Un ritrovamento arcaico presso Castelnuovo Berardenga*. St. Etr., 41, 1973, página 127; Tracchi, A.: *Dal Chianti al Valdarno*. Roma, 1987, página 37.
- (23) Parrot, A.: *Los fenicios*. Madrid, 1975, página 170.
- (24) Cintas, P.: *Manuel d'Archéologie Punique*, II, Paris, 1976, página 368.
- (25) Aubet, M. E.: *La Cueva dels Cuyram*. Instituto de Arqueología UB, Publicación E., 15. Barcelona, 1969. Tipos 13 a 19; Tarradell, M.: *Terracotas púnicas de Ibiza*. Barcelona, 1974, páginas 202-204; Jacobsthal: *Greek Pins*. Oxford, 1956, páginas 47-49.
- (26) Ramos, A.: *Hallazgos cerámicos en Elche y algunas consideraciones sobre el origen de ciertos temas*. A. Esp. A., 52, Madrid, 1943, páginas 328-335; *La Alcudia de Elche*. N. Arq. H., II, Madrid, 1955, páginas 107-133; *Sobre escultura y cerámica ilicitanas*. Estudios Ibéricos, 3, Valencia, 1955; *Excavaciones en La Alcudia*, SIP, 39, Valencia, 1970; Ramos, R.: *La ciudad romana de Illici*. IEA, II-7. Alicante, 1975, páginas 133-145; *Precisiones para la clasificación de la cerámica ibérica*. LVCENTVM, I, Alicante, 1982, páginas 117-134; *Iconografía funeraria en algunas cerámicas ibéricas de La Alcudia*. A. Esp. A., 60, Madrid, 1987, páginas 231-236; *Hallazgos recientes en La Alcudia de Elche. Su simbología religiosa y funeraria*. A. Esp. A. 62, Madrid, 1989.
- (27) Dawkins, R. M.: *The Sanctuary of Artemis Orta at Sparta*. Londres, 1929; Pausanias: *Descripción de Grecia*, III-16, 7 a 11 (Traducción A. Tovar, Valladolid, 1946); Vian, F.: *La religión griega en la época arcaica y clásica*. Las religiones antiguas, II. Madrid, 1983, página 252.
- (28) Almagro, M.: *El Bronce Final y el período Orientalizante en Extremadura*. B.P.H., XV. Madrid, 1977, página 254.
- (29) Almagro, M.: *Pozo Moro*. M. M., 24. Madrid, 1983.
- (30) Ramos, R.: *Demarcación ibérica en el Parque de Elche*. XVIII, CNA, Zaragoza, 1987, página 685.
- (31) Ramos, R.: ver nota 30, página 684.
- (32) González Navarrete, J. A.: *Escultura ibérica del Cerrillo Blanco*. I. C. Jaén, Madrid, 1987, páginas 67-70, escultura número 8; Blázquez, J. M. y González Navarrete, J. A.: *The Phokian Sculpture of Obulco in Southern Spain*, American Journal of Archaeology, 89, página 67, lámina 18 y figura 19; Blanco Freijeiro, A.: *Las esculturas de Porcuna I. Estatuas de guerreros*, Bol. RAH, CLXXXIV-III, Madrid, 1987, páginas 405-4, figuras 14 y 15.
- (33) Ramos, A.: *Excavaciones en La Alcudia*, Campaña 1950, páginas 107-108 y lámina CVI; *La escultura ibérica de Elche*. V Int. Cong. Frühgeschichte, Hamburg. Berlín, 1961, páginas 691-966 y lámina 78-1. *Hallazgos escultóricos en La Alcudia de Elche*. A. Esp. A. 81. Madrid, 1950, páginas 353-359.
- (34) Demargne, P.: *Les piliers funéraires*. Fouilles de Xanthos, I. Paris, 1958, páginas 30-32.
- (35) Doncel, R.: *Taureaux de pierre de la Vallée du Gökirmak et ses abords*. Archéologie et religions de l'Anatolie Ancienne. Louvaine-La-Neuve, 1983, página 48.
- (36) Ramos, R.: *Demarcación ibérica en el Parque de Elche*, XVIII CNA, Zaragoza, 1987, páginas 681-699; *Matiz religioso de las obras escultóricas del Parque de Elche*. Cuad. Preh. y Arq., 13-14, UAM, Madrid, 1988, páginas 65-76; *El Toro de Iberia*. Homenaje G. Molina, Academia Alfonso X. Murcia, 1990, páginas 113-130.
- (37) Vcny, C.: *Cueva II de la Cometa dels Mortis*. Escorca (Mallorca). N. Arq. H., 15, Madrid, 1983, páginas 341-358; *Apuntes complementarios sobre la cueva de la Edad de Hierro de Son Maimó*, Trab. Preh., número 37. Madrid, 1977, página 154; Pons, G.: *Sarcófagos tauromorfos en la protohistoria Mallorquina*. R. Arqueología, IX-83. Madrid, 1988, páginas 32-39.
- (38) Chapa, T.: *La caja funeraria de Vilugordo (Jaén)*. Trab. Preh., 36. Madrid, 1979, páginas 445-458.
- (39) Ramos, R.: *El Museo Arqueológico de Elche*. S. Arq., I., Elche, 1987, página 53.
- (40) Ramos, R.: *El monumento funerario del Vinalopó*. Poblado, II-10, Elche, 1988, páginas 5-18; *El Museo Arqueológico de Elche*. S. Arq., I., Elche, 1987, páginas 53-56; Almagro, M. y Ramos, R.: *El monumento ibérico de Monforte del Cid*. LVCENTVM, V. Alicante, 1989, páginas 45-63.
- (41) Ramos, R.: *El monumento funerario de El Parque de Elche*. XX CNA, Santander, 1989, c/p.
- (42) Almagro, M. y Ramos, R.: *El Monumento ibérico de Monforte del Cid*. LVCENTVM, V. Alicante, 1986, páginas 45-63.
- (43) Almagro, M.: *Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Iberica. Forme di Contatto e processi di trasformazione delle società antiche*. Coll. Esc. Fr., Rome 67, Pisa-Roma, 1983, páginas 455 y siguientes; Chapa, T.: *Influences de la colonisation phocéenne sur la sculpture ibérique*. Par. Pass, 104-107, 1982, páginas 374-391.
- (44) Kontoleon, N. M.: *Archaische Zophoros ex parou Charisterion eis A. Orlandos*. I, Athenai, 1965, páginas 348 s. 1, 5 y 7.
- (45) Langlotz, E.: *Die kulturelle und künstlerische Hellenisierung der Küsten des Mittelmeers durch die Stadt Phokaia*. Köln, 1966; Almagro, M.: 1982, páginas 434 s.; Chapa, T.: 1982.
- (46) Trillmich, W.: *Ein Kopffragment aus Verdolay bei Murcia. Zur Problematik der Datierung berberischer Grossplastik auf Grund griechischer Vorbilder*. Madr. Mit. 16, 1975, páginas 242-5; Almagro, M.: *Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica*. Madr. Mit. 24, 1983, página 283.
- (47) Ramos, A. y Ramos, R.: *Excavaciones al este del Parque Infantil de Tráfico en Elche*. N. Arq. Arq. IV, Madrid, 1976; Ramos, R.: *Un modelo de periodización arqueológica: la zona de Elche*, Anexo LVCENTVM, Alicante, 1984; *Excavaciones arqueológicas en el Parque de Elche*, Poblado, II-7, Elche, 1985; *La investigación arqueológica. Cien años de historia de Elche*, CAAM, Alicante, 1986; *Parque de Elche*, Arqueología en Alicante, 1986.

LA MUSICA EN LA ANTIGÜEDAD HISPANA. 2. INSTRUMENTOS DE CUERDA (*)

Raquel CASTELO RUANO

CORDOFONOS

Con el nombre de Cordófonos se conocen los instrumentos que incluyen esencialmente una o varias cuerdas tensadas, puestas en vibración al ser punteadas, golpeadas o frotadas. Esta vibración puede conseguirse con los dedos o el plectro (cuerdas punteadas), mediante baquetas, macillos o martillos (cuerdas percutidas), o bien con un arco (cuerdas frotadas).

Desde el punto de vista acústico, las cuerdas punteadas o percutidas experimentan vibraciones amortiguadas (el sonido muere rápidamente), mientras que las vibraciones producidas por cuerdas frotadas crean sonidos prolongados.

La altura del sonido producido por una cuerda viene determinada por la longitud, el grosor, el material y la tensión: una cuerda corta, fina y muy tensada, crea un sonido más agudo que una cuerda larga, gruesa y tensa.

A la familia de los cordófonos pertenecen los siguientes tipos básicos: *I. Liras*. Cuerdas punteadas sin mástil y sin puente. *II. Arpas*. Cuerdas punteadas sin mástil y con puente. *III. Laúdes*. Cuerdas punteadas con mástil (René Tranchefort, 1985, página 95).

I. Las liras: características específicas. Su origen y evolución

El origen de la lira hay que buscarlo en *Sumer*. Por primera vez

aparece figurada en obras de arte sumerio fechadas en el 3000 a.C., se trata de ejemplares de gran tamaño apoyadas directamente en el suelo (sobrepasan la altura de un hombre sentado). (Sachs, C., 1947) (figura 1.1).

A través de los hallazgos realizados en las tumbas de la I Dinastía (2800-2370 a.C.) excavadas en el cementerio Real de Ur por un equipo de estudiosos angloamericanos dirigido por Sir Leonard Wooley, se puede deducir que desde muy antiguo las culturas del Próximo Oriente asociaron a los ritos de la muerte instrumentos de cuerda.

Entre los 1.850 enterramientos de inhumación con o sin ataúd, destacan 16 tumbas regias que han dado mucho que hablar tanto por la riqueza de sus ajuares como por el misterio de sus enterramientos. De estas 16 tumbas debemos mencionar la PG 789, perteneciente a un rey anónimo enterrado junto a todo su séquito (57 cadáveres), entre los que se encontraron nueve mujeres con sus respectivas liras.

Estos cordófonos presentaban el aspecto de un toro de gran tamaño, símbolo de la fertilidad (René Tranchefort, 1985, página 100, y Michels, U., 1982, página 161).

El cuerpo realizado en madera de boj con incrustaciones de plata, oro y piedras semipreciosas, constituía la caja de resonancia.

Tanto a través de las reproducciones iconográficas, como a través de los hallazgos se puede apreciar que el número de cuerdas oscilaba entre 4, 5, 7, 8 y 11. Estaban realizadas de tendón o tripa y presentaban diferentes grosores pero igual

longitud. Se aseguraban al travesar mediante clavijas, pasando por un puente hacia la caja de resonancia (Michels, U., 1982, página 161) (figura 1.2).

El músico tañía las cuerdas con ambas manos sin plectro, y el sonido que se obtenía sugería la voz simbólica del dios (Rimmer, J., 1969, página 13).

Este tipo de lira arcaica no sobrevivió la época sumeria, ya que las liras encontradas posteriormente en Mesopotamia que llegaron de Siria, eran más pequeñas y livianas. Los tañedores las llevaban inclinadas con el extremo superior hacia afuera y punteaban las cuerdas con el plectro, rozando sobre todas ellas a la vez, mientras que los dedos de la mano izquierda punteaban o apagaban las que no debían de sonar (Sachs, C., 1947, página 75).

En Egipto, la lira aparece en el Imperio Medio (XII Dinastía), probablemente tomada de los músicos del Próximo Oriente. Las primeras liras egipcias son las llamadas de tipo «oblicuo o asimétricas», que se caracterizan por tener una caja de madera de forma rectangular o trapezoidal, brazos generalmente graciosos de líneas (uno más largo que otro), que sujetaban un yugo más o menos inclinado. Esta clase de lira era tocada siempre con las cuerdas en posición horizontal. El brazo más largo del instrumento era sostenido hacia arriba; una mano, la derecha o la izquierda golpeaba las cuerdas con el plectro, mientras que los dedos de la otra separaban las cuerdas.

En la XIX Dinastía hace su aparición la lira «derecha o simétrica»,

(*) La primera parte de este artículo se publicó en el número 26 de esta revista, correspondiente a enero-junio de 1989.

procedente de Asia. Se trata de un cordófono de pequeño tamaño con brazos paralelos de igual longitud y travesaño formando ángulo recto con ellos. En este caso el músico sostenía el instrumento verticalmente en su brazo, fue tocado con el plectro o sin él (figura 1.3).

Tanto las liras asimétricas como simétricas fijaban sus cuerdas de la misma forma: por su extremo inferior se ataban a un cordal simple situado en la base del instrumento. Consistía en una pieza saliente de madera, fijada por los lados a la caja de resonancia, o bien en un simple anillo. En su extremo superior, las cuerdas se enrollaban alrededor del travesaño entremezcladas con tiras de cuero, cuerdecitas o cintas de tela que formaban almohadillas que podían ser apretadas o aflojadas a voluntad del tañedor para aumentar o disminuir la tensión de las cuerdas.

A comienzos del reinado de Amenofis IV, hace su aparición la «lira gigante», que descansaba directamente en el suelo. La caja de resonancia era cuadrada y los dos brazos derechos, el número de cuerdas oscilaba entre 5, 6, 10 y 11 y eran punteadas con los dedos sin emplear el plectro (López Grande, María J. y Castelo Ruano, R., 1989).

En las islas Cícladas la presencia de la lira está atestiguada a finales de la Edad del Bronce (2500-2000 a.C.), a través de las estatuillas realizadas en mármol blanco que representan a tocadores de este instrumento musical de cuerda. Estas representaciones escultóricas encontradas en las islas del Egeo: Thera, Keros y Amorgós, atestiguan la influencia musical de Mesopotamia, Frigia y Egipto sobre la civilización cicládica antigua (Michels, U., 1982, página 171).

En el segundo milenio, en concreto en el siglo XV a.C., la lira está representada en una de las caras del sarcófago de Hagia Triada, donde se ha representado una triple libación en la que dos sacerdotisas llevan la sangre del sacrificio de los animales en recipientes, que vierten en una gran ánfora colocada entre dos dobles hachas, mientras van acompañadas por un tañedor de lira de pie, que sostiene el instrumen-

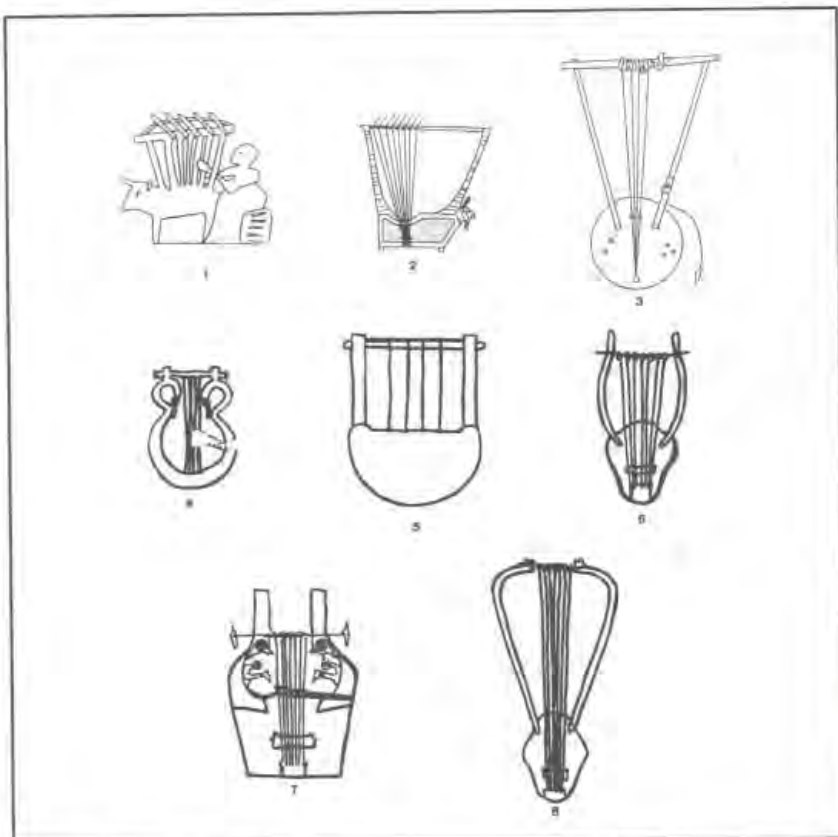


Figura 1. Liras. 1. Sumer. 2. Ur. 3. Derecha o simétrica egipcia. 4. Fresco del Palacio de Pilos. 5. Phorminx homérica. 6. Clásica. 7. Khitara. 8. Barbitón.

to por medio de una correa atada en el hombro. Tañe el instrumento en posición hacia delante, empleando un plectro en la mano derecha y punteando las siete cuerdas con la mano izquierda.

Instrumentos muy semejantes al representado en este sarcófago se documentan en diferentes soportes; en un fresco de la habitación del trono del Palacio de Pilos, donde el músico tañe el instrumento sentado. La caja de resonancia semicircular se prolonga formando los brazos que rematan en cabeza de ánade. Las cuerdas en número de cinco parten directamente de la caja de resonancia, uniéndose al travesaño. El músico sostiene el instrumento con la mano izquierda y tañe las cuerdas con la derecha (figura 1.4); en un grupo de terracota del período pospalacial, en el que una mujer danza en círculo en torno a un músico y en una píxide del Minoico III (1300-1150 a.C.), encontrada en Chaina o Khandia cuya superficie,

dividida por cuatro asas horizontales y verticales, está decorada por dos escenas separadas por bandas ornamentales. La más interesante muestra a la izquierda dos hornos de consagración, uno encima de otro, cada uno con doble hacha en su parte superior, y a la derecha una figura con los brazos levantados que parece sostener en la mano derecha un lira de caja semicircular sobre la que hay una pequeña pieza también semicircular de donde parten siete cuerdas, dos de ellas las de los extremos de mayor grosor que el resto, que se anudan en el travesaño, sostenido por dos grandes y largos brazos, decorados por una banda ondulada.

1.1. La lira griega preclásica y su representación en la Península

En el período geométrico son muy numerosos los documentos iconográficos de la práctica musi-

cal. La pintura vascular y los testimonios literarios nos dan una imagen completa de la música. En este momento cronológico se produce el predominio del canto con acompañamiento de cuerda (*khitarodia*), ejecutado por los aedos. Es entonces cuando aparece la *Phorminx* o *khitaris*, el instrumento más antiguo de la familia de las liras.

Estaba formada por una caja de resonancia semicircular, dos brazos curvos que en un primer momento debieron de ser dos cuernos de cabra y un travesaño al que se anudaban las cuerdas (cuatro o cinco), realizadas en tripa de buey o tendón de carnero.

Las cuerdas se punteaban con la ayuda de un plectro que podía ser de hueso o metal, aunque no se puede descartar que la práctica del instrumento incluyera la percusión de cuerdas (figura 1.5).

Este instrumento *phorminx* o *khitaris* es mencionado por Homero en la *Iliada* y *Odisea*: *IL (I-603)* «... Ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las musas que con linda voz cantaban alternando»; *IL (IX, 187)*. «... Cuando hubieron llegado a las tiendas de los mirmilones hallaron al héroe deleitándose con una hermosa lira labrada en argénteo puente, que cogiera entre los despojos cuando destruyó la ciudad de Eetión. Con ella recreaba su ánimo contando las hazañas de los hombres»; *IL (XVII, 596)* «... Un muchacho tañía suavemente la armoniosa cítara y entonaba con tenue voz un hermoso himno y todos lo acompañaban cantando, profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo»; *OD (I-153-154)* «... Un heraldo puso la bellísima cítara en las manos de Femio a quien obligaban a cantar ante los pretendientes, y mientras Femio comenzaba a cantar al son de la cítara con hermoso canto...»; *OD (VIII, 67)* «... Pontóno le puso en medio de los comensales una silla de clavazón de plata, arrimándola a excelsa columna, y el heraldo colgó en el clavo la melodiosa cítara más arriba de la cabeza, enseñándole a tocarla con las manos...»; *OD (VIII, 257)* «... Oidme, caudillos y príncipes de los fenicios, como ya hemos gozado del común banquete y de la cítara que

es la compañera del festín espléndido, salgamos a probar toda suerte de juegos...», «... El heraldo colgó del clavo la hermosa cítara...»; *OD (XVII, 262)* «... En tanto detuvieron Odiseo y el divino porquerizo junto al Palacio y oyeron los sonos de la hueca cítara, pues Femio comenzaba a tocar...»; *OD (XXII, 144)* «... Comenzaron a lavarse y a ponerse las túnicas ataviándose las mujeres, y el divino aedo tomó la hueca cítara y movió a todos el deseo del dulce canto y de la eximia danza...»

Los epítetos que da Homero a este cordófono: hermosa, diestra, maravillosa, melodiosa, dulce, etcétera, muestran la alta consideración y el aprecio que el pueblo griego tenía a este instrumento. En la península ibérica, la *phorminx*, está documentada en escenas de acompañamiento musical del ritual funerario, lectura que sugieren alguna de estelas decoradas del suroeste.

a) *Estela de Luna* (Zaragoza). Fue dada a conocer por Fatás (1975, página 166 y siguientes) como procedente de Valdepalmas, posteriormente se supo que procedía de Luna (localidad muy próxima a la anterior). El doctor Bandela realizó un estudio de la estela y comprobó que la «coraza con falde-lín» (descrita por Fatás), era en realidad un instrumento musical de cuerda, descrito por este autor en los siguientes términos: «En la parte inferior se halla la caja de resonancia, en forma de «U», con líneas en zig-zag. De los extremos de la caja que termina en línea recta por arriba, parten los brazos decorados con triángulos de líneas paralelas. Arriba una línea representa el travesaño para fijar las cuerdas, pieza que sobresale por el exterior de los brazos como si se tratara de una varilla que pasa por sendos agujeros abiertos en aquéllos. Diecisiete líneas convergentes, de arriba abajo, parecen corresponder a las cuerdas. Las de los extremos llegan hasta el borde superior de la caja de resonancia, las del centro se unen a un cuerpo rectangular apoyado en él, creemos que las cuatro líneas de cada lado no corresponden a cuerdas, sino a tiras quizá de un material compacto, dispuestas para dar ma-

yor consistencia al instrumento. Las cuerdas serían solamente las del centro, su número el de nueve. El elevado número de cuerdas puede que sea un signo de la pervivencia de tradiciones más antiguas, propias del mundo cretomicénico, donde se usaron instrumentos similares a la *phorminx*, pero con mayor número de cuerdas.» (Bandela, M., 1977, páginas 187-190) (figura 2.1).

Esta última afirmación del doctor Bandela queda confirmada por el hallazgo en Chaina o Khania de una píxide del Minoico III (1300-1150 a.C.) que presenta como decoración un instrumento de cuerda muy semejante al de la estela de Luna (Zaragoza). De los extremos de la caja de resonancia en forma de «U», parten dos brazos decorados por una banda de tela o cuero en zig-zag. Arriba una línea representa el travesaño, para fijar las cuerdas, pieza que sobresale por el exterior de los brazos. En la caja se apoya un cuerpo semicircular al que se unen siete cuerdas, las dos de los extremos más gruesas que las cinco del centro (figura 2.2).

La presencia de este elemento semicircular descarta la teoría de Rosario Álvarez quien opina que «la pieza rectangular situada en el borde superior de la caja de resonancia de la lira de la estela de Luna, de la que parten varias cuerdas, no lo posee ninguna lira en la antigüedad por lo que se debe a una personal interpretación que el grabador hizo de la varilla cordal, que debía estar colocada sobre la parte inferior de la caja».

b) *Estela de Zarzacapilla* (Badajoz). Encontrada por Gregorio Barba en la finca «Los Llanos», en el término de Zarzacapilla y dada a conocer por Navascués (1982, páginas 65 y siguientes). En la estela se representó una lira con caja de resonancia en forma de «U», de cuyos extremos parten dos brazos unidos por un travesaño que en este caso no sobresale por el exterior de los brazos, al que irían a unirse las cuerdas que en este caso no se han representado (figura 2.3).

c) *Estela de Quinterías* (Badajoz). Encontraba en el término municipal de Herrera del Duque, en el paraje conocido como «Las Navas», en la

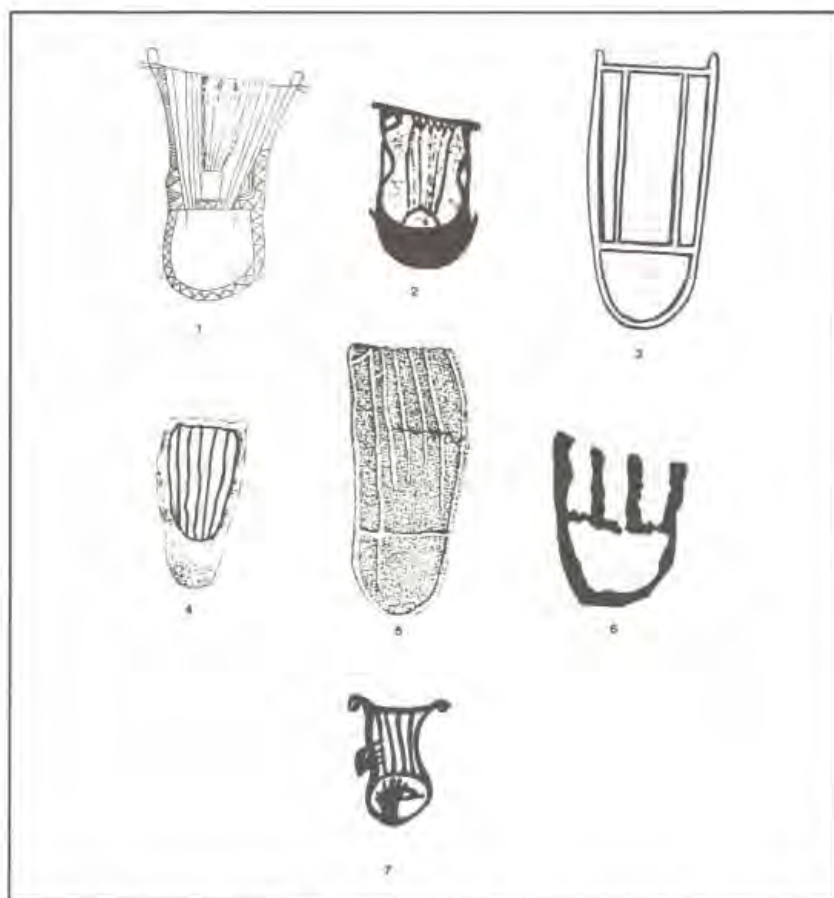


Figura 2. Instrumentos de cuerda representados en distintos soportes Phorminx. 1. Estela de Luna (Zaragoza). 2. Píxide de Chaina (Creta). 3. Estela de Zarza Capilla (Badajoz). 4. Estela de Quinterías (Badajoz). 5. Estela de Higuera la Real (Badajoz). 6. Estela de Torrejón el Rubio II. Lira. 7. Crátera de El Cigarralejo (Mula, Murcia).

finca Quinterías. Publicada por Vaquerizo Gil (1989, páginas 30-38). Destaca entre los elementos grabados, un instrumento musical de cuerda compuesto «por una caja de resonancia de tendencia semicircular, de la que parten dos brazos ligeramente curvos que se unen en la parte superior mediante un travesaño al que se atan cinco cuerdas». Es sostenido por un individuo con la mano derecha, lo que nos sugiere que se quiso representar al guerrero tañendo o al menos portando la phorminx (Vaquerizo Gil, D., 1989, páginas 33-34) (figura 2.4).

Muy semejante a esta composición es la representada en la ya citada píxide de Chania (1300-1150 a.C.), donde un individuo sostiene en la mano derecha el instrumento de cuerda y en la izquierda una rama (Braziller, G., 1979-1980, página 98).

d) *Estela de Higuera la Real*. Publicada por L. Berrocal, localizada en el término pacense de Higuera la Real, en la finca «El Capote». (Berrocal, L., 1985, páginas 30-45). Destaca la representación de dos posibles phorminx. La mejor conservada está formada por una caja de resonancia semicircular (cuya parte superior está rematada en línea recta), de cuyos extremos parten dos líneas paralelas que constituyen los brazos y tres cuerdas que se unirían al travesaño, desaparecido por rotura (figura 2.5).

A este grupo de estelas con representaciones de liras, habría que añadir la encontrada en Torrejón el Rubio, interpretada como un peine por J. Ramón y Fernández Oxea (figura 2.6). La forma semicircular del objeto, con dos brazos en los extremos separados al no haberse repre-

sentado el travesaño, nos ha sugerido esta interpretación.

Todos los instrumentos representados en las estelas antes mencionadas, abogan por una tipología derivada de la phorminx, con variantes en el número de cuerdas y decoración según el gusto del indígena.

Este origen griego defendido por M. Bendala, se contrapone al propuesto por J. M. Blázquez que la cree procedente del mundo mediterráneo, pero siguiendo modelos fenicios (Blázquez, J. M., 1983, páginas 213-228).

Por su parte R. Álvarez cree que procede del mundo indoeuropeo y, en concreto, las relaciona con la llegada de corrientes ultrapieneas a finales del segundo milenio.

1.2. La lira griega clásica. Su origen y representación en la Península

Se atribuye su invención al dios Hermes, nacido en el monte Kyllene al nordeste de Arcadia. Dicha divinidad fue dotada de una precocidad admirable, ya que el mismo día de su nacimiento no sólo inventó y construyó la lira, sino que robó el rebaño de vacas de Apolo. «Una noche escapando de la larga venda que le servía de pañal y saltando del harnero que le servía por cuna, salió de la gruta y lo primero que encontró fue una tortuga que pacía delante de su morada, feliz al verla la saludó lleno de alegría «salve, criatura naturalmente amable, reguladora de la danza, compañera del festín, en feliz momento has aparecido. Tú serás mientras vivas quien preserve de los dañinos sortilegios y luego cuando hayas muerto cantarás dulcemente», y en efecto, para que pudiera regular la danza, acompañar los festines y cantar dulcemente, la cogió, entró con ella a la gruta, la vació con un buril de blancuecino acero, cortó cañas, cogió una tripa seca y cuantas cosas fueron necesarias y fabricó la primera cítara. Tras esto marchó a las montañas de Pieria dispuesto a robar parte del rebaño de los dioses, se llevó 50 vacas protegido por las sombras de la noche y al clarear el día, inventó el fuego e inmoló dos de los

animales, haciendo desaparecer los restos del sacrificio y escondiendo el resto del rebaño en el interior de una caverna y al amanecer regresó al monte Kyllene. Cuando Apolo descubrió el robo no tardó en presentarse ante Hermes quien negaba la acusación del robo, por lo que ambos dioses tuvieron que recurrir a Zeus, quien pese a mostrarse satisfecho por la precocidad de su hijo, le obligó a devolver lo robado, pero faltaban las dos vacas sacrificadas, por lo que para calmar la cólera de su hermano Apolo, Hermes hizo sonar la lira tocando con el plectro todas y cada una de las cuerdas, éstas al vibrar armoniosamente llenaron de gozo al dios Apolo que sintió el deseo de apoderarse del instrumento. Hermes al ver que éste la envidiaba, se la ofreció y Apolo feliz y olvidando los rencores le dio a Hermes su látigo de vaquero y le instó para que se ocupara del ganado.» (Bergua, J., 1960, páginas 91-92).

Esta lira se convirtió entonces en el atributo principal de Apolo (una o dos liras unidas formaban el emblema de las ciudades donde Apolo era venerado como padre o jefe de las musas).

Su estructura básica consistía en una caja de resonancia (echeion) compuesta generalmente de un caparazón de tortuga (chelyx), adquirido por los griegos en la India aunque también los había procedentes del Peloponeso; dos brazos (pechis) o corna (kétara) realizados en cuerno de cabra salvaje o madera que saliendo de la caja sujetaban el travesaño (zygón o yugo) donde se anudaban las cuerdas (chordai), de la misma longitud y diferente grosor realizadas en tripa retorcida. Estaban unidas por el otro extremo a la caja de resonancia por medio de una cejuela (chordófono) y sostenidas por un puente (magás). Eran tensadas mediante clavijas de metal (kollaboi o kollopes) insertas en el yugo.

Las cuerdas de la lira fueron en principio tres, número que fue aumentando paulatinamente. En el siglo IX a.C., pasó a tener cinco; en el VII a.C., siete (cifra sagrada de Apolo), perfeccionamiento que se atribuye a Terprando, poeta y mû-

sico de la isla de Lesbos que se trasladó a Esparta, donde instauró la enseñanza de la música y se afirmó como ganador de las Cáneas, competiciones musicales en honor a Apolo, celebradas por primera vez en la 26ª Olimpiada (673 a.C.) (Michels, U., 1982, 121 y Comotti, 1986, página 16).

Según el Doctor Bendala: «Terprando no habría sido el inventor propiamente dicho, sino que personificaba una de las muchas corrientes culturales que procedentes de Asia Menor y Egipto, impulsaron el desarrollo de la civilización helénica (Bendala, M., 1983, página 144).

En el siglo VI a.C., se añadió la octava cuerda, hecho que algunos escritores antiguos atribuyen a Pitágoras y en el siglo V a.C., aparecen liras con 9, 10, 11 y 12 cuerdas.

El modo de tañer la lira ha sido objeto de diversas hipótesis, basándose en la evidencia de los vasos pintados y, en las fuentes literarias, el tañedor (generalmente sentado), sostenía la lira inclinada hacia adelante por una tira (Telamón), que unía la caja de resonancia al antebrazo izquierdo del ejecutante, apoyándola sobre sus rodillas o entre sus brazos (Comotti, 1968, página 57). Las cuerdas eran punteadas con el plectro, realizado en madera, hierro, cuerno. Estaba atado en la parte inferior del instrumento y se sostenía en la mano derecha, mientras que la mano izquierda era empleada para amortiguar el sonido (figura 1.6).

La lira fue el instrumento nacional por excelencia para la educación de la juventud. Una formación de cuño aristocrático, exigía el aprendizaje de dicho instrumento, así como el canto, la poesía, la danza y la gimnasia. Este cordófono fue ensalzado por los filósofos griegos: Platón en el «Libro III de la República o Estado», sólo admite la existencia de la lira y el laúd, rechazando los instrumentos de numerosas cuerdas a los que considera equivalentes a la flauta. Su discípulo Aristóteles en el «Libro V de la Política», considera necesario que los jóvenes cultiven la música por sí solos, para que puedan apreciar y gozar como es debido de las obras de mérito. Considera preciso proscribir la flauta y los

instrumentos que sólo sirven a los artistas como la citara y la barbiton, que sólo excitan en los oyentes ideas voluptuosas. Sólo deben de admitirse aquellos que son propios para formar el oído y desarrollar la inteligencia.

Por tanto la lira expresa el aspecto apolíneo del alma y de la vida griega, la prudente moderación, el control armonioso y el equilibrio mental; mientras que los instrumentos de viento representan el lado dionisiaco de embriaguez y éxtasis.

En la península ibérica, la lira clásica se ha documentado en una Crátera del siglo IV-III a.C. (Page del Pozo, V., 1984, página 69). Procede de la necrópolis del Cigarralejo (Mula, Murcia), publicada por E. Cuadrado (1982, páginas 287-290). El cordófono aquí representado se compone de una caja de resonancia circular de cuyos extremos parten dos brazos ligeramente curvos y rematados en espiral, unidos entre sí por un travesaño al que se anudan cuatro cuerdas (figura 2.7). El instrumento es llevado por un enano ataviado con un jubón de escote triangular, sin cinturón que cubre su rostro con una máscara de nariz muy larga y curvada hacia arriba, destacando el ojo del que parte una serie de rayos. El intérprete sujeta el instrumento con la mano izquierda, mientras tañe las cuerdas con los dedos índice, corazón anular y meñique. Va acompañado por un auleter y cinco guerreros armados con escudos oblongos en la mano izquierda y lanza en la derecha apoyada en el hombro.

Este instrumento de cuerda aparece figurado en el reverso de los ases del taller de Cárbula, situado en una zona geográfica intermedia entre la región montañosa de Cástulo y el valle inferior del Guadalquivir (Guadán, A. M., 1969, página 212). Está formado por una caja de resonancia circular de cuyos extremos parten dos brazos unidos por un travesaño, pieza que sobresale por el exterior de los brazos, al que se unen cinco cuerdas.

Los vasos griegos importados (lekytos, kylix, skyphos, cráteras y ánforas) de figuras rojas, fechados entre el segundo cuarto del siglo V y el segundo cuarto del siglo IV

a.C., encontrados en Ampurias, Villaricos, Cerro del Real y Cabezo del Tío Pio, presentan este instrumento musical de cuerda, en dos tipos de escenas: dionisiacas y educación musical. a) *Escenas dionisiacas*. En estas pinturas vasculares, la lira es tañida por mujeres o ménades sentadas al borde del lecho de Dionisios. El mal estado de conservación que presentan los vasos, no permite apreciar con claridad el número de cuerdas, pero al ser vasos fechados en el siglo V a.C. es lógico suponer que éstas tuvieran 9, 10, 11 y 12 cuerdas; instrumentos condenados y considerados equivalentes al aulós y por tanto pertenecientes al tiaso dionisiaco. b) *Escenas de Educación musical*. La lira es tañida por jóvenes músicos bajo la atenta mirada de sus maestros o musas. Se trata en estos casos de cordófonos con 5, 6 y 7 cuerdas que expresan el aspecto apolíneo de la vida griega.

1.3. La Khítara

Es un instrumento de cuerda más perfecto y elaborado que la lira clásica. Está formado por una caja de resonancia compacta y pesada (sólidamente ensamblada), plana en el frente, abovedada en la parte posterior y rectangular en la inferior, construida en madera de boj o de haya, a veces con incrustaciones de marfil o de oro. Los brazos que sujetaban el travesaño o yugo eran fuertes. Las cuerdas que varían en número, se tensaban con ayuda de correas de cuero y un cordal ancho las hacía pasar por un puente móvil situado en el tercio de su longitud. La afinación se hacía de tal manera que se pudiera disponer de varias escalas modales, distribuyendo el intérprete las cuerdas graves a la izquierda y las agudas a la derecha. Solía tocarse de pie, sostenida en posición casi vertical e incluso inclinada hacia el músico, ya que ésta era demasiado pesada para inclinarla hacia delante. El citaredo sostenía el plectro en la mano derecha mientras que con la izquierda punteaba las cuerdas.

Este tipo de cordófono tenía un tono más sonoro y más amplio que la lira clásica. La khítara fue el ins-

trumento de los músicos profesionales, no se aconsejaba su uso para enseñar a los jóvenes (figura 1.7).

En la Península, este cordófono se representa entre otros en la pátera de Santisteban del Puerto (Jaén), en monedas y en una terracota hallada en el Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia).

a) *Pátera de Santisteban del Puerto* (Jaén). Aparecida casualmente en el lugar conocido con el nombre de Perotito. La cítara de cuatro cuerdas y brazos decorados, es sostenida por un centauro que tañe las cuerdas con un plectro sostenido en su mano derecha (Griñó, B. y Olomos, P., 1982, página 26). El centauro citáreo forma parte de un cortejo funerario representado desde el punto de vista mitológico, integrado por centauros que llevan bandejas de frutos, objetos para libaciones (páteras y antorchas) e instrumentos musicales, (doble aulós, crótales y tympanon) (Castelo, R., 1989, página 16).

b) *Ases del taller de Salpesa*. Ubicado en la Bética, emitió acuñaciones a partir del año 100 a.C. (Gudán, A. M., 1969, páginas 211-216). En el anverso se figuró la cabeza laureada de Apolo y en su reverso se representaron junto a la cítara, otros atributos de la divinidad, tales como: tripode, carcaj, arco. (Vives y Escudero, 1926, tomo III, página 103).

c) *Semis del taller de Carteia*. Al igual que el taller anterior, ubicado en la Bética, acuñó en el anverso una cabeza femenina diademada, delante EX-DD, y en el reverso una cítara tendida a la izquierda, encima LATINI, y debajo C-NUNCIA, y a la derecha IIII VIR (Vives y Escudero, A., 1926, página 24).

c) *Terracota de la necrópolis del Cabecico del Tesoro* (Verdolay, Murcia). Se trata de una figura femenina sentada sobre una banqueta. Peinada con cabellera rizada con raya en medio, en amplio rizo por detrás de la oreja hasta descansar sobre la espalda y tocada con un alto polos, decorado con doble fila de rosetas en cuya parte superior pende un velo que cae en amplios pliegues sobre la espalda. Un peplos abierto deja la parte superior del cuerpo al descubierto.

1.4. Barbiton

Fue conocida con los nombres de barbitos, barmos, baromos y barymiton. Su existencia fue efímera. Constaba de una caja de resonancia estrecha y casi circular, con brazos largos, esbeltos, flexibles y curvados, que sostenían el yugo en el que se anudaban las cuerdas cuyo número se desconoce (algunos autores la consideraban policorde y otros tricorde).

La caja se apoyaba en la cadera izquierda y las cuerdas las punteaba el músico sentado, tumbado o andando. Fue considerada un instrumento dionisiaco, asociado a la alegría de vivir, por lo que estuvo presente en los banquetes y bacanales, cuyo tumulto podía dominar gracias a su sonoridad (figura 1.8). Su presencia no se ha documentado en la península ibérica hasta el momento.

II. ARPAS. ORIGEN Y EVOLUCION

Las arpas son cordófonos realizados con cuerdas punteadas sin mástil y con puente.

Los hallazgos arqueológicos y los documentos iconográficos fechados entre el año 3000 y el 2800 a.C., nos permiten conocer gran variedad de arpas en Mesopotamia. En Sumeria sólo existían arpas arqueadas hasta que fueron sustituidas por las arpas angulares; *el arpa vertical arqueada* de arco poco pronunciado, cuya caja de resonancia apenas se distingue del palo que forma el cuello. El músico sostenía el instrumento en posición vertical, con las cuerdas hacia afuera, punteándolas directamente con los dedos de ambas manos (figura 3.3), y *el arpa horizontal arqueada* que presenta una caja de resonancia ancha y su base remata en punta en su parte superior, formando un triángulo. El intérprete sostiene el instrumento con las cuerdas frente a sí, manteniendo el palo arqueado lejos de su cuerpo. Las cuerdas del arpa arqueada horizontal, eran punteadas con un plectro

sostenido en la mano derecha, mientras que los dedos estirados de la izquierda apagaban las cuerdas que no debían sonar (figura 3.4).

En Egipto las arpas se documentan a partir de la IV Dinastía, llegando a ser el instrumento musical preferido de los egipcios. Existe gran multitud de variantes que parten de un mismo prototipo, que fueron clasificadas por H. Hickmann en función de la forma que presentaban. Siguiendo esta clasificación podemos distinguir:

a) *Arpas cimbradas*. Se documentan por primera vez en el Imperio Antiguo, perdurando durante los Imperios Medio y Nuevo, Baja Época y período Ptolemaico. Dentro de este primer grupo se engloban: 1. *Arpas en forma de pala o remo*. De seis o doce cuerdas atadas en la parte inferior a una varilla y en la parte superior a clavijas de suspensión fija (figura 3.5); 2. *Arpas naviformes* (figura 3.6). Cuyas cajas de resonancia en forma de barco llegaban a alcanzar un gran tamaño. 3. *Arpas con forma de cuchara*. En la parte superior del mango presentan una cabeza de halcón o cabeza humana. En los ejemplares más lujosos, el mango se decora como un tablero de damas. El extremo de la caja de resonancia es circular y presenta como decoración un diseño floral. El número de cuerdas oscila entre cinco u once, aunque en la mayoría de los casos es de nueve (figura 3.7); 4. *Arpas en forma de arco*. Excepcionalmente grandes, están embellecidas con toda clase de decoración simbólica y mitológica. De este último tipo de arpa cimbrada se deriva un modelo particularmente frecuente en Baja Época y período Ptolemaico. Se trata de un arpa portátil también en forma de arco, de tamaño reducido que se apoya en un taburete, cuyo extremo superior aparece decorado con una cabeza de mujer coronada por un disco solar con plumas y cuernos.

b) *Arpas angulares*. Este tipo de arpas aparece representado por vez primera en obras de arte que representan músicos asiáticos. Dentro de esta segunda clase de cordófonos debemos distinguir aquellas que forman ángulo recto entre caja y



Figura 3. Laudes. 1. Babilónico. 2. Egipcio. 3. Vertical arqueada. 4. Horizontal arqueada. 5. En forma de pala o remo. 6. Naviforme. 7. Con forma de cuchara. 8 y 9. Angular. 10. Griegas.

mango, y las que forman ángulo agudo (figura 3.8).

c) *Arpas triangulares*. Provistas de dos mangos que forman un triángulo equilátero. A lo largo de la historia del antiguo Egipto, se han documentado diversas formas de tañir el arpa; en determinadas ocasiones el músico se nos muestra punteando con sus manos dos cuerdas diferentes, una después de otra o simultáneamente; en otras el intérprete presiona con los dedos de una mano sobre una cuerda, mientras que los de la otra la puntean y, por último, puede presionar la cuerda con los dedos pulgar e índice de la otra. (López Grande; M. J., y Castelo Ruano, R., 1989) (figura 3.9).

En Grecia las arpas no alcanzaron gran popularidad, probable-

mente por ser un instrumento importado de Oriente. En el arte no se representó hasta el año 450 a.C., a pesar de que este tipo de cordófono fue conocido anteriormente, como se observa en una estatuilla encontrada en las islas Cícladas. Fue condenado por los filósofos por el número de cuerdas que poseía y las notas que emitía, que facilitaban las inestabilidad y el placer de los sentidos. Su uso estuvo, por tanto, reservado a mujeres, generalmente heteras (figura 3.10).

El arpa griega es conocida con los nombres de *mágadis* y *pektis*. La primera era de origen lidio y fue tañida por los antiguos griegos. Poseía veinte cuerdas y se tocaba con plectro.

A veces se decía que la *pektis* era

idéntica a la mágadis, aunque ambos instrumentos sólo mantenían un lejano parentesco (Sachs, C., 1947, páginas 130-131).

El arpa está representada en la península ibérica en una placa de bronce con fondo de pasta vítrea de color azul turquesa, encontrada en Churriana (Málaga). Presenta decoradas sus dos caras, y en una de ellas se ha representado una escena musical formada por una arpista y tocadora de tamboril, tomada de las pinturas de la tumba del Visir Rehimire en Tebas, fechadas en la XVIII Dinastía (Blázquez, J. M., 1975, página 196).

III. LAUDES

En Mesopotamia se documenta su existencia en reproducciones babilónicas del segundo milenio a.C., casi siempre en manos femeninas. Está formado por una pequeña caja de resonancia y largo cuello con diapason sobre el que corren de dos a tres cuerdas (figura 3.1).

En Egipto aparece por vez primera en la XVIII Dinastía, posiblemente importado del Próximo Oriente. Existieron tres variantes: oval, en forma de pera, y con lados cóncavos. La caja de resonancia se cubre con un parche de piel curtida que actúa como caja de armonía. El instrumento está provisto de un mango de gran longitud, que termina dentro de la caja, siendo sostenido en el interior por pequeñas piezas transversales.

El intérprete de laúd tañía el instrumento con el plectro —realizado en madera pulida y con forma de media almendra— sostenido entre los dedos pulgar e índice, de la mano derecha, golpeando las cuerdas justo encima de la caja de resonancia, mientras que los dedos de la izquierda presionaban las cuerdas hacia abajo (figura 3.2).

Fue empleado en ceremonias tanto religiosas como seculares, y fue tañido indistintamente por hombres y mujeres. (López Grande, M. J., y Castelo Ruano, R., 1989).

En Grecia fue conocido con el

nombre de Trijon (tres cuerdas). Aunque su existencia está documentada a partir del siglo IV a.C., su presencia no es habitual. El laúd es un instrumento poco documentado en la península ibérica, lo lleva una figura de terracota púnica, procedente de Ibiza. Se trata de una figura masculina, vestida con túnica corta y manto sujetos al cuello por un lazo. Apoya el instrumento en la cadera izquierda, presiona las cuerdas con los dedos de la mano izquierda y golpea las cuerdas justo encima de la caja de resonancia con la mano derecha, no pudiéndose apreciar si lleva el plectro o no. (Almagro Gorbea, M. J., 1980, páginas 148, lámina XXXII, 4).

CONCLUSIONES

Los instrumentos de cuerda según los hallazgos arqueológicos y la documentación iconográfica en diversos soportes son: *liras* (con multitud de variantes que pueden ser incluidas en los siguientes apartados; lira preclásica, lira clásica, citara y barbiton), *arpas* y *laúdes*; presentes todos ellos desde el tercer milenio en Mesopotamia, Egipto, e islas Cícladas.

Como bien señala García y Bellido en su artículo «Música y Danza entre los pueblos primitivos de España», los autores clásicos hacen muy pocas referencias a la poesía, música y danza entre los pueblos primitivos de la península ibérica (García y Bellido, 1944, página 65), al igual que en el caso de los instrumentos de viento (aulos y diaulos), la carencia de datos escritos sobre el uso de instrumentos de cuerda puede completarse con la información que nos proporcionan los restos arqueológicos, concretamente las representaciones en soportes cerámicos, metálicos, etcétera, ya que entre los hallazgos arqueológicos peninsulares no se ha documentado la presencia material de cordófonos, posiblemente debido al empleo de materiales perecederos para su fabricación.

En la península ibérica, los cor-

dófonos se han representado en algunas estelas del Bronce Final, procedentes de: Luna (Zaragoza), Zarzacapilla, Quinterías, Higuera la Real y Torrejón el Rubio II (Badajoz); en cerámica cratera de El Cigarralejo (Mula, Murcia); *varias acuñaciones monetarias*: ases del taller de Cárula, Salpesa y Carteia; *varias acuñaciones monetarias*: ases del taller de Cárula, Salpesa y Carteia; en *coroplastia*: terracota de la necrópolis del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) y en *orfebrería*: pátera de Santisteban del Puerto (Jaén). Estos documentos iconográficos permiten con su lectura e interpretación conocer la importancia que llegó a alcanzar este instrumento en la vida cotidiana de los pueblos prerromanos peninsulares.

Todos los instrumentos de cuerda representados en la península ibérica parecen estar íntimamente relacionados con el ritual funerario. La *Phorminx* (lira preclásica) muy representada en las estelas del Bronce Final, se usa como acompañamiento musical en danzas de manos entrelazadas (estela de Ategua), bailes que se relacionan con aquellos que se representan en los vasos cerámicos griegos del periodo geométrico.

La *lira clásica* la vemos igualmente utilizada, en el vaso procedente de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). En este caso el personaje (un enano) es el que la instrumenta, va acompañado por un auleter y ambos forman parte del acompañamiento musical que se tocaba en los desfiles celebrados en honor al difunto.

Este tipo de cordófono también se figura en el reverso de los ases del taller de Cárula, fechados entre el 206-133 a., (en este caso, posiblemente como emblema de la ciudad).

La *citara* se documenta en una terracota encontrada en una tumba de la necrópolis de El Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). En este caso el instrumento es tañido por una dama sedente, ataviada con peplos y tocada con altos polos; en la pátera de Santisteban del Puerto (Jaén), en manos de un personaje mitológico (centauro) y en las acuñaciones de los talleres de Salpesa y Carteia, ubicados en la Bética. En

los dos primeros ejemplos citados podemos observar nuevamente el carácter funerario, en el primer caso por formar parte de un ajuar funerario y en el segundo por integrar, el centauro, parte de un cortejo fúnebre representado desde el punto de vista mitológico.

El arpa y el laúd que tanta importancia alcanzaron en las civilizaciones Mesopotámica y Egipcia, apenas se representan en la península ibérica. El arpa está figurada en manos de una mujer en una placa de bronce encontrada en Churriana (Málaga), y el

laúd se representa en una terracota masculina ataviada con túnica corta y manto sujeto al cuello por un lazo procedente de Ibiza.

Resumiendo, hasta ahora por los hallazgos arqueológicos podemos documentar en la península ibérica tres clases de cordófonos: liras (preclásica, clásica y cítara), utilizadas con carácter funerario; arpas y laúdes.

En algunas de las escenas que hemos estudiado, los cordófonos aparecen en ocasiones acompañados por otros instrumentos musicales: en la cratera de El Cigarralejo, la li-

ra clásica va acompañada por un instrumento de viento, el diaulos; en la pátera de Santisteban del Puerto la cítara es tañida junto al diaulos junto a instrumentos de percusión (crótalos y tympanon) y en la placa de Churriana, el arpa está acompañada por un instrumento de percusión (tamboril).

A pesar de que en estas escenas veamos a los personajes tañir simultáneamente dos instrumentos, los pueblos primitivos peninsulares no conocieron la polifonía, y sólo cabe pensar en una homofonía.

BIBLIOGRAFIA

- Almagro Basch, M. (1966): *Las estelas decoradas del SO Peninsular*, BPH, VIII, Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, BPH, XIV, Madrid.
- Almagro Gorbea, M. J. (1980): *Corpus de las terracotas de Ibiza*, BPH, XVIII, Madrid.
- Alvarez, R. (S. a.): «Presunto origen de la lira grabada en una estela funeraria (c.a.s. VIII a.C.) encontrada en Luna» (Zaragoza). (Artículo fotocopiado no reseña ni la revista ni el año).
- Aristóteles: *La política*, Espasa Calpe. Ed. 1981, Madrid.
- Beltrán, A. (1980): «La significación de los tipos de monedas antiguas», *Numisma*, 162-164, páginas 123-152.
- Bendala Galán, M. (1977): «Notas sobre las estelas decoradas del SO y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8, páginas 177-205. Sevilla.
- Bendala Galán, M. (1978): «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos», *AEspA*, páginas 33-38, Madrid.
- Bendala Galán, M. (1983): «En torno al instrumento musical de la Estela de Lona», *Homenaje Almagro Basch, II*, páginas 131-141.
- Bergua, J. (1960): *Mitología Universal. Todas las mitologías y sus maravillosas leyendas*, tomo I, Madrid.
- Berrocal, L. (1985): «Una nueva aportación al estudio de las estelas y escritura prerromana del SO Peninsular», *BAEAA*, 21, páginas 30-35, Madrid.
- Blanco Freijeiro, A. (1981): *Arte Antiguo del Asia Anterior*, Sevilla.
- Blázquez, J. M. (1983): «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce», *AEspA*, 56, páginas 213-228, Madrid.
- Blázquez, J. M. (1983): *Primitivas religiones ibéricas*, tomo II, Madrid.
- Blázquez, J. M. (1975): *Tartessos y los orígenes de la Colonización fenicia en Occidente*, Salamanca.
- Coldstream, (1968): *Greek Geometric Pottery*, Londres.
- Coldstream, (1977): *Geometric Greece*, Londres.
- Comotti, G. (1968): *Historia de la Música. I. La música de la cultura griega y romana*, Madrid.
- Daremberg, Ch.; Saglio, E. (1877-1919): *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*, tomo 3, páginas 1437-1450.
- Davison, J. M. (1968): *Attic Geometric Workshops*, Roma.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Espasa Calpe, Madrid.
- Faure, P. (1984): *La vida cotidiana en la Creta Minoica*.
- Fubini, E. (1988): *La estética musical desde la antigüedad hasta el siglo XX*, Madrid.
- Griño, B. y Olmos, R. (1982): «La pátera de Santisteban del Puerto (Jaén)», *Calálogos y Monografías del MAN*, Madrid.
- Griño, B. (1985): «La influencia de la música griega y mediterránea en las culturas de la península ibérica», *Cerámicas griegas i Helenísticas a la península ibérica. Taula Redonda amb motiu 7^è Ann de les excavacions d'Empuries*, 18-20. Monografias Ampuritanas, VII, páginas 151-167.
- Guadán, A. M. (1969): *Numismática Ibérica e Ibero-romana*, Madrid.
- Higgins, R. (1970): *The Greek Bronze Age*, Londres.
- Homero: *Odisea*, Espasa Calpe, ed. 1968, Madrid.
- Homero: *Iliada*, Espasa Calpe, ed. 1973, Madrid.
- Kontorlis, K. P. (1985): *Mycenaean Civilization. Mycenae. Tiryns. Asine. Midea. Pilos*, Atenas.
- López Grande, M. J. y Castelo Ruano, R. (1989): «Instrumentos musicales Egipcios», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año XXIV, UAM, Madrid (en prensa).
- Michaelides, S. (1978): *The Music of Ancient Greece, an Encyclopedian*, Londres.
- Michels, U. (1982): *Atlas de Música, I*, Madrid.
- Montero Herrero, S. (s.a.): «La música Etrusca», *Revista de Arqueología*, (12, año 2.º, Madrid).
- Navascués, J. J. (1982): «Dos nuevas estelas de guerreros en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz», *Museos*, 1, páginas 65 y siguientes.
- Nieto, G. (1942-1943): «La necrópolis hispánica del Cabeceo del Tesoro (Verdolay, Murcia), Tercera Campaña de Excavaciones», *SEAA*, IX, Valladolid.
- Platón: *La República o el Estado*, Espasa Calpe, ed. 1986, Madrid.
- René Tranchefort, F. (1985): *Los instrumentos musicales en el mundo*, Madrid.
- Rimmer, J. (1969): *Ancient Musical Instruments of Western Asia in the department of Western Asiatic Antiquities*, Londres.
- Sachs, C. (1947): *Historia Universal de los instrumentos musicales*, Buenos Aires.
- Trias de Arribas, G. (1968): *Cerámicas griegas de la península ibérica*, Valencia.
- Villaronga, L. (1979): *Numismática Antigua de Hispania*, Barcelona.
- Vaquero Gil, D. (1989): «Estelas de guerreros en la Protohistoria Peninsular. La estela de Quinterías», *Revista Arqueología*, 99 páginas.
- Vives y Escudero, A. (1926): *La moneda Hispánica*, Madrid.
- VV.AA. (1979-1980): *Greek art of the Aegean Islands*, Nueva York.

CIPO ROMANO DE MEJORADA DEL CAMPO

Tomás CALLEJA GUIJARRO

A la memoria de nuestro compañero Teógenes Ortega

INTRODUCCION

Mejorada del Campo es una localidad madrileña conocida por todos los arqueólogos, ya que en su término municipal se han encontrado numerosos restos de las culturas primitivas. Restos que van desde el Paleolítico inferior, con abundancia de triédros y hachas amigdaloides mezclados con colmillos y otros fósiles del *Elephas primigenius*, pasando por el Eneolítico (del que se han encontrado preciosos vasos campaniformes), y por el bronce atlántico, hasta la Edad del Hierro, inclusive. Yacimientos todos que tuvimos ocasión de conocer y prospectar (varios de ellos en compañía del profesor Martínez Santaolalla) por los años de 1950, y que se han destruido lamentablemente, y casi en su totalidad, por la incontrolada explotación de las graveras de sus terrazas, sin que apenas hayan sido estudiados.

Quiero dejar constancia aquí, por ser de justicia, que el conocimiento de estos yacimientos lo tuvo la entonces Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, gracias a don Pedro Sanz Gálvez, auxiliar del Ayuntamiento de dicho pueblo, quien recogió numerosos vestigios de las distintas épocas, según iban apareciendo, para entregárselos a la citada Comisaría.

En no pocas ocasiones el señor Sanz dio la voz de alarma para que se suspendiera la extracción de grava en algunas zonas, donde los cortes de la explotación ponían al descubierto fondos de cabañas u otros estratos arqueológicos; pero su voz, por desgracia, cayó siempre en el

vacío. A este afán suyo de recoger, para que se estudiaran los vestigios de la antigüedad que él consideraba venerables, debemos el rescate y conservación del cipo sepulcral romano que vamos a estudiar en este trabajo.

LUGAR DEL HALLAZGO

Se encontró este cipo buscando entre las piedras del muro derruido de una presa medieval, construida sobre el río Henares, cerca de su confluencia con el Jarama.

Aunque hasta ahora no se han hallado otros restos romanos en el término de Mejorada del Campo, a pesar de estar enclavada esta localidad en una comarca bastante romanizada, con Complutum a la cabeza, cabe pensar que el cipo proceda de alguna villa asentada en el valle del Henares o en el del Jarama, y que se llevara al lugar donde se ha descubierto ahora, junto con otras piedras de la misma mansión, para aprovecharlas en la edificación de la citada presa, ya en el siglo XIV, o quizás en el XV, que parece fue la época en que se construyó con objeto de elevar las aguas del río.

DESCRIPCION DEL CIPO

Se trata de un bloque burdamente troncocónico (figura 1) de 0,89 metros de altura, de piedra caliza de

mala calidad, con una diaclasa irregular, más o menos perpendicular a su eje, hacia la mitad del mismo. En lo más alto de la parte posterior, y bastante separados, lleva esculpidos dos altorrelieves muy desgastados, que pueden tomarse como cabezas o simples medias bolas.

Ambas bases tienen una forma muy irregularmente ovalada. Los ejes de la superior, que es la más grande, miden 0,63 y 0,42 metros,



Figura 1. Cipo sepulcral de Mejorada del Campo.

respectivamente. Esta base está un poco inclinada con respecto al eje del cipo (sin duda para que pueda leerse mejor la inscripción funeraria que lleva grabada), y en su parte inferior tiene algunos deterioros.

LA INSCRIPCION

La inscripción, inédita hasta ahora, que nosotros sepamos, está grabada en siete líneas con la siguiente disposición:

D M
FABIAE MA
TERNAEVXORI
PIENTISSIMAE
M CROCVIVS
PROCVIINV
F C

Como puede apreciarse por su fotografía (figura 2) y por la copia anterior, excepto entre las siglas de cabecera, no hay ningún signo que separe las palabras, algunas de las cuales llevan un espacio entre ellas, en tanto que otras aparecen unidas. (En la fotografía parece distinguirse un signo puntual entre *Maternae* y *uxori*; pero en el cipo parece más bien un hoyito de la defectuosa piedra, como otros que se aprecian en la misma).

Entre las abreviaturas D y M hay grabada una hoja vegetal. En principio, y aunque su forma no sea la más corriente, podemos tomarla como una simple hiedra, aunque cause cierta extrañeza que no se vuelva a utilizar este signo en la inscripción, lo que podría inducirnos a buscarle en este caso, y en dicho lugar, alguna otra significación.

Las letras de la inscripción, excepto la *s* de Croucius, que es de menor tamaño, tienen una altura aproximada, en más o en menos, a los seis centímetros y su profundidad es de uno a dos milímetros.

Sus tipos son una mezcla de los empleados en la escritura vulgar, capitales rústicas o actuarias y cuadradas, lo que, a falta de otros restos arqueológicos relacionados con el cipo, hace que nosotros consideremos prudente no aventurar para el mismo ninguna datación.

LECTURA

Tanto en la transcripción del epítafio como en su posterior lectura,

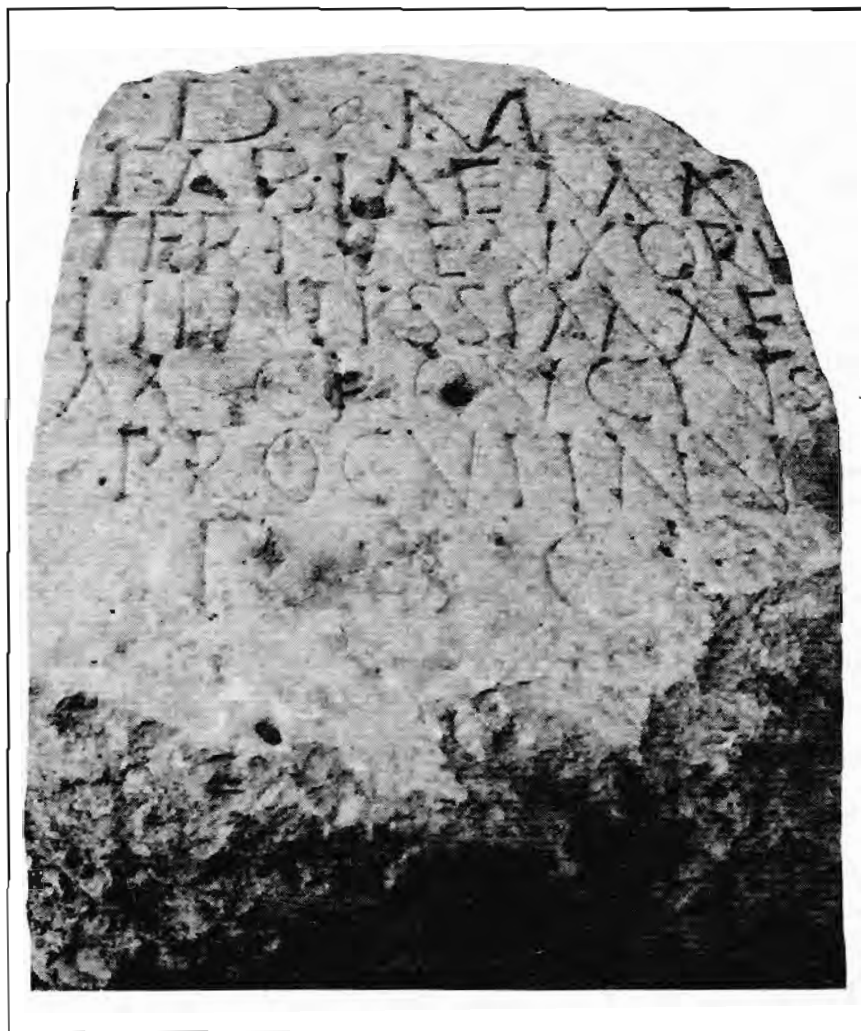


Figura 2. Fotografía de la inscripción de Mejorada del Campo.

encontramos una dificultad al interpretar el sexto renglón, donde pone PROCVIINV. Si se trata de un cognomen, que parece lo más lógico, nos resulta desconocido; pero para serlo, tendría además de terminar en *s* para concordar con Croucius. Claro es que, cuando se grabó, es fácil que se pusiera esa letra, y que haya desaparecido, a causa del desconchón que ahora ocupa su lugar, que se pudo producir al trasladar el cipo para utilizarlo en la presa.

Su transcripción en este caso, sería:

D(iis) (hedera u hoja de laurel) M(anibus)/Fabiae ma/ternae uxori/pienissimae/M(arcus) Croucius/Procuinu(s)/F(acien-dum)/C(uravit).

Y su traducción: A los dioses manes. A Fabia Materna, esposa pia-

dosísima, Marco Croucio Procuino determinó hacer (este monumento).

Tal vez la palabra PROCVIINV tenga otra interpretación. Nuestros intentos por descomponerla no nos han dado ningún resultado satisfactorio. El más lógico parece ser PROC VII NVS, es decir, *Procurator septenus* al que no le encontramos ningún significado conocido. Podría descomponerse también en PROC VI INV (Procónsul seis veces invicto) que tampoco nos satisface, por lo que esperamos que la lectura final de esta palabra la den otros más expertos.

En cualquier caso, nos hallamos ante un testigo epigráfico importante del establecimiento de la familia Materna en lo que es hoy provincia de Madrid, emparentada tal vez con la que ocupó la villa de Carranque,

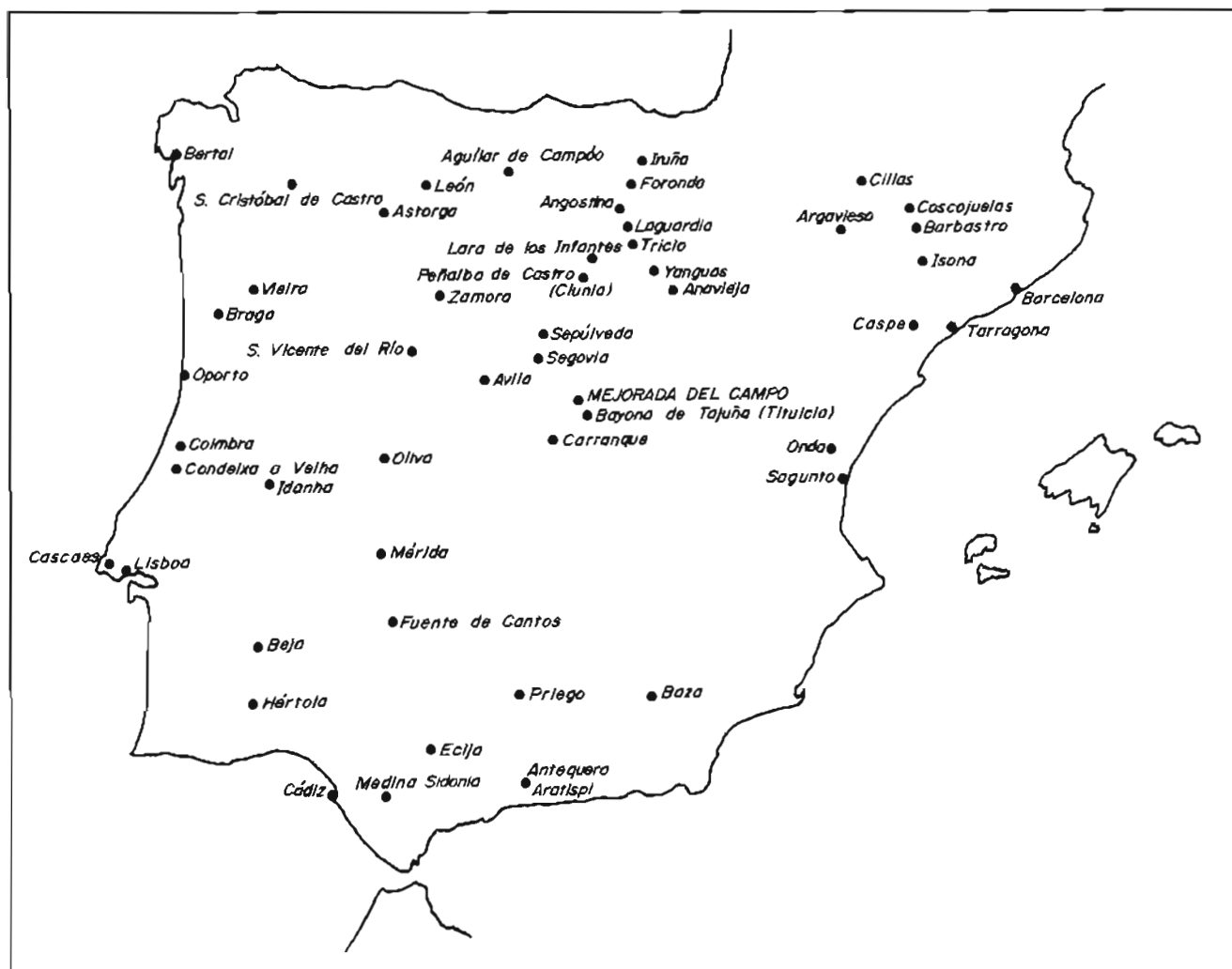


Figura 3. Distribución de la Familia Materna en la Hispania Romana, según las inscripciones encontradas.

recientemente descubierta en la provincia de Toledo, casi en la linde con la de Madrid, excavada por Dimas Fernández Galiano, la cual nos ha proporcionado, junto con unos bellos mosaicos, el nombre de su propietario, Materno, como nos dio a conocer el propio excavador, en una conferencia pronunciada en la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (1).

LA FAMILIA MATERNA EN LA HISPANIA ROMANA

Por las inscripciones encontradas hasta ahora recogidas por Hübner (2) y por Vives (3), vemos que

esta familia estuvo diseminada por todo el territorio hispano como puede apreciarse fácilmente con echar una simple ojeada al mapa que hemos preparado para este trabajo (figura 3), que no hace más que completar el publicado, para este cognomen, por J. Unterman (4).

Ya Gómez de Somorrostro, en 1820 (5), dio a conocer su existencia en Segovia, donde se encontraron dos estelas, una dedicada a Sulpicia Materna y otra a un tal Valerio Materno, publicadas posteriormente por Hübner (CIL II, 2751 y 2755). En esta misma provincia hay otra en Sepúlveda, publicada equivocadamente por Hübner como de Mancha Real (C il, II 3089) si bien lo corrigió posteriormente en el *Supplementum*, en el que aparece con el número 5095 (6).

Amén de las cinco citadas de Me-

jorada del Campo, Carranque, las dos de Segovia y la de Sepúlveda, se han hallado:

Una en Bayona de Tajuña, Madrid (Hübner II 3069); dos en Avila (Hübner II, 5861 y 5791); una en Yanguas, Soria (MMAP, 3186), y otra en Anavieja, en la misma provincia (Vives, 256); dos en León (Hübner II, 2670 y 5648); dos en Astorga, León (Hübner II, 2653 y 2659); una en Aguilar de Campóo, Palencia (Hübner II, 6300); otra en Bertal, La Coruña (Hübner II, 2567); otra en San Cristóbal de Castro, Carballino, Orense (Hübner II, 2553); otra en Zamora (Hübner II, 5650); otra en Angostina, Alava (Vives, 6184); otra en Foronda, Alava (Vives, 6806); otra en Asa, Laguardia, Alava (Hübner II, 2923); otra en Iruña, Alava (Vives, 6809);

dos en Clunia, Burgos (Hübner II, 2792 y 2798); una en Lara de los Infantes, Burgos (Hübner II 2864); otra en Peñalba de Castro, Burgos (Vives, 4104); otra en Tricio, Logroño (Hübner, II, 2896 = 5806); otra en Coscojuelas, Huesca (Hübner II, 5844); dos en Barbastro, Huesca (Hübner II, 5843 y 5846); dos en el monte Cillas, Huesca (Vives, 3752 y 3753); una en Argavieso, Huesca (Hübner II, 5829); otra en Isona, Lérida (Hübner II, 4458); dos en Barcelona (Vives, 1375 y 5231); seis en Tarragona (Hübner II, 4143, 4216, 6095, la misma persona que la anterior, 4395, 4396 y 4403); una en Chiprana, Caspe, Tarragona (Hübner II, 3018); otra en Onda, Castellón (Hübner II, 4036); otra en Sagunto, Valencia (Hübner II, 3896); otra en Baza, Granada (Hübner II, 3404); otra en Priego, Córdoba (Hübner II, 1648); dos en Antequera, Astipi, Málaga (Hübner II, 2034 y 2056); una en Ecija, Sevilla (Hübner II, 1474); otra en Medina-Sidonia, Cádiz (Hübner II, 1322); otra

en Cádiz (Hübner II, 1726), otra en Fuente de Cantos, Badajoz (Hübner II, 1033); otra en Mérida, Badajoz (CM, 235); dos en Oliva de Plasencia, Cáceres (Hübner II, 838 y 850); otra en San Vicente del Río, Salamanca (Vives, 2322). Y, finalmente diecinueve distribuidas en lo que hoy es Portugal, así: dos en Beja (Hübner II, 47 y 48, la misma persona); dos en Mértola (Ep. 9 y Ep. 5); dos en Lisboa (Hübner II, 217 y 231); una en Coporil y otra en Cascaes (Hübner II, 5022 y 6270, respectivamente); tres en Idanha (Vives, 6379, 6394 y 3721); una en Oporto (Hübner II, 2379); dos en Coímbra (Vives, 3949 y 4032); una en Braga (Hübner II, 2436); dos en Vieira (Hübner II, 298 y 217) y dos en Condeixa a Velha (Hübner II, 369 y 385).

EL COGNOMEN CROUCIUS

De bastante interés encontramos el cognomen Croucius del marido

de la difunta, dedicante del cipo, ya que con esta ortografía es único en la onomástica peninsular. J. Untermán, en su ya citada obra, recoge el cognomen Cloutius y las palabras que él cree que son simples variantes o abreviaturas del mismo; pero entre ellas no figura Croucius. Nosotros pensamos que esta forma sea una variante de Cloutius en la que fonética y ortográficamente se han sustituido la *l* por *r* y la *r* por *c*, bien por error del lapicida, bien porque se pronunciara así en la Celtiberia.

El cognomen Cloutius, Clotius, Clotina con sus formas abreviadas, Clout y Clou, estaba localizado hasta ahora en la Lusitania oriental, no encontrándose ningún ejemplo fuera de ella (7).

El descubrimiento de la palabra Croucius en el cipo de Mejorada del Campo viene a ampliar el área de dispersión del cognomen Cloutius y por tanto, la del establecimiento de esta familia en la Hispania romana.

NOTAS

(1) Puede verse la noticia y un breve reportaje en el diario ABC del 27-6-1987, página 51, y varias fotos en su sección de actualidad gráfica.

(2) Hübner, E.: *Corpus Inscriptionum latinarum*, II.

(3) Vives, J.: *Inscripciones latinas de la España romana*. Barcelona, 1971.

(4) Unterman, J.: *Elementos de un atlas*

antroponímico de la Hispania antigua. Madrid, 1965, página 114, mapa 59 bis.

(5) Gómez de Somotro, A.: *El acueducto y otras antigüedades de Segovia*, ilustradas por el doctor don... Madrid, 1820. Imprenta de don Miguel de Burgos, páginas 138 y 143. (Hay una edición facsímil hecha por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia.)

(6) El estudio más completo de esta inscripción lo ha llevado a cabo Santos Yan-

guas, Juan, en su artículo: *La inscripción del puente Talcano de Sepúlveda (Segovia)*, publicado en «*Simbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae*» MCMLXXXV A. D. Victoriaco Vasconum. Debemos hacer notar, no obstante, el error en que incurre este autor al situar esta inscripción en la ribera izquierda del Casilla, ya que su verdadera ubicación es la orilla izquierda del río Duratón.

(7) Unterman, J.: *Op. cit.*, páginas 102-103, mapa 36.

EL NORTE DE LA PROVINCIA DE PALENCIA DURANTE LA EPOCA ROMANA: ESTADO DE LA CUESTION

Angel MORILLO CERDAN (*)

EL objetivo de este trabajo consiste en llevar a cabo una aproximación bibliográfica sobre la región comprendida en el tercio Norte de la provincia de Palencia y áreas colindantes de las de Burgos y Cantabria en época romana. Pretendemos ofrecer un panorama general de los estudios acerca de la región y su entorno, señalar las aportaciones y descubrimientos más interesantes y apuntar las líneas generales de investigación en la actualidad. Dejamos abierta una vía de penetración hacia dicho tema, susceptible de ser retomada en cualquier momento.

PANORAMA GENERAL DE LA INVESTIGACION

Partimos de los estudios de carácter general referidos a la Meseta Norte y sus contactos con la Cordillera Cantábrica, para lo cual debemos citar en primer lugar la obra ya clásica de Wattenberg, publicada a fines de los cincuenta que, aunque superada en algunos aspectos, sigue teniendo un carácter básico (1). Igual podemos decir de los trabajos de P. de Palol y C. García Merino, éstos más actuales (2). En los últimos años el progreso de la investigación sobre la Cuenca del Duero y la Cordillera Cantábrica ha sido

constante y notorio, centrado en estudios parciales sobre yacimientos concretos, si bien existen pocas monografías. Entre estas últimas destacan las historias provinciales de Burgos, Palencia y Cantabria, el trabajo de T. Mañanes y J. M. Solana sobre ciudades y vías de la región, y la escuela síntesis de L. García Moreno (3). Junto a las obras de carácter general existe todo un mosaico de estudios de desigual extensión y calidad, publicados en los últimos veinte años, entre los cuales destaca un grupo específico referido a las villas (4).

El proceso de romanización de la Cuenca del Duero está sufriendo una completa revisión desde hace algunos años. La visión tradicional que justificaba una intensa aculturación a partir de algunas ciudades magníficas (Clunia, Asturica) y lujosas villas extendidas por toda la región se cuestiona desde posiciones como la de J. M. Roldán, para el cual la romanización es una consecuencia, más que un objetivo, de la política romana en la Meseta Norte (5). Otras cuestiones candentes son, además, el poblamiento y la categoría jurídica de los municipios (6), las consecuencias de la crisis del siglo III, las discutidas invasiones bárbaras de este siglo (7) y la problemática planteada acerca de las llamadas necrópolis del Duero (8), sin olvidar la cuestión de la conquista romana de los pueblos de la Cornisa cantábrica, que aún plantea muchas incógnitas (9).

Dentro de los trabajos referidos específicamente al Norte palentino hemos de señalar los realizados durante los últimos quince años, mo-

mento durante el que han experimentado un crecimiento considerable. Hay que tener en cuenta que a pesar del abandono que ha sufrido la Cantabria Cismontana, en la vertiente castellana de la cordillera, la Cantabria Transmontana ha sido objeto de análisis y polémica desde el siglo XVIII, cuando se pretende fijar su emplazamiento exacto y reivindicar su independentismo frente a Roma, si bien dichos trabajos no han sido auténticamente científicos hasta hace pocos años.

La Cuenca Alta del Pisuerga hasta la localidad de Herrera, históricamente incluida dentro de la Cantabria Cismontana resulta afectada de lleno por la problemática del «Bellum Cantabricum» y, consecuentemente ha sido incluida en estas investigaciones. Destacan las referidas al mundo castreño prerromano, con interesantes referencias al período posterior a la conquista (10). Pero hemos tenido que esperar hasta años muy recientes para que los estudios sobre la Alta Meseta castellana alcanzaran el nivel que les correspondía. Para el valle del Pisuerga resultan fundamentales los de C. Pérez González, continuador de los emprendidos por A. García y Bellido (11), que han supuesto un giro radical en la concepción de la organización del territorio en los momentos inmediatamente posteriores a la conquista militar (12). Últimamente hemos de mencionar los trabajos de J. M. Gamarra Caballero y J. Nuño González (13).

La investigación en el valle del Carrión registró un impulso notable tras el descubrimiento en 1968 de la

(*) Becario del departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.

villa romana de «La Olmeda» en Pedrosa de la Vega y, poco después, de la de Quintanilla de la Cueva, muy próxima. El carácter excepcional de estas villas atrajo la atención sobre este valle. La excavación del yacimiento «La Morterona», asiento de la antigua Saldania, que da nombre a la Saldania actual, está a cargo de J. A. Abasolo (14). La villa de Pedrosa de la Vega está siendo estudiada por P. de Palol y J. Cortés, unos de los mejores conocedores de los yacimientos de la región (15).

El mismo Abasolo realiza interesantes aportaciones para el pleno conocimiento de la región limítrofe entre Burgos y Palencia, centrado en el yacimiento de Sasamón, asiento del principal campamento augusteo para la conquista de Cantabria (16). El vecino emplazamiento de Amaya, castro cántabro romanizado, está pendiente del proyecto de una campaña internacional de excavaciones.

DESCRIPCION GEOGRAFICA DE LA REGION

La región objeto de nuestro estudio está limitada al Norte por el valle de Campoó y el valle del Guardo, extendiéndose hasta las localidades de Osorno y Carrión de los Condes por el Sur; por el Oeste incluye el pequeño valle de la Cueva; el propio valle del Pisuerga constituye el límite oriental, coincidente con la actual divisoria de las provincias de Burgos y Palencia. Se sitúa al pie de la Cordillera Cantábrica desde la que se abren camino varios ríos con dirección NW-SE, siguiendo la inclinación dominante del terreno. Estos son el Carrión, el Pisuerga y los afluentes menores de éste, el Boedo, el Valdavia y el Burejo.

El paisaje es plano, configurado por dos amplios valles fluviales con fértiles tierras de aluvión, sobre todo el del Pisuerga, mientras el del Carrión es más estrecho y su ribera izquierda corta una mesetilla que se eleva unos 100 metros sobre el nivel

del río. La ribera derecha de este río está constituida por tierras pantanosas, ricas pero insalubres. Entre ambos valles principales se sitúan una serie de elevaciones del terreno, atravesadas por los citados afluentes del Pisuerga, que configuran pequeñas depresiones.

La finalidad económica de estos valles estuvo perfectamente definida para la explotación cerealística, así como la ganadería en zonas altas. También la explotación maderera y la caza debieron ser actividades más importantes en la antigüedad de lo que lo son hoy en día. Cerca del nacimiento del río Carrión abunda el mineral de hierro, explotado ya en época romana.

LAS VIAS ROMANAS

Existe una ingente bibliografía sobre vías romanas de la Meseta y de esta zona en particular (17). El valle del Pisuerga define una vía de comunicación fundamental, la ruta principal entre la Meseta y el Mar Cantábrico en la antigüedad. De ahí la importancia que tuvo que tener Herrera de Pisuerga como centro de intercambio. Además, al Sur de Herrera y Saldania, por Carrión de los Condes, corre otra vía natural de paso que comunica Galicia a través de Astorga y León, con el valle del Ebro.

Las investigaciones señalan la existencia de varias vías romanas que atravesaban la región, testimoniadas tanto por las fuentes contemporáneas de carácter topográfico, esto es, el Itinerario de Antonino y el Ravennate, como por los restos arqueológicos. Dentro del primer grupo podemos señalar cuatro vías:

— La vía de Hispania in Aquitaniam Ab Asturicam Burdigalam, nervio central de la Meseta y el Noroeste, citada por el Itinerario de Antonino con el número 34 que, a través del valle del Ebro, Tritium, Briviesca y Sasamón, atravesaría la provincia de Palencia por Osorno (Desobriga), Carrión de los Condes (Lacobriga) y Calzadilla de la Cueva (Viminatium), para seguir en di-

rección a Astorga. Esta vía perduró como camino de Santiago en la Edad Media.

— La vía De Italia in Hispanias, número 32 en el Antonino y coincidente en parte con la anterior, aunque evitaba el paso por Desobriga, pasando directamente desde Segisama (Sasamón) a Lacobriga (Carrión).

— La vía de Mediolanum (Milán) a Legio VII (León), citada con el número 1 en el Itinerario. La variación de ésta respecto a la anterior es mínima y se localiza fuera de la región.

— La vía de Emerita Augusta (Mérida) a Ossaron (Oyarzum), recogida en el Ravennate y citada por J. M. Solana (18). Entraría por Sasamón, Pisoraca (Herrera de Pisuerga), Ambinon (probablemente Abia de las Torres), Lacobriga (Carrión) y Viminatium (Calzadilla de la Cueva) hacia Asturica.

En segundo lugar tenemos las vías conocidas únicamente por testimonios arqueológicos, miliarios y restos de calzadas.

— La importantísima vía que arranca de Herrera de Pisuerga (a juzgar por los miliarios de Otañes, procedentes de las cercanías de Castro Urdiales, que señalan Pisoraca como cabecera de vía) y conduce a Flaviobriga (la misma Castro Urdiales) a través del valle del Mena y la divisoria entre las provincias de Burgos y Cantabria. C. Pérez señala que esta vía, junto con la siguiente, serían las pistas tendidas por Augusto entre el mar y su campamento para efectuar una tenaza sobre los cántabros sublevados y, posteriormente, se convierten en vías comerciales. De ahí lo extraño de su trazado y su confluencia en Pisoraca, que confirma el papel de este núcleo como intermediario (19).

— La vía que parte de Pisoraca y, ascendiendo por el valle del Pisuerga cruzaba el Ebro por Juliobriga y descendía por el valle del Besaya, alcanzando el mar probablemente en Portus Blendium (Suanes). Tenemos la vía atestiguada por varios miliarios en las cercanías de Herrera de Pisuerga.

— La vía que desde Lacobriga (Carrión de los Condes) se dirige hacia Saldania y Velilla del Guardo

por el valle del río Carrión, estudiada por J. Cortés (20).

— La vía entre la mansio de Ambinon (Abia de las Torres) y el poblado de Saldania (Saldaña).

— La vía entre Tamarica (Velilla del Guardo) y Pisoraca, al parecer la que conducía el mineral de hierro desde las minas de la cabecera del Carrión hacia el valle del Pisuerga.

— La vía que comunica directamente Herrera de Pisuerga con Sasamón.

En último lugar tenemos las vías testimoniadas por documentos supuestamente contemporáneos, pero cuya autenticidad está en entredicho (21). Nos referimos, claro está, a las llamadas Tablas de Barro de Astorga, conservadas en el Museo de Oviedo, concretamente al clasificado como Itinerario I. Este documento registra la existencia de una vía jalonada por mansiones desde Legio VII (León) a Portus Blendium (Suances), en la costa cantábrica. La autenticidad del documento y de la relación de mansiones se encuentra en entredicho. Es difícil aceptar la convivencia en un mismo momento de los asentamientos de la Legio VII que, como sabemos se

instala en el 70-1 d.C. y de la Legio IV, identificada como Herrera de Pisuerga que, entre el 39 y el 45 d.C. (fecha en que se la documenta en Germania), debió abandonar la Península. C. Pérez plantea una hipótesis de autenticidad de la Tabla siempre y cuando el punto de origen no sea Legio VII sino un supuesto asentamiento de la Legio IX en Castreces, cerca de Aguilar de Campoó (22). En cualquier caso la investigación actual se inclina a considerar las Tablas de Barro como una falsificación, a excepción de una, que no es ésta. Sin embargo, la existencia comprobada de una vía que sigue el mismo recorrido deja sin resolver el problema de la autenticidad de la vía citada en el susodicho documento.

El estudio de la red viaria muestra un espacio relativamente transitado, surcado por dos vías principales perpendiculares que se cruzan en el valle del Pisuerga y convierten este valle en un núcleo fundamental de comunicación. Además, existen varias comunicaciones secundarias que obedecen a motivaciones concretas. El valle del Carrión está alejado de las rutas principales. Pode-

mos ver la organización de la red viaria en las figuras 1 y 2.

EL ALTO VALLE DEL PISUERGA

Parece que ya en época prerromana se articuló una notable red de asentamientos en el valle alto y medio del Pisuerga. En Herrera, o tal vez en el valle del Campoó, se hallaba el límite Sur de los Cantabros Cismontanos, debiendo constituir, estos valles altos, el granero cerealístico del país cántabro. Según Tolomeo la ciudad de Herrera era turmoga, pero estaba próxima al límite con los pueblos vacceos, localizado en el valle del Pisuerga, y probablemente extendido hasta las elevaciones que se hallan al Oeste del río, en la divisoria del Valdavia. Las tierras del alto valle del Pisuerga quedaban así repartidas entre Cantabros al Norte, Turmogos, en el centro, y Vacceos, al Sur (figura 3).

La ciudad de Pisoraca se situó sobre un cerro elevado, a cierta distancia del Pisuerga y, entre éste y el Burejo. Constituyó un núcleo de cierta entidad ya en época prerromana, a pesar de que no aparecen restos bajo el emplazamiento actual. C. Pérez ha recogido materiales en varios altozanos de las cercanías y lo ha interpretado como un poblamiento disperso consecuencia de las destrucciones frecuentes causadas por las razias cántabras (23). Tras la sublevación contra Roma de Cantabros, Vacceos y Turmogos en el 29 a.C. y el sometimiento definitivo de los dos últimos por Statilio Tauro, Pisoraca debió ser destruida y sometida, y parece que se constituyó, por su situación geográfica, en un punto estratégico clave para la vigilancia de los movimientos enemigos y lugar de paso para las sucesivas campañas romanas del 26, 24, 22 y 19 a.C. Por varios documentos epigráficos conocidos se sabe que fue ocupada militarmente por una sección de caballería de la Legio IV Macedonica (24).

Pocos temas como el de las guerras cántabras ha levantado tan-

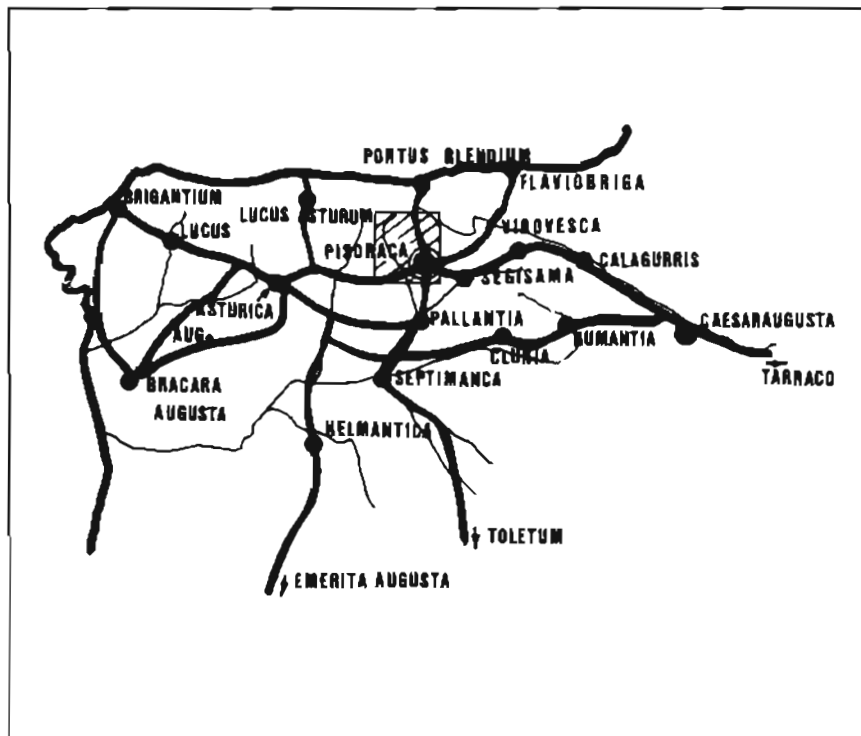


Figura 1. Ciudades y red viaria de la Meseta Norte según MAÑANES-SOLANA (Ciudades y vías romanas de... op. cit.). En el recuadro la región estudiada.

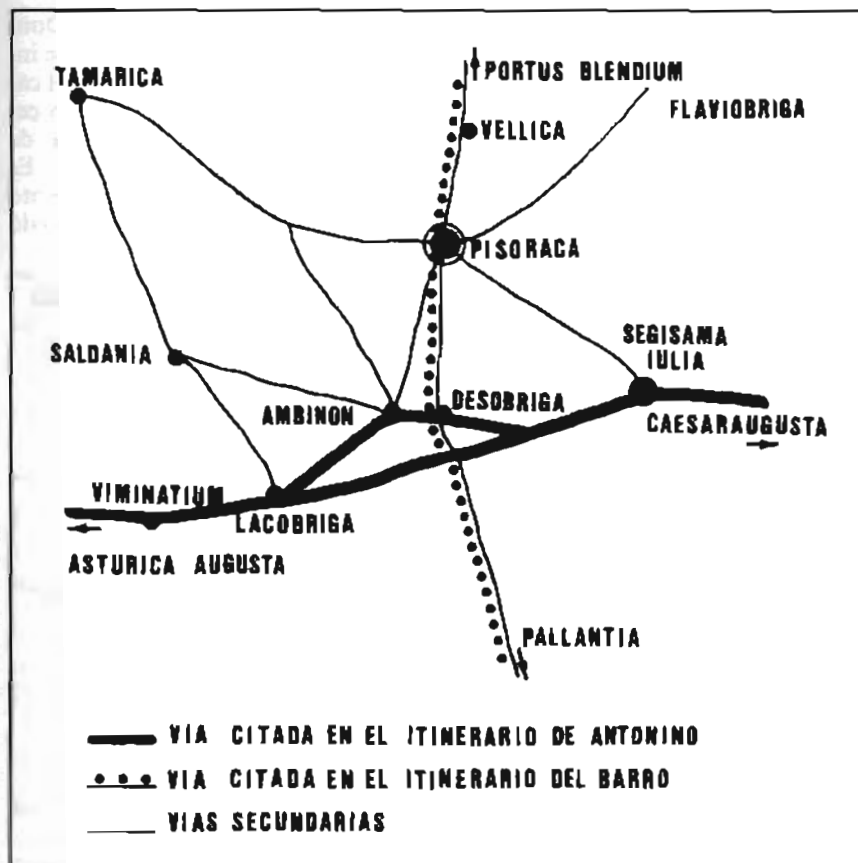


Figura 2. Red viaria de los valles del Carrión y Pisuerga. Se señalan los núcleos urbanos y mansiones citadas por las fuentes.

ta polémica en la historiografía española. Las fuentes clásicas (Floro, Orosio) indican que Augusto viene a la Península debido al levantamiento del 29 a.C. y asienta su campamento «apud Segisamo», es decir, junto a Sasamón. Aquí permanecen las unidades militares hasta la pacificación definitiva del territorio, llevada a cabo por Agripa en el 19 a.C., bastante después de la marcha de Augusto. En esta fecha las legiones empleadas en el sometimiento de los Cantabros son trasladadas fuera de Hispania, a excepción de tres. Una de ellas, la Legio IV Macedonica se traslada a un emplazamiento más septentrional, mientras las otras dos abandonan la región. ¿Dónde se asentó? La investigación no se pone de acuerdo sobre este punto. La opinión más admitida, la de A. García y Bellido, la localizaba en Aguilar de Campoó, pero tras los trabajos de C. Pérez González el panorama ha variado sensiblemente (25). Para este autor la Legio IV

se asienta en Herrera de Pisuerga por varios motivos:

— El sorprendente y temprano nivel de romanización reflejado en productos netamente romanos como la Terra Sigillata Aretina o el vidrio (26).

— Las abundantes marcas (más de 40 hasta ahora) del figlinarius o alfarero de la Legio IV, L. Terentius (figura 4).

— Las huellas en el casco urbano de Herrera del típico esquema campamental con dos vías perpendiculares que se cortan en ángulo recto, y cuatro puertas en los extremos.

— Los llamados hitos augustales, mojones epigráficos que delimitan las tierras o «prata» utilizadas por la Legión IV para su sustento, respecto a las tierras de los municipios cercanos. Estos, ya recogidos por García y Bellido, forman un arco por el NE cuyo centro exacto es Herrera y no Aguilar, como aquél afirmaba. Por otra parte, si la legión no se asentó en Herrera, existirían hitos de separación de sus tierras con las de la legión dondequiera que ésta estuviera asentada, como existen en los casos de Juliobriga y Sasamón. Hasta ahora no ha aparecido ni uno solo de éstos (figuras 5 y 6).

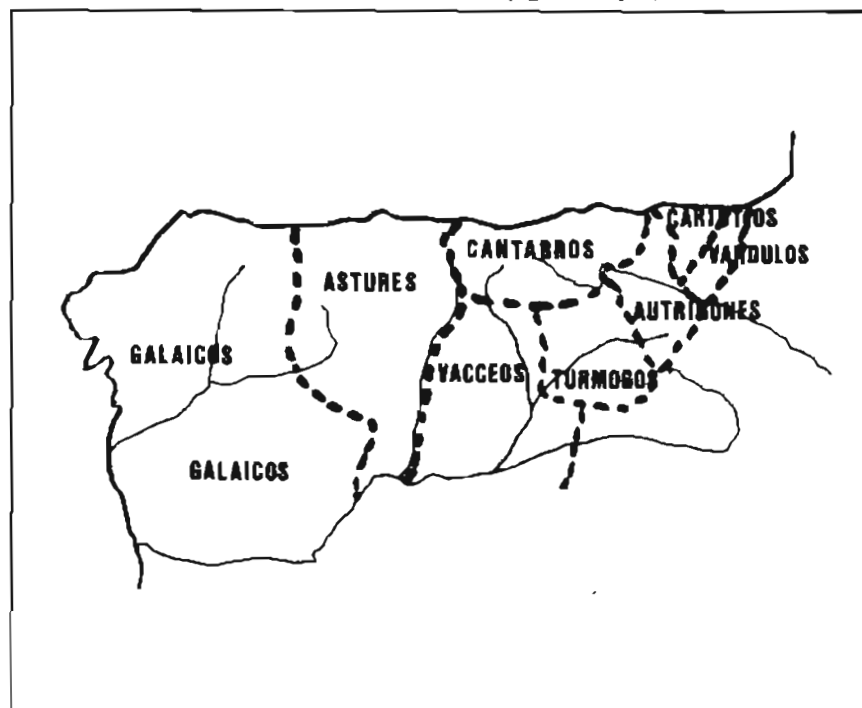


Figura 3. Situación geográfica aproximada de los pueblos prerromanos del Norte de la Península según González Echegaray.

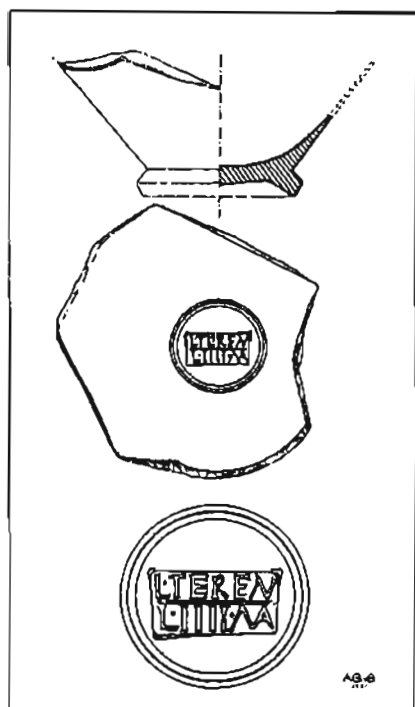


Figura 4. Fondo de T. S. Aretina con marca del «figlinarius» o alfarero de la Legión IV, L. TERENTIUS, hallado en Herrera de Pisuergra. Perteneció a la colección Fontaneda (García y Bellido, op. cit.).

— La existencia de dos vías que empiezan en Herrera, que confirman la importancia de este emplazamiento y cuyas direcciones coinciden con las de las dos calles perpendiculares del municipio.

— Herrera de Pisuergra ofrece mayores ventajas estratégicas por su mayor proximidad a la zona llana pacificada y bien comunicada con ésta, con agua y recursos cercanos y fáciles de obtener. Aguilar, encerrado en un corto valle, carece de espacio suficiente para la operatividad militar.

La misión de control y vigilancia del territorio por parte de la Legio IV terminó entre el 39 y el 44 d.C. ya que al año siguiente aparece asentada en Maguncia. La ciudad de Herrera recuperó con este motivo su nombre indígena, Pisoraca (que dio nombre al río Pisuergra, y no al revés); y el territorio de la legión delimitado por los hitos augustales quedó administrado por el municipio que surgió de las Cannabae, que experimenta un crecimiento demográfico notable por la llegada de

comerciantes, artesanos, etcétera, lo que le avala como importante núcleo de comunicación. A través de la vía cantábrica bajarían metales, cereales y esclavos desde la Meseta hacia los puertos cantábricos, y desde ellos ascenderán productos industriales. Estos también pueden

afluir desde el valle del Ebro. Donde mejor se observa este papel de intermediario es en el volumen y el carácter excepcional del comercio cerámico, con masiva presencia de producciones gálicas y aretinas. Es posible que este rápido crecimiento obedezca a que el municipio heredó

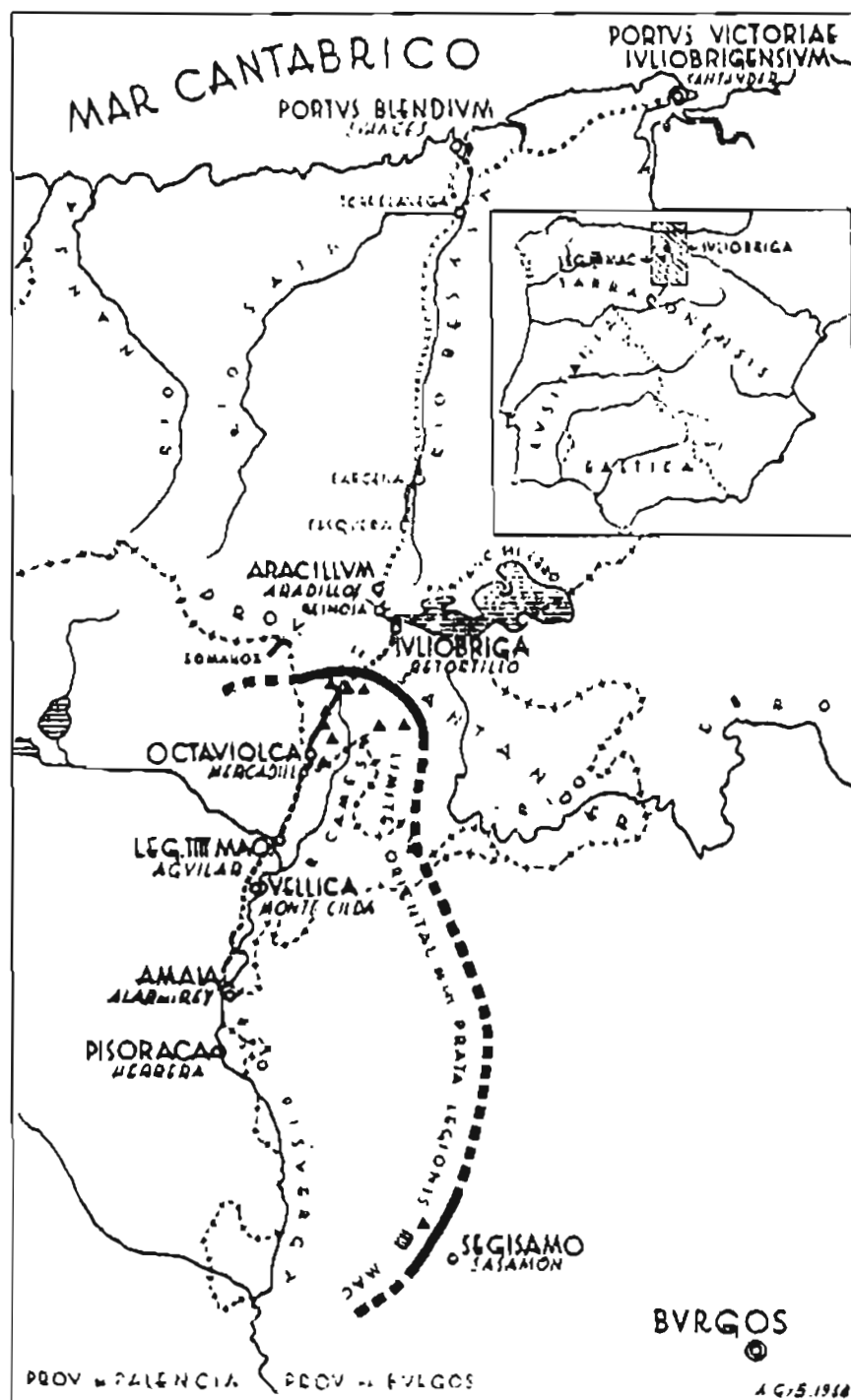


Figura 5. Distribución de los hitos Augustales y supuesta extensión del «territorium» de la Legio IIII (García y Bellido op. cit.).

TERAVGVST·DIVIVIT
PRAT·LEG·INT
ET·AGRVAM·VILLORIG

Figura 6. «*Términos Augustalis*» de la Legio IIII Macedonica, hallado en Castrillo de la Haya (Cantabria) según García y Bellido («Excavaciones en Iuliobriga y exploraciones» op. cit.).

Cuestas», cerca de Osorno (28); al Norte, Vellica se sitúa al pie del castro cántabro de Monte Cildá, que es reocupado en el siglo IV mientras se abandona la ciudad (29); por último, fuera del valle pero relacionado con él, la ciudad de Segisama Iulia en Sasamón, asentamiento campamental augusteo, que plantea una problemática especial (figura 7) (30).

todo el «territorium» de la legión que, a juzgar por los hitos augustales, era muy extenso y un importante foco de atracción de inmigrantes. J. Cortés afirma que el territorio no estaba muy poblado y se dedicaba sobre todo a la explotación ganadera, mientras el bosque ocupaba extensas zonas, y sólo a raíz de la crisis alimentaria que se registra en el Imperio desde principios del siglo II, las tierras comienzan a cultivarse bajo los efectos de la «Lex Manciana», promulgada por Adriano. Esta ley determina que cualquiera puede recibir tierras incultas de dominio público o imperial teniendo derecho a recoger la cosecha. La arqueología confirma la aparición de numerosas villas rústicas de entidad media en este momento (27). Ejemplos de éstas son las de Olmos de Ojeda, Valdemiranda, así como la primera fase de la villa de Villabermudo, a 5 kilómetros de Herrera.

Esta estructura de propietarios medios cambia a raíz de la crisis del siglo III. Pisoraca continúa habitada, pero en su hinterland se produce una clara jerarquización de las villas, fenómeno similar a otras zonas. La villa de Villabermudo se convierte en un importantísimo asentamiento, a juzgar por los materiales; con estas mismas características se mantiene la de Olmos de Ojeda; surge la villa de Ventosa de Pisuerga, así como la de Prádanos de Ojeda y Villorquite de Herrera, que junto con la de Valdemiranda son de menor entidad. En conjunto delimitan un radio de 15 kilómetros alrededor de Herrera.

Desde el siglo IV se pone de manifiesto un resurgir del indigenismo; los movimientos de agitación social y la presencia bárbara acaban por

desintegrar la estructura romana y provocan la reabsorción del territorio por parte de los Cántabros. El hecho de que Pisoraca vuelva a ser campamento militar en época visigoda, de nuevo contra los Cántabros, avala la calidad del emplazamiento.

Junto al núcleo de Pisoraca conocemos otros asentamientos en el valle del Pisuerga. El límite Sur de la zona comprendida en nuestro estudio se sitúa en la mansio de Desorbriga, identificada en el pago «Las

EL VALLE DEL CARRION

Es de menor extensión que el del Pisuerga y permanece al margen de la red principal de comunicaciones. Carece de un núcleo de la importancia de Herrera y ha sido menos atendido por la investigación. Sus asentamientos son más reducidos, dedicados a la explotación agrícola. El más importante se localiza en el centro del valle, Saldania, en el des-

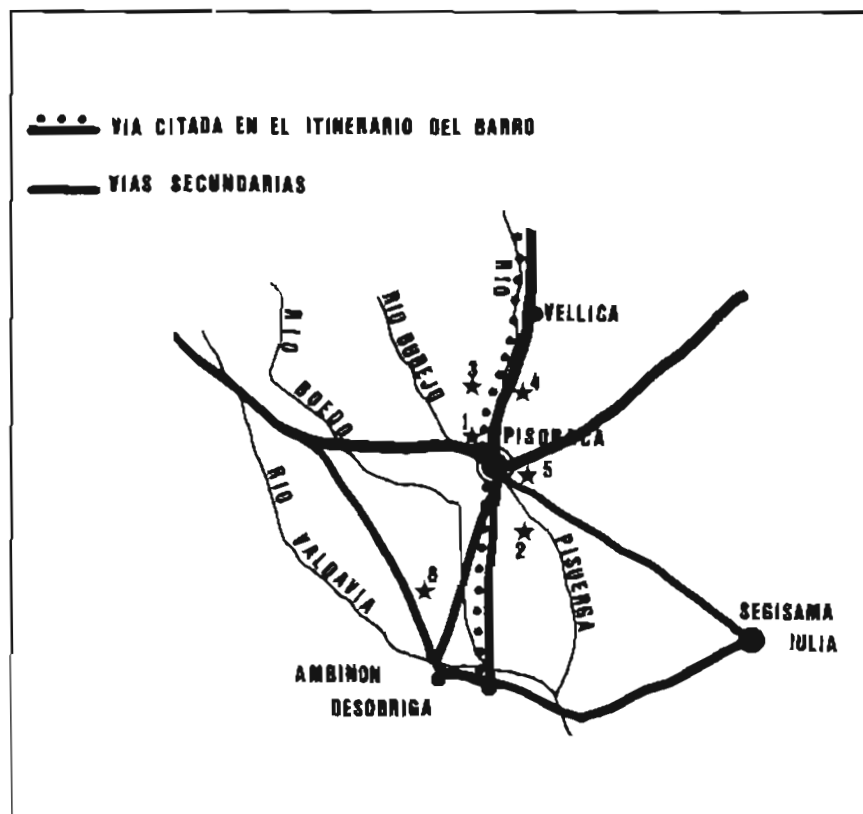


Figura 7. Distribución de yacimientos en el Alto Valle del Pisuerga. Los números corresponden a asentamientos rústicos tipo «villae»: 1. Villabermudo. 2. Ventosa de Pisuerga. 3. Prádanos de Ojeda. 4. Olmos de Ojeda. 5. Valdemiranda. 6. Villorquite de Herrera.

poblado «La Morterona», excavado actualmente por J. A. Abasolo, que ha evidenciado un asentamiento prerromano aún no definido con exactitud, continuado en época romana. Se sitúa en un elevado castro, a 1.000 metros de altitud, rodeado por cursos de agua por dos de sus lados. Durante el siglo I se rodea de una fuerte muralla, pero entre éste y el siglo IV hay un vacío documental. En este período se utiliza una necrópolis bien conocida, emparentada con las necrópolis del Duero por el ajuar. En época visigoda continúa el asentamiento, con otra necrópolis superpuesta a la anterior, y una ceca de aparición esporádica. Nunca debió ser un poblado muy importante, tan sólo centro y mercado local, pronto eclipsado por la cercana y potentísima villa de «La Olmeda», que debe subordinarlo tempranamente (31).

Aguas arriba se emplaza Velilla del Guardo, la antigua Tamarica o Fontes Tamaricas, citada por las fuentes y ligada a la explotación de hierro. Esta ha sido explorada parcialmente por A. García y Bellido (32); al Sur de Saldaña las fuentes sitúan la mansión de Lacobriga, en Carrión de los Condes, donde el paisaje se transforma y el valle se abre (33), prolongación del valle del Carrión por la izquierda lo constituye el pequeño valle del río o arroyo de la Cueva, separados por tiertras de páramos, por el que corre la vía hacia Asturica y se sitúa la mansio Viminatium, junto a Calzadilla de la Cueva. Hemos de citar asimismo la mansio de Ambinon, posiblemente Abia de las Torres, y un poblado no citado por las fuentes en Velillas del Duque.

Entre los asentamientos rústicos destaca, por su propia importancia, la villa de La Olmeda, en Pedrosa de la Vega, conocida por las publicaciones de Palol y J. Cortés. Presenta dos fases, una más modesta, del siglo I al III y otra, mucho más importante de principios del IV, que se mantiene hasta el V y probablemente hasta el VI. La envergadura de esta última fase es tal que se ha llegado a aventurar la teoría según la cual el gran propietario aristócrata pudo estar relacionado con la fa-

milia imperial, extremo difícil de probar. La villa debía cultivar una enorme extensión de tierra en la margen derecha del Carrión, entre Saldaña y Carrión de los Condes, junto con los bosques y pastos de las alturas cercanas, dedicados a la caza y la cría caballar (34).

La villa de Quintanilla de la Cueva, excavada parcialmente por M. A. García Guinea, debió de tener una extensión e importancia similar en la organización y explotación de la zona, a juzgar por sus restos materiales. Se sitúa a orillas del arroyo de la Cueva, junto a la man-

legaciones» de la villa de La Olmeda. Son las de Relea, Velillas del Duque, Quintanilla de Onsoña y las dos conocidas como «Los Mozos» junto a La Serna, con materiales que van del I al V (36) (figura 8).

CONSIDERACIONES FINALES

Nos parece muy arriesgado elaborar unas conclusiones a la vista de los escasos datos arqueológicos

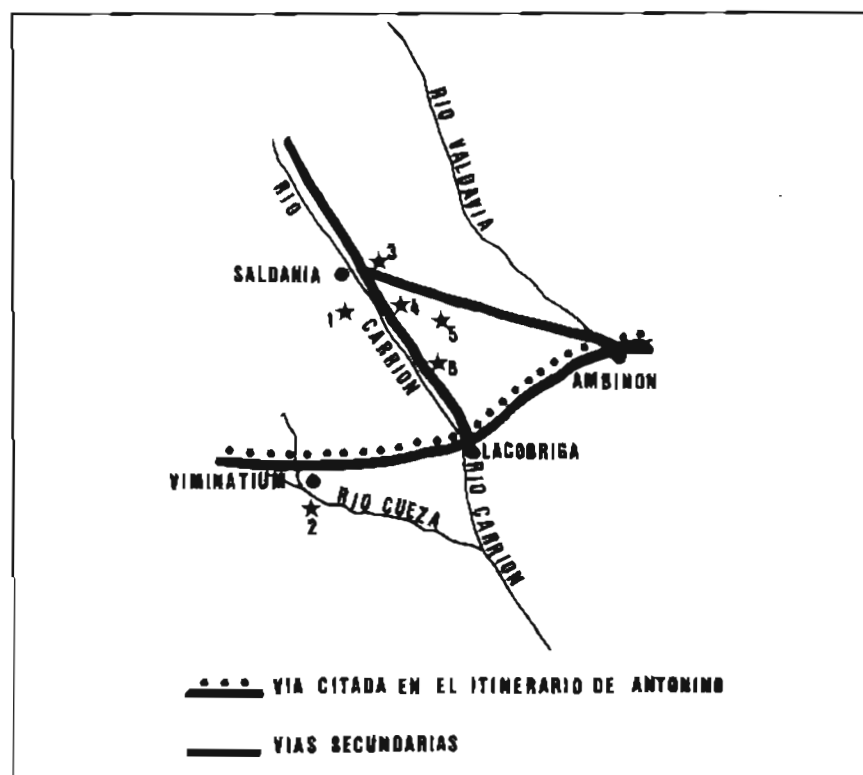


Figura 8. Distribución de yacimientos en el valle del Carrión. Los números corresponden a las siguientes villas: 1. Pedrosa de la Vega. 2. Quintanilla de la Cueva. 3. Relea. 4. Velillas del Duque. 5. Quintanilla de Onsoña. 6. La Serna.

sio de Viminatium y en el Bajo Imperio concentraría la explotación de la cuenca del pequeño río Cueva, siguiendo la vía romana Caesar Augusta-Asturica (35).

En la margen izquierda del río Carrión y siguiendo la vía que asciende desde Lacobriga-Carrión hacia Saldaña, se disponen varias villas rústicas menores, quizá por la fertilidad más baja del terreno donde se asientan o por ser simples «de-

que poseemos. Sin embargo, teniendo en cuenta esto, podemos hacer las siguientes consideraciones:

En primer lugar, la especificidad de la zona estudiada respecto al valle del Duero debido a su proximidad a las montañas cantábricas y a la presencia de pueblos con un estadio de civilización muy distinto a los de la Meseta. Comporta rasgos de la montaña y la llanura, pero puede individualizarse geográfica y antro-

pológicamente. En cualquier caso, todo juicio sobre su nivel de romanización es problemático por esta razón.

En segundo lugar, se definen claramente dos áreas, a pesar de la similar oferta del medio: por un lado, el valle del Pisuerga y, por otro, el del Carrión-Cueza. Este último es un valle agrícola y ganadero, con pequeños centros comerciales, mientras que aquél es, además de esto, un nudo estratégico y comercial de primer orden, llave de las comunicaciones entre la Meseta y el Cantábrico.

En tercer lugar, siguen una evolución paralela. Durante todo el siglo I los problemas derivados de la ocupación militar y el descenso demográfico producido por las guerras cántabras lastraría la incorporación económica de estas tierras, que se relanza desde principios del siglo II bajo la influencia de la «Lex Manciana». La crisis del siglo III transformó indiscutiblemente la or-

ganización de la propiedad y la explotación rural. Debido a la crisis se produjo una fuerte jerarquización de asentamientos, mientras los antiguos poblados rurales, que no habían desaparecido, debieron surgir de mano de obra a las villas próximas. Sin lugar a dudas, es en este momento cuando los habitantes de la región se incorporan definitivamente a las estructuras socioeconómicas romanas.

En cuarto lugar, las conexiones comerciales entre ambos valles no eran muy intensas. Los Vacceos debían dominar el Carrión mientras que el Pisuerga lo estaba por los Turmogos durante la época prerromana. La separación entre estos pueblos se situaría en las alturas que los separan, que debían constituir una barrera de cierta envergadura y un espacio poco poblado. Por otra parte, poco podían ofrecerse entre sí salvo productos importados, y en todo caso el valle del Carrión quedaba más vinculado al

valle del Duero y al del Ebro, mientras el Pisuerga tenía conexión directa con el mar, y relativamente fácil. Los restos malacológicos de La Olmeda pudieron venir a través del Pisuerga, pero no hay constancia de tal comercio.

Finalmente, podemos deducir que las ciudades nunca estuvieron muy desarrolladas. Los pequeños centros urbanos eran lugares de intercambio y desde el siglo III debieron cerrarse más sobre sí mismos y, a veces, pasar a depender de poderosas villas cercanas como la de Pedrosa de la Vega. La misma Pisora nunca fue más que un mercado local, con algunos productos de comercio a larga distancia como la Terra Sigillata Aretina o Gálica, restringidos tras la marcha de la legión y más aún en el siglo III, si bien en sus alrededores parece que no surgen grandes villas bajo imperiales, quizá porque con su extenso territorio resistió mejor la crisis.

NOTAS

(1) El primer trabajo de conjunto elaborado científicamente es el de Wattenberg, F.: *La región Vaccea. Celiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero*. Biblioteca Prehistórica Hispánica, volumen II, Madrid, 1959.

(2) Palol, P. de: *Castilla la Vieja entre el Imperio romano y el reino visigótico*. Valladolid, 1970; y García Merino, C.: «Análisis sobre el estudio de la demografía en la antigüedad y su nuevo método para la época romana». *Studia Arqueológica* 26, Valladolid, 1974, y su estudio más desarrollado: *Población y poblamiento de Hispania romana: el Conventus Cluniensis*. Valladolid, 1975.

(3) Sería muy prolijo registrar todos los estudios que han aportado algo a la cuestión desde cualquier punto de vista. Basta destacar los de Abasolo Álvarez, J. A.: «La época romana» en la Historia de Burgos, Burgos 1985; Balmaseda, J. L.: «El territorio palentino en época romana», Historia de Palencia de J. González, Palencia, 1984; Mañanes, T. y Solana, J. M.: *Ciudades y vías romanas de la Cuenca del Duero*. Valladolid, 1985; García Moreno, L. y Sayasa Bengoechea: *Romanismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos (siglos IV-X)*. Barcelona, 1981.

(4) Entre los trabajos acerca de villas romanas en la Meseta Norte hay que señalar entre otros los de De Palol, P. y Cor-

tés, J., referidos a la villa de Pedrosa de la Vega, Ortego, T. sobre «Los Quintanares» de Soria, Lucas, R. sobre la villa de Aguilafuente, Argente, J. L. sobre Baños de Valdearados, etcétera. Referido exclusivamente a las villas palentinas el trabajo de Torres, M. L.: «Villas romanas palentinas». Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses 33, 1972, páginas 279-285.

En general podemos afirmar que las villas han sido los asentamientos más excavados de la región, aunque ninguna lo ha sido sistemáticamente.

(5) Roldán Hervás, J. M.: *Hispania y el ejército romano*, Salamanca, 1974.

(6) Sobre este tema véanse los ya citados de García Merino, C.: *Población y poblamiento...*, y de Palol, P.: *Castilla la Vieja...* entre otros.

(7) Acerca de la crisis del siglo III véanse de Palol, P.: «Palencia al final del mundo antiguo», *Actas I Congreso Historia de Palencia*, Tomo I, páginas 345 y siguientes, Palencia, 1987; Balil, A.: «Las invasiones germánicas en Hispania durante la segunda mitad del siglo III». *Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Arqueología en Roma*, Roma, 1957, páginas 95-143; Sagredo, L.: «Sobre la supuesta invasión del siglo III d. C. en la Meseta Norte», *Actas I Congreso Historia de Palen-*

cia, Palencia 1987, páginas 531 y siguientes.

(8) Para el tema de las necrópolis del Duero pueden verse entre otros los trabajos de de Palol, P.: «Las excavaciones de San Andrés del Arroyo. Un conjunto de necrópolis tardorromanas en el Valle del Duero». BSEAA 24, 1958, páginas 208 y siguientes; también de Palol: «Necrópolis hispanorromanas del siglo IV en el Valle del Duero III. Los vasos y recipientes de bronce», BSEAA 36, 1970, páginas 205-236; el último trabajo sobre el tema de las necrópolis del Duero es el de Fuentes, A.: *La necrópolis tardorromana de Albalade de las Nogueras y el problema de las «Necrópolis del Duero»*. Excelentísima Diputación Cuenca, Cuenca 1989; sobre las invasiones Balil, A.: «La defensa de Hispania en el Bajo Imperio. Amenaza exterior e inquietud interna». Legio VII Gemina, León, 1970 y Arce, J.: *El último siglo de la Hispania romana: 204-409*, Madrid, 1982.

(9) Los problemas planteados por las guerras cántabras, en especial su escenario geográfico ha sido un tema tan ampliamente tratado que resulta imposible recoger aquí todos los estudios. Como básicos podemos citar a Magie, D.: «Augustus war in Spain (26-25 BC)» *Classical Philology* XV, 1920, páginas 323-329; Syme, R.: «The Spanish war of Augustus», *American Journal of Philology* LV, 4, 1934, pá-

ginas 293-317 y su revisión «The conquest of North-West Spain» Legio VII Gemina, León 1970, páginas 218-246; Schulten, A.: *Los Cantabros, Astures y su guerra contra Roma*, 2.ª ed. Madrid 1962; García y Bellido, A.: «Excavaciones en Iuliobriga y exploraciones en la región cantábrica». EAE V, 1956-61, páginas 218-246; *idem* con Fernández Avilés y García Guinea: «Excavaciones y exploraciones en Cantabria». Anejos AESPA 1970; González Echegaray, J.: *Los Cantabros*, 2.ª ed., Santander 1986 y *Cantabria antigua*, Santander, 1986; Rodríguez Colmenero, A.: *Augusto e Hispania. Conquista y organización del Norte peninsular*. Cuad. Arq. Univ. Deusto 7, Bilbao 1979; Solana, J. M.: *Los Cantabros y la ciudad de Iuliobriga*, Santander, 1981.

(10) Sobre Monte Bernorio el más interesante es San Valero Aparisi, J.: «Excavaciones arqueológicas en Monte Bernorio (Palencia): 1.ª Campaña: 1943 Comisión General de Excavaciones Arqueológicas: Informes y Memorias 5, Madrid, 1944, páginas 1-51, y «Monte Bernorio. Aguilar de Campo» (Palencia).» EAE 44, Madrid 1966; sobre Cildá García Guinea, M. A.; González Echegaray, J.; y San Miguel, J. A.: «Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia)», EAE 61, Madrid, 1966 y la segunda fase de las excavaciones, publicada en 1973: «Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia), 1966-69», EAE 82.

(11) García y Bellido, A.: «Herrera de Pisuerga». EAE 2, Madrid, 1962; «Excavaciones en Iuliobriga...»; «Excavaciones y exploraciones en Cantabria...»; «L. Terentius, figlinarius en Hispania de la Legio III, Macedonica». *Hommages a Leon Herrmann*, col. Latomus, volumen XLIV, Bruselas, 1960, páginas 374-382; «Téssera Hospitalis del año 14 de la era, hallada en Herrera de P.» BRAH 159, 1966, páginas 149-166.

(12) Entre las publicaciones de este autor podemos destacar: Pérez González, C.: «Villabermudo, la villa más al Norte de Palencia», P. I. Tello Téllez de Meneses 43, 1979, páginas 23-67; «Pisoraca, desde sus orígenes hasta los Visigodos», PITT 45, 1981, páginas 25 y siguientes; Pérez, C. y Fernández Ibáñez, C.: «Relaciones entre tres importantes asentamientos del Norte de España: Pisoraca-Iuliobriga-Flaviobriga». II Reunión Arq. Espacial, 5, Teruel, 1984, páginas 21 y siguientes; «El desarrollo urbanístico de Herrera de Pisuerga (Palencia) según la repartición de las marcas de alfarero en Terra Sigillata». Arq. Espacial 10, Teruel, 1984, páginas 45-56; «Nuevos platos-fuentes de Terra Sigillata Hispanica en la Provincia de Palencia» I Congreso Historia de Palencia, Palencia 1987, páginas 485-494; *idem* con Illarregui, E.: «Las llamadas cajitas celtibéricas de época romana de Villabermudo». Actas II Congreso Historia de Palencia, Palencia, 1989 (e. p.); por último su tesis Doctoral recientemente publicada: *La cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia-Es-*

paña). La Terra sigillata. Univ. Int. SEK Santiago de Chile, 1989.

(13) Gamarra Caballero, J. M.: «El alto valle del Pisuerga en época romana» PITT 59, Palencia 1989, páginas 241-296; Nuño González, J.: «Poblamiento de época romana en el Valle de la Ojeda (Palencia)». Actas II Congreso Historia de Palencia, Palencia 1989 (e. p.).

(14) Abasolo, J. A.; Cortés, J. y VVAA: *Excavaciones en el yacimiento de La Morterona, Saldaña (Palencia)*. Excelentísima Diputación de Palencia, 1984; Bohigas Roldán, «El alfar alto de La Morterona (Saldaña, Palencia)» II Congreso, Historia de Palencia, Palencia, 1989 (e. p.); Pérez Rodríguez, F.: «Nuevas investigaciones en torno a la antigua ciudad de Saldaña». Actas II Congreso Historia de Palencia, Palencia, 1989 (e. p.).

(15) Véase de Palol, P. y Cortés, J.: «Una nueva villa romana en Pedrosa de la Vega (Palencia)», BSEAA 33, Valladolid, 1967, páginas 232 y siguientes; de los mismos: *La villa romana de La Olmeda. Pedrosa de la Vega (Palencia)* Acta Arqueológica Hispánica 7, Madrid, 1976; *idem*: *Guía de las Excavaciones*. 3.ª, Palencia, 1986; de Palol, P.: «Revisión de viejas hipótesis sobre la villa y necrópolis de La Olmeda», II Congr. Historia de Palencia, 1989 (e. p.).

(16) Abasolo Alvarez, J. A.: «Notas sobre el campamento romano de Sasamón (Burgos)» Pyrenae 11, 1975, páginas 127-132; *idem*: *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos judiciales de Castrojeriz y Villadiago*. Excelentísima Diputación Burgos, 1978.

(17) Nos conformamos con citar aquí los más recientes: Roldán, J. M.: *Itinerario Hispania*, Valladolid, 1975; Mañanas, T. y Solana, J. M.: *Ciudades y vías romanas...*; Abasolo, J. A.: *Comunicaciones de época romana en la provincia de Burgo*, Burgos, 1975.

(18) Solana, J. M.: *Los Cantabros y la ciudad...*

(19) Pérez González, C. y Fernández Ibáñez, C.: «Relaciones entre tres importantes...».

(20) Cortés, J. y Ríos, D.: «Aportación a la carta arqueológica de Palencia: yacimientos en la margen izquierda del río Carrión entre Saldaña y La Serna», PITT 43, Palencia, 1979, páginas 43 y siguientes.

(21) Sobre la cuestión de la autenticidad del Itinerario del Barro entre otros: Schulten, A.: *Los Cantabros, Astures y su guerra...* páginas 174-181 y 190-194; Blázquez, A.: «Cuatro tésseras militares», BRAH LXXVI, Madrid, 1920, páginas 99-106; García y Bellido, A.: «El llamado Itinerario del Barro», BRAH 172, Madrid, 1975, páginas 547-563; Roldán Hervás, J. M.: «Las Tablas de Barro de Astorga, ¿una falsificación moderna?», Rev. Zephyrus 23-4, 1972-3, páginas 221-223.

(22) Esta tesis es expuesta por Pérez González y Fernández Ibáñez en su trabajo: «Relaciones entre tres importantes

asentamientos...».

(23) Pérez González, C.; Arana Montes, M.; y Pérez González, María L.: «Pisoraca, desde sus orígenes...».

(24) Homo, L.: *El Imperio romano*, Madrid 1972, página 134.

(25) Sobre las teorías de localización de la Legio III Macedonica en España resultan imprescindibles: García y Bellido, A.: «Excavaciones en Iuliobriga y exploraciones...»; *idem*: «Herrera de Pisuerga...»; *idem*: «El exercitus hispanicus desde Augusto a Vespasiano». AEA 34, 1961, páginas 114-160, así como «Excavaciones y exploraciones en Cantabria...»; García Díaz, R.: «Hitos terminales del campamento de la Legio III Macedonica en Cantabria». AEA 17, 1945; Schulten, A.: *Cantabros y Astures...*; González Echegaray, J. y Solana, J. M.: «La Legio IV Macedonica en España». Hispania Antigua V, Valladolid, 1975, páginas 151 y siguientes; Solana, J. M.: *Los Cantabros y la ciudad...*; además, todas las publicaciones de Pérez González citadas en la nota 12.

(26) Sobre estos materiales contamos además con los estudios puntuales de Vigil, M. y Balil, A. Del primero «Vidrios de la provincia de Palencia», AEA 31, 1958, páginas 211-214 y «Vidrios procedentes de Herrera de Pisuerga», AEA 32, 1959, páginas 161-163; de Balil, A.: «Varia Hellenístico-romana (sobre la cerámica puteolana en España)», AEA 37, 1964, páginas 164 y siguientes; «Notas de arqueología palentina», PITT 37, Palencia 1976, páginas 63-71 y «Notas de arqueología palentina» PITT 40, Palencia 1978, páginas 207-209.

(27) Cortés, J.: «Aportación a la carta arqueológica...».

(28) Sobre Osorno: Fernández Ochoa, C.: «Vasos de Terra Sigillata Hispanica de Osorno (Palencia)». Cuad. Preh. y Arq. UAM 5-6, 1978-9, páginas 143-162; Rodríguez Rodríguez, A.: «Acercas de un lote de Terra Sigillata Italica y Galica conservada en Osorno (Palencia). II Congreso Historia de Palencia, Palencia, 1989 (e. p.).

(29) García Guinea, M. A. y VVAA: «Excavaciones en Monte Cildá...», 1966 y 1973.

(30) Abasolo, J. A.: «Sobre el campamento romano de Sasamón...».

(31) Abasolo, J. A.: *Excavaciones en el yacimiento de La Morterona...*

(32) García y Bellido, A. y Fernández Avilés, A.: «Fuentes Tamaricas (Velilla, Palencia)». EAE 29, Madrid 1963.

(33) Martínez Pérez, L.: «Estudio monográfico sobre Lacobriga, ciudad celta en el país de los Vaccos», PITT 23, Palencia 1963, páginas 37-64.

(34) Véase supra nota número 15.

(35) García Guinea, M. A.: «Mosaicos tardorromanos de la villa de Quintanilla de la Cueva». Symposium de Arqueología Romana de Segovia. Barcelona, 1977; y del mismo autor *Guía de la villa romana de Quintanilla de la Cueva*. Palencia, 1982.

(36) Cortés, J.: «Aportación a la carta arqueológica...».

LA MUJER EN EL CONTEXTO PALEOCRISTIANO HISPANICO

María Angeles ALONSO SANCHEZ

Universidad Autónoma de Madrid

Es evidente que el interés por el tema de la mujer ha alcanzado en estos últimos años cotas no soñadas en fechas anteriores. Se investiga, se escribe, se discute sobre la mujer y esto tanto desde las diversas disciplinas (teología, sociología, antropología, literatura, historia..., etcétera) como desde los diversos puntos de vista que corresponden a una cultura plural, en la que se imponen los procesos interdisciplinares. Y no es el tema menos tratado el de la mujer y su relación con el primer cristianismo. Nosotros mismos hemos publicado recientemente un estudio de carácter general sobre el tema, con la pretensión de ofrecer una panorámica de la mujer paleocristiana desde los datos arqueológicos (1). Sin embargo, en este artículo que hoy presentamos, hemos querido acotar el espacio y reducir nuestro campo de investigación a la península ibérica. Así pues, trataremos de aportar, con la concreción que permita el reducido y obligado número de páginas al que hemos de someternos, un esbozo de la mujer hispana de los primeros siglos del cristianismo, concretamente durante el período histórico de los siglos III al VI, que es el espacio temporal para el que tenemos datos fiables en la Península. Y haremos esta aproximación tanto desde los textos como desde los no muy numerosos testimonios arqueológicos que de ese contexto nos han llegado.

Hay que señalar, de entrada, que la mujer hispanorromana —que es la que nutre las filas cristianas—, es una mujer que muestra «un alto grado de emancipación» y una «plena inserción en las costumbres pro-

pias de la época», según las conclusiones a las que ha llegado en su investigación, basada en las fuentes epigráficas, Javier del Hoyo Calleja (2). Desciende este autor en su reciente publicación a datos muy concretos en orden a esa inserción, como es que «las mujeres hispanorromanas participan de la costumbre del baño público no sólo acudiendo a las termas sino también colaborando en su construcción o financiando su mantenimiento». Además «las hispanorromanas acuden y costean igualmente espectáculos públicos (juegos de circo y quizá teatro), celebran banquetes y costean obras públicas (templos, mausoleos, restauración de edificios)». También es un hecho confirmado que la mujer «recibe distintos homenajes dentro del municipio. El más común es el pedestal honorífico con su estatua» (60 casos atestiguados en la Tarraconense). Pero también es homenajeada de otros modos (pago del entierro, del lugar de sepultura, etcétera). Queda claro también, a través de los datos epigráficos, que la mujer hispanorromana tiene capacidad para testar y para ser heredera. Así pues ésta es la «materia prima» de la que brotarán las primeras mujeres cristianas de la Península.

LA MUJER HISPANO-CRISTIANA EN LAS FUENTES ESCRITAS

Pero ¿qué sabemos de la mujer hispanorromana que se hace cristiana? Veamos en primer lugar las no-

ticias de las fuentes escritas. Y comencemos por los datos que proporciona la epigrafía. Los repertorios (3) han recogido una gran abundancia de lápidas funerarias, dedicadas a mujeres cristianas unas, y otras a allegados a los que éstas les dedican la inscripción. Sin embargo, en estas lápidas, contrariamente a lo que ocurre en Roma (4), no se dan apenas otras noticias que el nombre y la noticia de la muerte con frase inequívocamente cristiana. Nada sabemos de su posición social, su trabajo o de otros detalles de su persona. En cambio, aparecen con frecuencia frases y calificativos que aportan una pincelada espiritual, dentro de su identificación cristiana. Es frecuente encontrar, tras el nombre, el calificativo de «sierva de Dios», «sierva de Cristo», «muchacha de Cristo», «virgen de Cristo», «virgen inmaculada en nombre de Dios», «dulce ánima», «mujer honesta»... Hay incluso una lápida (5) procedente de la Bética, en la que se hace esta hermosa profesión de fe: «Justa, sierva de Dios, que vivió más o menos cincuenta años. Creo que mi Redentor vive y que en el último día hará resucitar mi piel y en mi carne veré al Señor.»

Más elocuentes son las noticias que tenemos sobre algunas mártires hispanas, noticias contenidas en el Pasionario Hispánico (6) donde se recogen textos, sin duda alguna muy anteriores, de más o menos solvencia.

Hay que admitir que ciertas figuras, probablemente históricas, como son Engracia de Zaragoza (incluida por Prudencio Clemente entre los 18 mártires cesaraugustanos) o Leocadia de Toledo (en cuyo ho-

nor se levantó la basílica que sirvió de sede a varios concilios toledanos), no cuentan con datos biográficos suficientes como para que podamos formarnos una idea de sus personas. Sin embargo, existen otras figuras, que ofrecen un gran interés, para las que poseemos datos que nos dan su perfil humanocristiano de modo que podemos llegar a conocerlas desde una cierta proximidad. Tal ocurre con Justa y Rufina de Sevilla y con Eulalia de Mérida. Estas tres mujeres, que no son sino una muestra de las más numerosas que sufrieron el martirio en tierra hispana, nos parecen en cierto modo un prototipo muy estimable.

Justa y Rufina (7), que alcanzaron la palma del martirio en Sevilla durante la persecución de Diocleciano, eran dos vendedoras de cerámica popular. Nos las imaginamos detrás de su tenderete de cacharros, voceando con garbo la mercancía, en una calle cualquiera del barrio viejo de Sevilla. Allí estaban cuando, con ocasión de las fiestas paganas de Adonis-Salambó (8) (que se celebraban el 17 de julio), enfiló la calle el cortejo de danzantes que, como otros años, recorría la zona llevando a hombros la imagen de Salambó y pidiendo donativos. Es probable que el donativo pedido a Justa y Rufina fuera una vasija de cerámica, pues sabemos que entre los ritos de este culto figuraba plantar en macetas pequeños «jardines de Adonais». Las dos mujeres se resistieron y es más, increparon al cortejo diciendo: «Nosotras damos culto a Dios, no a este ídolo fabricado, que no tiene ojos ni manos ni pies, ni vida ninguna propia. A no ser que necesite una limosna o padezca necesidad, nosotras no le damos.» Entonces el que llevaba el ídolo, enojado, arremetió contra el puesto de cerámica y destrozó totalmente la mercancía. La respuesta no se hizo esperar: Justa y Rufina se lanzaron sobre el ídolo y éste cayó al suelo haciéndose pedazos. Este hecho que, según se afirma en el documento de martirio, habría tenido como móvil, no el perjuicio económico recibido sino «para destruir el mal de tan gran indecencia», fue considerado por el presidente Dio-

geniano un sacrilegio y motivó que diera orden de detención de las dos vendedoras. Sometidas a tortura, como las dos mujeres se proclamaran seguidoras de Cristo «Señor de todas las cosas», fueron condenadas a muerte.

Es curioso constatar que este hecho, ampliamente difundido sobre todo en la Bética, no es recogido en los textos hasta el siglo VII. Ni siquiera Aurelio Prudencio Clemente lo menciona. Según opinión de M. Sotomayor (9) es muy probable que en un principio se negara el culto a estas santas por considerar que su martirio era una consecuencia de la provocación ocasionada al destrozarse violentamente la imagen de Salambó. De hecho el Concilio de Elvira, casi coetáneo al hecho del que nos ocupamos, dispuso en el canon 60 que «si alguien destruye los ídolos y le matan como consecuencia allí mismo, como en los evangelios no está escrito ni se sabe que se hiciera nunca nada semejante en tiempo de los apóstoles, pareció bien que no se les considerase como mártires» (10). Y esto a fin de que los gentiles «no tomaran de aquí pretexto para encarnizarse con nuestros templos y contra las personas».

No todos los estudiosos están de acuerdo en considerar que el caso de Justa y Rufina fuera contemplado en este canon ni en que las circunstancias de su muerte (que no fue en el momento de la reyerta sino después y tras los interrogatorios y torturas) pueda ser asimilable a lo que en el concilio se sanciona. A nosotros nos vale para poner de relieve su talante, el de dos mujeres sencillas, trabajadoras, capaces de encararse con los seguidores de Adonis-Salambó y esto no sólo con palabras sino llegando a una acción más contundente. Y que luego proclaman su fe cristiana y se mantienen fieles hasta derramar la última gota de su sangre.

Eulalia de Mérida es la otra gran figura femenina de la época de las persecuciones. Aurelio Prudencio Clemente (11) se refiere a ella en los himnos IV y XI de su «Peristefanon» y le dedica por entero el himno III. Hay también muchas inscripciones diseminadas por la Bética

que se refieren a ella. E incluso su figura mereció quedar perpetuada en la teoría de santos que aparecen en el friso de la izquierda, en mosaico, de San Apolinar Nuevo, en Rávena, del siglo VI. Según los textos Eulalia es una joven, casi una niña, que vive ardientemente su cristianismo y en la que crecen los deseos de martirio. Por esta razón sus padres la llevan al campo, lejos de la ciudad, a fin de obstaculizar sus pretensiones, pero la joven se escapa de noche, retorna a Mérida y se presenta a los tribunales, increpando a los jueces y magistrados. Después de ser torturada a fin de disuadirla, y ante la persistencia de su actitud cristiana, Eulalia es condenada al martirio.

Es indudable que en este relato de Prudencio y aún más en el documento martirial del siglo VII recogido en el Pasionario, hay muchos elementos espúreos que, según M. Sotomayor (12) «distan bastante del ejemplar comportamiento de los mártires cristianos tal como los conocemos por las actas auténticas». Hay además coincidencias literales con otros relatos hagiográficos (por ejemplo con el epigrama de San Dámaso dedicado a Inés y sobre todo con el himno dedicado a la misma santa que se atribuye a San Ambrosio) que hacen pensar en una dependencia, con otras interpolaciones más o menos fantásticas. Lo que sí queda claro de modo incontestable es la existencia de Eulalia, su condición cristiana, su vida y muerte en Mérida, quizá su talante valiente y lleno de audacia, y el imponente eco que su muerte despertó. El propio Prudencio —que escribe apenas un siglo después del martirio de Eulalia— describe la basílica levantada en su honor; y en la crónica de Hidacio, de mediados del siglo V, se afirma que esta basílica fue profanada por el monarca suevo Heremigario. De esta iglesia no nos ha llegado ningún resto arqueológico, aunque sí abundantes noticias, admitiéndose el hecho de que estuviera emplazada en el mismo lugar donde actualmente se levanta la iglesia de Santa Eulalia. Parece que la iglesia tuvo también carácter de panteón episcopal (13). Allí se enterró al famoso obispo Fidel, no le-

jos del altar de Santa Eulalia, siendo sus sepulcros muy visitados por los fieles.

Otros nombres de mártires femininas nos han llegado: Julia en Zaragoza, Sabina y Cristeta en Avila, Treptes en Ecija, Máxima y Julia en Lisboa. La Eulalia de Barcelona —a cuyo favor existen textos litúrgicos desde el siglo VII— parece claro que se trata de un desdoblamiento de la Santa Eulalia de Mérida, lo que vendría a confirmar la gran resonancia que alcanzó su figura.

Pero no sólo nos han llegado noticias sobre las mujeres que sufrieron el martirio. También conocemos a otras cristianas no mártires, de esa primera época, recordadas en los textos. Desgraciadamente las noticias suelen referirse solamente a mujeres de posición relevante. Una de esas es Teresia (14), la esposa de San Paulino de Nola, perteneciente a una rica familia latifundista de la zona madrileña de Alcalá de Henares. Paulino de Nola, que había seguido con éxito el «cursus honorum» llegando a ser cónsul, había ya desempeñado el cargo de gobernador de la Campania cuando, hacia el año 389, en Burdeos, fue bautizado por Delfín, obispo de la ciudad. Fue después de este acontecimiento cuando Paulino vino a España y se casó con Teresia, también cristiana. Sabemos que tuvieron un hijo que murió pocos días después de nacer, en el año 391, y que sus padres lo sepultaron en Alcalá, junto al sepulcro de los mártires Justo y Pastor. Es este dato, recogido en un escrito de Paulino de Nola, uno de los pocos testimonios que tenemos sobre la existencia, en Alcalá, de una basílica paleocristiana, donde estarían las tumbas de los santos niños.

Poco después Paulino y Teresia venden su extenso patrimonio y deciden retirarse de todo para dedicarse a una vida ascética. En las navidades del año 394 Paulino es ordenado sacerdote en Barcelona por el obispo Lampio, y al año siguiente viaja, juntamente con su esposa, a Nola donde fundan una comunidad religiosa, de la que ambos formaban parte. Sabemos que más tarde Paulino fue nombrado obispo de aquella ciudad.

Pero no es este el único matrimonio cristiano del que tenemos noticia. A través de dos cartas de San Jerónimo conocemos a un matrimonio de la Bética, Licinio y Teodora, de los que el santo hace un gran elogio por su caridad con los pobres y por su amor a las Sagradas Escrituras. Según San Jerónimo (15), Licinio había enviado seis amanuenses a Belén a fin de que copiasen las obras de Jerónimo, entre ellas la versión latina que aquél realizaba de la Biblia. Es, pues, Licinio el primero que introdujo la Vulgata en España, hacia el año 398. Por cierto que San Jerónimo alude en su carta 71 a que había tenido que advertir a los amanuenses que confiriesen con mayor atención la copia con el original, pues eran muchos los errores que hacían, y advierte a Licinio que no había podido hacer una relectura final de las copias, por lo que, si algo encontraba equivocado, debía atribuirlo no a él sino a descuido o impericia de los copistas. Refiriéndose a Teodora dice Jerónimo a su marido: «Tienes contigo a una compañera en el espíritu, que antes lo era en la carne (...) bajo el mismo yugo corre juntamente al reino del cielo» (16). Y ante la consulta hecha por Licinio y Teodora de si debían ayunar los sábados y si era conveniente comulgar todos los días, «como era costumbre en la iglesia romana y en la de España», San Jerónimo les responde que «se deben observar las tradiciones eclesiásticas como las han transmitido los mayores» y que ambas cosas son buenas, «pero que cada provincia abunde en su sentido e interpreten las leyes apostólicas según los preceptos de los mayores».

Otra mujer de gran relieve en la comunidad cristiana de Hispania es Egeria, natural del noroeste de la Península y pariente, con toda probabilidad, del Emperador Teodosio (378-395) quien, como se sabe, fue natural de Cauca (la actual Coca, en la provincia de Segovia), entonces perteneciente a la Gallaecia.

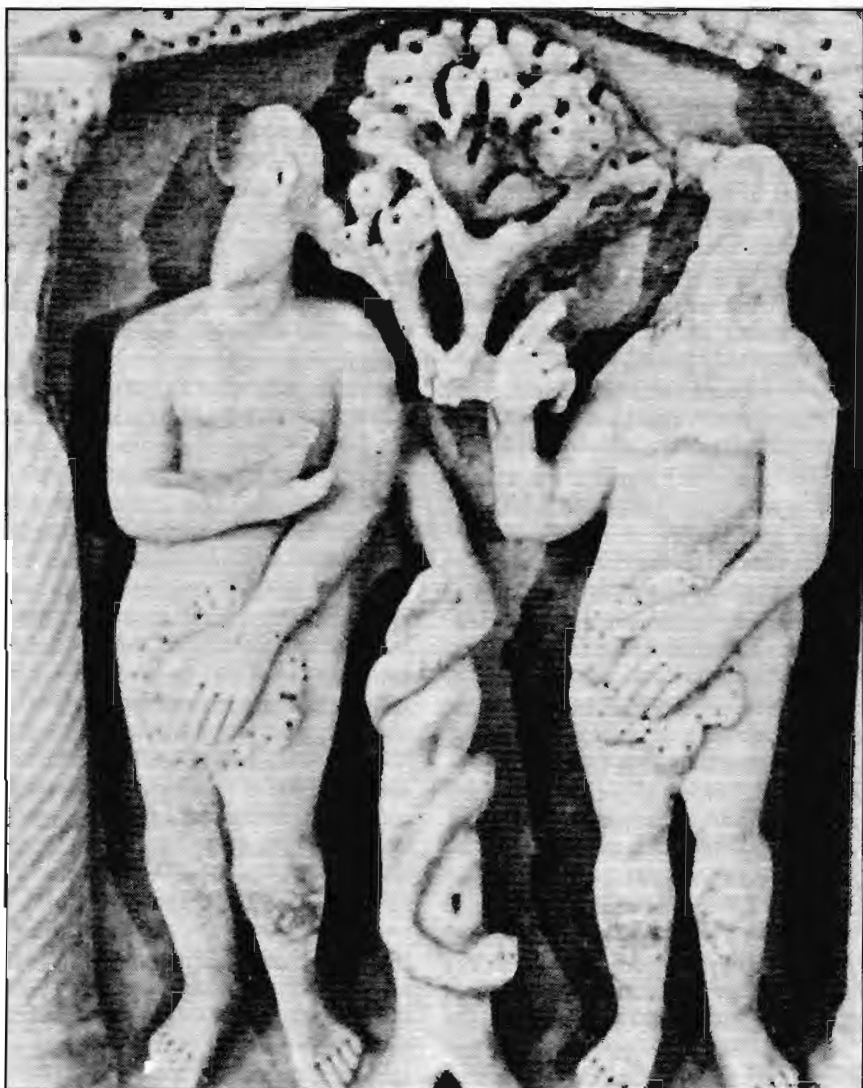
Egeria realiza, del 380 al 384, un largo viaje, que más bien podemos calificar de peregrinación. En primer lugar se desplaza a Constantinopla, donde permanece más de un año, y después recorre todo el orien-

te cristiano de entonces, deteniéndose a su regreso en algunos lugares de Mesopotamia. Pero la gran aportación de Egeria es el itinerario (17) que escribe, en el que cuenta su viaje, describiendo edificios, narrando visitas y contactos y dando cuenta de las liturgias y funciones eclesiásticas en las que participa, bien en Jerusalén o en otros lugares. Es una lástima que el texto no nos haya llegado completo pues falta la parte correspondiente al viaje desde Constantinopla (o quizá desde España) a Jerusalén, pero lo que queda es suficiente para calificar de muy culta a esta mujer, probablemente monja, buena conocedora de la Biblia, que seguramente manejó en una versión griega puesto que aún no existía la Vulgata (Egeria cita en su itinerario 80 veces el Antiguo Testamento y 20 veces el Nuevo), que indudablemente llevaba consigo para leer en cada lugar el texto adecuado, además de otros textos, principalmente las obras de Eusebio de Cesárea.

Las descripciones de Egeria referentes a algunos lugares de Palestina han cobrado interés especial en los últimos treinta años por las confirmaciones que la investigación arqueológica ha dado a los mismos. Baste recordar el detalle de la visita de Egeria a Cafarnaum y la constancia dejada en su texto: «En Cafarnaum —dice— la casa del príncipe de los Apóstoles ha sido convertida en Iglesia: sus paredes están hoy como entonces fueron. Allí curó el Señor al paralítico» (18). Las excavaciones realizadas en la denominada «insula sacra» durante los años 1968-1975 han venido a confirmar que la modestísima casa de Pedro y toda la «insula» fueron modificadas durante la primera mitad del siglo IV, de suerte que la pequeña vivienda vino a ser lo que denominamos una «domus ecclesiae», es decir, un lugar de reunión de la comunidad cristiana. Esa es la «iglesia» que Egeria visitó más de medio siglo antes de que los Bizantinos desmantelaran parte de la «insula» para construir encima la famosa gran iglesia octogonal, vigente hasta que el pueblo de Cafarnaum, en el siglo VII, es invadido por los árabes y comienza su rápida decadencia.

La rica personalidad de Egeria ha sido glosada en una carta del Abad Valerio, del siglo VII, dirigida a los monjes del Bierzo, cuyos monasterios formaban una especie de floreciente Tebaida. En ella se dice, entre otras muchas cosas, que Egeria «guiada por el Señor, llegó a los sacratísimos y suspirados lugares del nacimiento, pasión y resurrección del Señor, y por divesas provincias o ciudades a los sepulcros de innumerables santos mártires, para hacer allí oración y encontrar motivo de edificación. Cuanto más instruida estaba en la santa doctrina, tanto más sentía encendido su corazón en la llama de un deseo santo innarrable» (19).

Otra mujer, también peregrina y seguramente hispana, nos ha sido atestiguada a través de los textos. Se trata de Pomnia (o Poimenia) (20), familiar también de Teodosio, «muy púdica y piadosa», que emprendió un viaje a Oriente, embarcándose en sus propios barcos. Parece que visitó Egipto y concretamente la Tebaida, para después dirigirse a Tierra Santa. Se nos dice también que ella fue quien hizo «construir y rodear de construcciones la iglesia de la Santa Ascensión» (21).



Adán y Eva. Sarcófago de Córdoba (detalle).

LOS DATOS ARQUEOLOGICOS

Los datos que la arqueología paleocristiana hispánica nos aporta sobre la mujer, se reducen casi exclusivamente al área de la iconografía, y más concretamente a los relieves de los sarcófagos, todos ellos datables en los siglos III, IV y V, muchos de ellos de gran calidad y con escenas que, en muchos casos, representan un «unicum». De todos los sarcófagos existentes en España, cerca de 50, completos o en algún fragmento solamente, han sido elaborados en los talleres romanos e importados en época paleocristiana desde allí. Su misma localización en puntos cercanos a la costa o a lo largo de las rutas fluviales, indican que el medio normal de transporte fue

el barco. Quizá esos barcos que trasladaban a Roma las ánforas conteniendo vino o aceite o cualquier otro de los productos que desde aquí se suministraban a la capital del Imperio, pudieron traer en su viaje de venida sarcófagos encargados por los ricos latifundistas cristianos aquí establecidos. También tenemos sarcófagos procedentes de talleres hispanos: están documentados los talleres locales de la Bureba, en la provincia de Burgos, y de Tarragona, éste con evidentes afinidades con los talleres de Cartago. Estos talleres locales florecieron en la última parte del siglo IV y en el siglo V, cuando el trabajo de los talleres romanos decaía hasta cesar en su actividad. Y existen también por

último, unos pocos sarcófagos de otras procedencias, casi todos orientales, cada uno con su peculiar estilo.

Haciendo un recorrido por todos estos sarcófagos encontramos escenas en las que aparecen representadas mujeres. Son, a veces, personajes del Antiguo Testamento, principalmente Eva, siempre unida a Adán. Eva aparece representada tanto en la escena del pecado que se conserva en los sarcófagos hispanorromanos (22) de Astorga (hoy en el Museo Arqueológico Nacional), de Layos (en el Museo Marés de Barcelona), de Córdoba (en el Museo Arqueológico de Córdoba), de Zaragoza (en la Iglesia de Santa Engracia de esta ciudad) y de Rosas

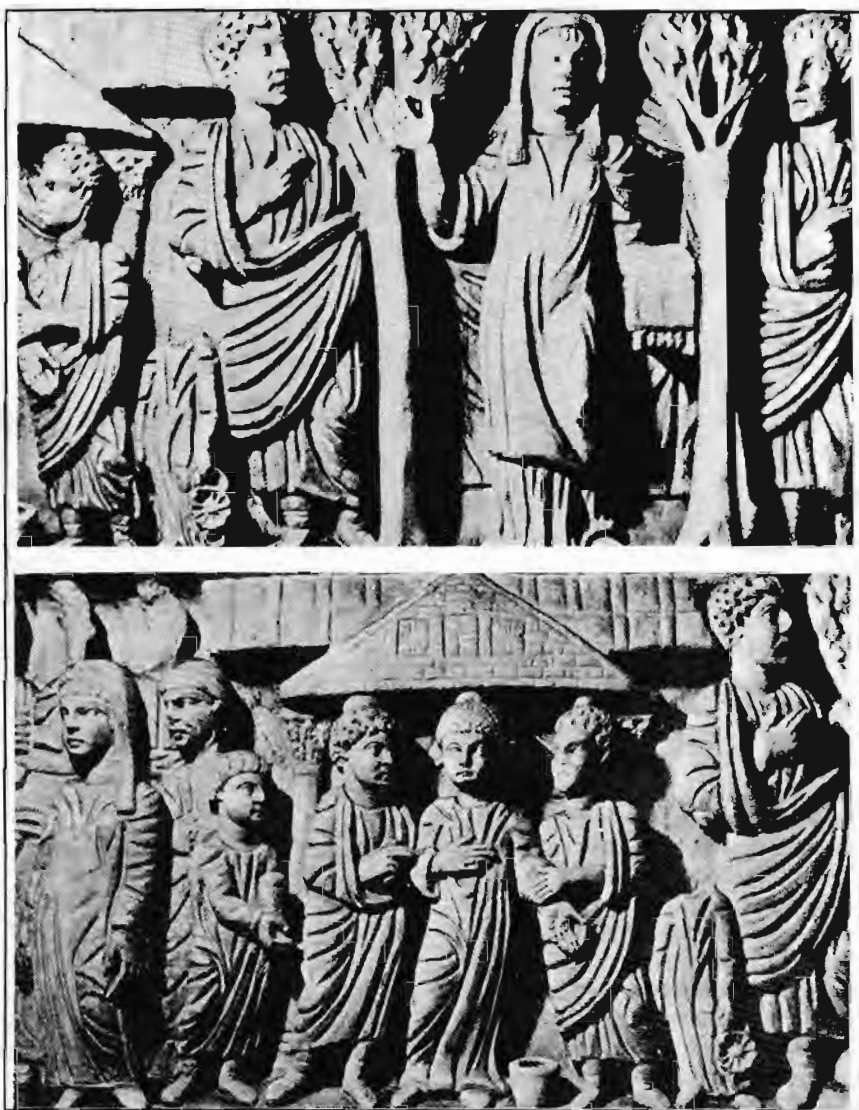
El fragmento conservado en el Museo Arqueológico Provincial de Gerona). Son pues seis ejemplares en los que Eva aparece en la actitud clásica: de pie junto al árbol en el que se enrosca la serpiente, desnuda y sujetando, unas veces con una mano y otras con las dos, la hoja de parra con la que cubre su desnudez. Aparece también Eva en otra escena menos repetida denominada por los estudiosos «la distribución del trabajo» que aquí encontramos dos veces, una en el sarcófago de Zaragoza ya citado y otra en un fragmento de tapa del sarcófago de Yelcla, hoy día en el Museo Arqueológico de Murcia. Este fragmento ofrece además la particularidad de que presenta los símbolos del trabajo que se entregan a nuestros primeros padres cambiados; respecto a lo que es normal en esta escena (relativamente abundante en sarcófagos de fuera de España), es decir, aquí se entregan a Eva las espigas y a Adán el cordero, cuando lo corriente es que las espigas se den a Adán y el cordero a Eva.

Otra figura femenina del Antiguo Testamento que aparece en nuestros sarcófagos es Susana. Solamente la encontramos una vez pero en un sarcófago excepcional que constituye uno de los mejores exponentes existentes en toda la cristiandad. Me estoy refiriendo al sarcófago pre-constantiniano de San Félix de Gerona que se encuentra empotrado en la pared izquierda del presbiterio, en su zona superior. Se trata de un frente de sarcófago todo él dedicado a la historia de Susana (2,08 de largo por 0,56 de alto), esculpido en mármol blanco y cuya historia se narra —cosa poco frecuente en los sarcófagos— de derecha a izquierda (23). Esta particularidad hizo pensar en la posibilidad de que tuviera como prototipo un manuscrito semítico.

Las dos primeras escenas nos presentan a Susana en su casa. En la primera está en el jardín, entre dos árboles (que pueden ser identificados como la encina y la acacia del texto bíblico) tras los cuales aparecen, a uno y otro lado, los viejos. Susana es representada aquí con doble túnica, la cabeza cubierta con un velo y la mano derecha levantada

mientras en la izquierda sostiene, a juicio de Sotomayor, un «codex». La figura de Susana acentúa con su mesura y talante la presentación de la protagonista como «hermosa y temerosa de Dios», que dice el texto. La segunda escena tiene como fondo la casa de Joaquín y Susana, con su tejado cubierto de «tegulae» y de «imbrices». Susana aparece acosada por los viejos que le cogen los brazos a uno y otro lado. Algunos elementos indican que se dispone para el baño: está sin velo, tiene a sus pies un cubo y aparecen dos servidores con los instrumentos apropiados. Susana se lleva la mano derecha al pecho como gesto de sorpresa y de repudio a la solicitud de los ancianos.

En la escena siguiente se presenta el juicio seguido contra Susana: los dos ancianos aparecen sentados en el «bisellium» y ante ellos está Susana, esta vez cubierta con el velo y rodeada de sus parientes. Detrás de los ancianos se ve la figura de un joven en actitud de perplejidad, expresada, según es corriente en el lenguaje iconográfico paleocristiano, por el gesto de llevarse la mano derecha a la barbilla. Este joven ha sido interpretado como Daniel (el texto dice «un muchacho llamado Daniel» que presencia el suceso y va a entrar en acción. La siguiente escena presenta de nuevo a Susana, pero esta vez ante Daniel, que posa su mano sobre su cabeza. Tenemos ahora un Daniel alto, muy distinto



Historia de Susana. Sarcófago de Gerona (detalles).

al anterior, en cuya figura es fácil descubrir el rostro y el peinado de Cristo. Es una expresión clara de lo que Sotomayor ha denominada «la ley iconográfica del reemplazo o subrogación», mediante la cual un artista intenta decir «más de lo que la mera representación real expresa por sí misma» (24). En realidad es Daniel quien interviene para demostrar la inocencia de Susana, pero en Daniel es Cristo quien salva y libera, quien sale por los fueros de esta mujer acusada injustamente y hace que brille la justicia.

La escena siguiente no es sino el desenlace del tema: dos ángeles llevan al castigo a los viejos perjurios. No aparece aquí, como en otros sarcófagos, la lapidación de éstos, que es lo que se ajusta al texto. Están representados en cambio dos elementos que a juicio de Sotomayor, están relacionados con el castigo previsto en la diatriba de Daniel: la espada, que sostiene en su mano uno de los ángeles («¡Ya está el ángel del Señor esperando, espada en mano para partírte por el medio!») y el hacha que se ve junto a los pies de los viejos («¡El ángel de Dios ha recibido de El la sentencia y viene a partírte por el medio!»).

Este sarcófago situado cronológicamente dentro del grupo preconstantiniano (305-312), fue hallado en la zona próxima a la puerta correspondiente al «decumanus» de Gerona, donde se encuentra actualmente la iglesia de San Félix, en parte románica y en parte gótica. Este y otros sarcófagos paleocristianos, allí encontrados, se empotraron en los muros del presbiterio construido en el siglo XIV y allí han permanecido.

En cuanto a las mujeres del Nuevo Testamento representadas en los sarcófagos, destacan las figuras de María, la Madre de Jesús, siempre en las escenas de la Epifanía; la de la hemorroísa y las de las orantes, entre las que incluimos la de la «receptio animae» del sarcófago de Zaragoza, con toda la problemática suscitada en recientes investigaciones, y de la que ya hablamos ampliamente en nuestro anterior artículo (25). Voy, pues, a referirme solamente a los dos primeros temas.

En primer lugar está la represen-

tación de la Madre de Cristo en las cuatro escenas de la Epifanía que se conservan en España, tres de las cuales aparecen respectivamente en los sarcófagos de Layos, Barcelona y Castiliscar (Zaragoza), mientras que la cuarta, que pertenece a una tapa de sarcófago, fue localizada en 1974, al quitar el revoque de las paredes de la iglesia de Santa María de Temes, en la provincia de Lugo (26), donde había sido reutilizada como material de construcción. Las cuatro escenas se ajustan al esquema tradicional de este episodio: la Virgen está sentada en un sillón de mimbre y tiene el Niño en los brazos. Ante ella tres personajes, ataviados con gorro frigio, presentan sus dones. De todas las escenas epifánicas que nos han llegado, la de mayor belleza plástica es la del sarcófago de Castiliscar (Zaragoza), una pieza espléndida que se encuadra en el mejor arte funerario. En efecto, este sarcófago pertenece al llamado «Estilo blando», que preludia el renacimiento constantiniano, y ha sido ampliamente estudiado, primero por H. Schlunk (27) y después por Sotomayor (28). La escena de Epifanía a la que nos referimos ocupa, como suele ser habitual, la zona extrema derecha del friso es-

cultórico. La Virgen, de bien labrado rostro, aparece sentada en posición tres cuartos, un poco forzada —como ha observado Sotomayor— al estar su sillón de perfil. Tiene, según costumbre, el Niño, muy fajado, en los brazos. Ante ella los tres Reyes, llevando sus ofrendas no en platos sino en el hueco de las manos cubiertas con el manto, y representando cada uno una edad distinta: procediendo de izquierda a derecha, el primero es imberbe, el segundo tiene el mentón imberbe y largas patillas, y el tercero es barbado. Este detalle de expresar las distintas edades del hombre es algo que se generalizará en la iconografía a partir del siglo VIII, pero que aquí supone una auténtica anticipación.

El otro tema del Nuevo Testamento al que queremos referirnos, el tema de la curación de la hemorroísa, aparece representado en 6 sarcófagos hispanos. El más antiguo es el de Barcelona, constantiniano, una pieza muy rodada encontrada entre unos escombros, en la que la escena, que obedece al esquema normal, presenta fracturados los brazos tanto de la hemorroísa como de Cristo. Es por tanto imposible saber cuál era su posición primera. Es sabido que el investiga-



Eva. Adoración de los Magos. Sarcófago de Layos (detalle).



La «receptio animae». Sarcófago de Zaragoza (detalle).

dor Bruyne (29) estableció una clasificación de estas escenas según fuera la posición de los brazos de los protagonistas. En cuanto a la mujer habría un primer grupo en el que la hemorroísa coge con sus manos la orla del palio de Cristo. Un segundo grupo en el que levanta las manos en actitud suplicante sin tocar el vestido. Y un tercer grupo en el que la mano de la mujer ha sido esculpida sobre el palio de Cristo. También estableció este investigador una clasificación según fuera la actitud de Cristo: un primer grupo cuando impone su mano sobre la cabeza de la mujer. Un segundo grupo si toca a la mujer solamente con los dedos índice y medio de la mano derecha. Y un tercero si dirige la mano abierta hacia la mujer sin tocarla. Ciertamente en el sarcófago de Barcelona no es posible saber a qué grupo habría que adjudicar la escena, puesto que faltan los brazos tanto de la hemorroísa como de Cristo. Las escenas de los otros sarcófagos, en cambio pueden clasificarse así: en el de Marios, tardo-constantiniano, la hemorroísa coge el extremo del palio de Jesús (1.º grupo) y Cristo le toca la cabeza con los dedos índice y medio (2.º grupo).



Cristo y la hemorroísa. Sarcófago de Zaragoza (detalle).

En el de Zaragoza, también tardo-constantiniano, la hemorroísa levanta las manos en actitud de súplica (2.º grupo) y Cristo impone la mano sobre la cabeza de la mujer (1.º grupo). En el de Castiliscar, de estilo blando, la hemorroísa está en actitud de súplica, sin tocar el manto de Cristo (2.º grupo) y éste se dirige a ella con gesto oratorio, sin tocarla (3.º grupo). Y en el de Tarragona, de época teodosiana, la hemorroísa toca el palio de Cristo (1.º grupo) y Cristo toca la cabeza de la mujer con las puntas de todos sus dedos (1.º grupo). El sexto sar-

cófago que presenta esta escena está también en Tarragona, y pertenece al mismo período teodosiano, pero es apenas un pequeño fragmento en el que se conserva exclusivamente esta escena de la curación de la hemorroísa, un tanto fragmentada. Sin embargo, lo que queda nos permite ver que la mujer toca con ambas manos (que están rotas) el palio de Cristo mientras que éste extiende hacia abajo su mano derecha, rota también, sobre la cabeza de la mujer. Probablemente pertenecen ambos al primer grupo de Bruyne.

Todas estas escenas tan repetidas

ponen de manifiesto a mi juicio, algo que ya comenté en otras ocasiones y que me parece importante. La presencia de la escena de la hemorroísa es un testimonio más del talante de Cristo con respecto a una mujer, cuya enfermedad la conver-

tía en impura, en intocable. Pero Jesús no tiene inconveniente en tocarla, en curarla, y lo hace a la vista de todos, pasando por encima de prejuicios que, en el fondo, tenían su raíz en la propia condición biológica de la mujer. Una vez más Jesús

no se detiene en esos prejuicios y considera a la mujer una persona, sujeto de fe, digna de ser salvada, igual que lo es el hombre. Tal podría ser la conclusión final a la que llegamos tras este breve recorrido por la Hispania paleocristiana.

NOTAS

(1) Alonso Sánchez, M. A.: *La mujer en el contexto paleocristiano: los datos arqueológicos*, en «Pedro Poveda, Volumen-homenaje 1936-1986». Madrid, 1988, páginas 362-382.

(2) Hoyo Calleja, J. del: *La importancia de la mujer hispanorromana a la luz de los documentos epigráficos*, Madrid, 1987.

(3) Vives, J.: *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona, 1969.

(4) Alonso Sánchez, M. A.: *op. cit.* página 367.

(5) Vives, J.: *op. cit.* página 47, inscripción número 151.

(6) Fabrega Grau, A.: *Pasionario Hispánico: Monumenta Hispaniae Sacra*, Madrid-Barcelona, 1953.

(7) Sotomayor, M.: *La Iglesia en la España romana*, en «Historia de la Iglesia en España», BAC, Madrid, 1979, páginas 62 y siguientes.

(8) García y Bellido, A.: *Les religions orientales dans l'Espagne romaine*, Leiden, 1967, páginas 99 y 102-103.

(9) Sotomayor, M.: *op. cit.* páginas 64-65.

(10) Vives, J.: *Concilios visigóticos e hispanorromanos*, Barcelona-Madrid, 1963, página 12.

(11) Prudencio, A.: *Obras completas*, BAC, Madrid, 1950. Recientemente ha sido interpretada como probable representación del martirio de Santa Eulalia, la escena en relieve que aparece en un ladrillo decorado procedente de la zona de Lebrija, en la Bética. *Vid.* Recio Veganzones, A.: *Baetica paleocristiana y visigoda*, en «Rivista di Archeologia Cristiana», Roma, 1979, páginas 75-87.

(12) Sotomayor, M.: *op. cit.* página 78.

(13) Puertas Tricas, R.: *Iglesias hispánicas (siglos IV-VIII). Testimonios literarios*, Madrid 1975, páginas 60-61.

(14) Sotomayor, M.: *op. cit.* páginas 287 y ss.

(15) Jerónimo: Epístola 75.

(16) *Ibidem*, epístola 71.

(17) Arce, A. (edición preparada por): *Itinerario de la virgen Egeria*, BAC, número 416, 1980.

(18) *Ibidem*, página 155.

(19) Arce, A.: *op. cit.*, página 9.

(20) Sotomayor, M.: *op. cit.* página 371.

(21) *Ibidem*.

(22) Sotomayor, M.: *Sarcófagos hispano-cristianos de España. Estudio iconográfico*, Granada, 1985, página 233.

(23) *Ibidem*, páginas 41-46 y láminas I y 4.

(24) *Ibidem*, página 44.

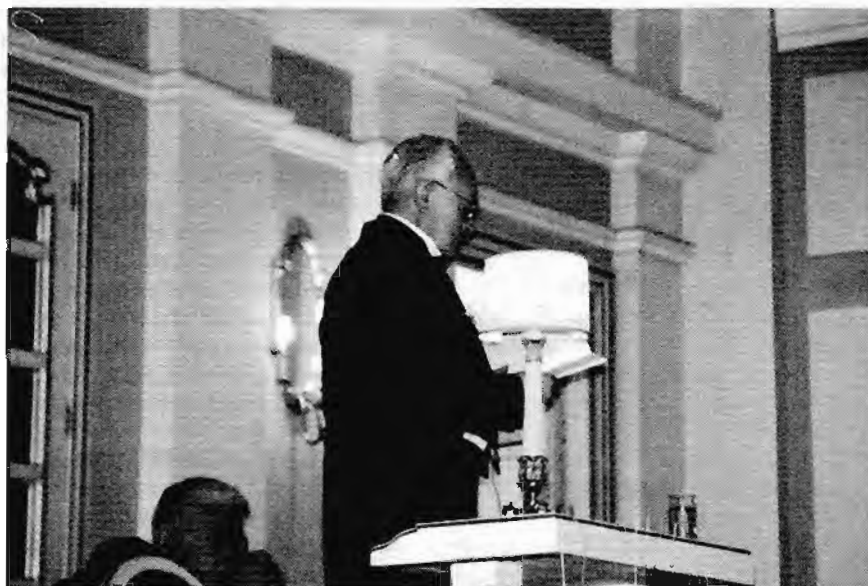
(25) Alonso Sánchez, M. A.: *op. cit.* páginas 376-379.

(26) Delgado Gómez, J.: *Tapa de sarcófago paleocristiano en Santa María de Temes-Carballedo (Lugo, España)*, en «Rivista di Archeologia Cristiana», Roma, 1976, páginas 303-324.

(27) Schlunk, H.: *El sarcófago de Castiliscar y los sarcófagos paleocristianos españoles de la primera mitad del siglo IV*, en «Príncipe de Viana», número 8, 1947, páginas 305-353.

(28) Sotomayor, M.: *Sarcófagos hispano-cristianos de España. Estudio iconográfico*, Granada, 1975, página 181.

(29) Bruyne, L. de: *L'imposition des mains dans l'art chrétien ancien*, en «Rivista di Archeologia Cristiana», Roma, 1943, páginas 113-278.



El día 14 de enero de 1990, leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia el profesor don José María Blázquez Martínez. El discurso versó sobre «La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella» y fue contestado por el excelentísimo señor don Antonio Blanco Freijeiro. Desde estas páginas nos congratulamos por tan merecida distinción y hacemos patente nuestra enhorabuena.

Foto.—Ana Vázquez.

ACTIVIDADES DE LA ASOCIACION

JUNTA ANUAL ORDINARIA

El día 28 de marzo de 1990 ha tenido lugar la Junta Anual Reglamentaria de esta Asociación, constituyéndose la mesa en segunda convocatoria bajo la presidencia de don Emeterio Cuadrado. Según el orden del día programado y después del informe del señor presidente, se procedió a la aprobación del acta anterior, del balance de cuentas de 1989 y del presupuesto para el presente año 1990. Asimismo, ante la falta de candidaturas alternativas, se renovó la Junta de Gobierno con la lista propuesta por la Junta.

Entre los acuerdos tomados, se autorizó a la Junta de Gobierno para aumentar las cuotas hasta 5.000 pesetas, en el momento en que lo juzgue conveniente, para poder mantener las actividades que la Asociación realiza. Se produjo un intenso debate sobre las actuaciones que se deberían realizar para la captación de nuevos socios, señalándose entre otras previstas, la participación más activa por parte de los miembros de la Asociación en difundir la labor cultural hacia otros colectivos, especialmente los jóvenes.

VIAJES CULTURALES

Se han realizado cuatro excursiones organizadas por don Antonio Higuera a: Córdoba, Sevilla, Tarazona (Zaragoza), Alcalá de Henares (Madrid) y Palencia.

CONFERENCIAS PROGRAMADAS PARA EL CURSO 1989-1990 (*)

Octubre

Día 17: Apertura del Curso: Excavar en Soria. Don Juan Morán Cabré (ICOREBIC).

Día 24: El oráculo de Delfos en un relieve del Museo Arqueológico Nacional. Doctor Miguel A. Elvira (UC) y doctor Jesús Sánchez (UC).

Día 31: Excavaciones en el Valle del Rhin: tras la huella de Neanderthal. Doctor J. Jacobo Storch (UC).

Noviembre

Día 7: Carlos III y el comienzo de las excavaciones de Herculano y Pompeya. Doctora Clara Bencibenga.

Día 14: La motilla de Santa María del Retamar. Doctora Katia Galán (UAM).

Día 28: Estelas medievales. Doctor Carlos de la Casa (Servicio de Arqueología de Soria).

Diciembre

Día 5: La fundación de Mérida: nuevas perspectivas. Doctora Alicia Canto de Gregorio (UAM).

Día 12: Simbolismo alfabético cristiano. Doctora María Angeles Alonso (UAM).

Día 19: Navegación pre-fenicia en el Mediterráneo a través de los Santuarios costeros. Doctor J. María Luzón (director del MAN).

Enero

Día 16: ¿Paleolítico Inferior Arcaico en la península ibérica? Doctor Manuel Santonja Gómez (Museo Provincial de Salamanca).

Día 23: La Ceca de Toledo. Doctora María Josefa Martín-Peñato Lázaro.

Día 30: Parques arqueológicos. Doctora María Angeles Querol (UCM).

Febrero

Día 6: Problemas del arte rupestre paleolítico. Doctor Antonio Beltrán (Universidad de Zaragoza).

Día 13: Arqueología cordobesa. Doctora Ana María Vicent (Museo de Córdoba).

Día 20: El Museo Sefardí de Toledo. Doctora Ana María López Álvarez (directora) y don Santiago Palomero (conservador).

Marzo

Día 6: Fauna piscícola de los yacimientos arqueológicos andaluces. Doctora E. Roselló Izquierdo (UAM).

Día 13: El poblado de la Edad del Bronce del Lomo, (Cogolludo, Guadalajara). Doctor Jesús Valiente (Universidad de Alcalá de Henares).

Día 20: Junta anual reglamentaria de asociados.

Día 27: Arqueología del oro. Doctora Alicia Perca (CSIC).

Abril

Día 3: Geografía y organización territorial de la civilización tartésica. Doctor Manuel Bendala Galán (UAM).

Día 24: El origen de la Metalurgia en el SE de la península ibérica. Doctor Salvador Rovira (Museo de América).

Mayo

Día 8: Piezas de importación en la necrópolis ibérica de los Villares (Albacete). Doctor Juan Blánquez (UAM).

Día 22: Colonización fenicia en Chipre y la península ibérica. Doctor Juan Pedro Garrido (UC).

Día 29: La música en la antigüedad. Doña Raquel Castelo Ruano (arqueóloga).

Junio

Día 5: Técnicas de edificación romana en Mérida. Doña Rosalía Durán (arqueóloga).

Día 12: La iglesia visigoda de Santa Lucía del Trampal (Alcázar, Cáceres). Doctor Luis Caballero Zoreda (CSIC).

Día 19: Sesión de clausura: el bronce final en la submeseta sur: nuevas interpretaciones. Doctora Concha Blasco Bosqued (UAM).

(*) Las conferencias tendrán lugar en el Salón de Actos de la Escuela Oficial de Restauración de Obras de Arte, sito en la calle Guillermo Rolland, 2. Madrid, a las 7 de la tarde.

LIBROS RECIBIDOS

- Alonso, A., y Mir, A.: *El conjunt rupestre de la Vall de la Coma (l'Albi, les Garrigues)*. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1986.
- Aparicio, J.; Beltrán, A., y Boronat, J.: *Nuevas pinturas rupestres en la Comunidad Valenciana*. Volúmenes I y II. Academia de Cultura Valenciana. Serie Arqueológica, número 13, Valencia, 1988.
- Bolos, J., y Mallart, L.: *La granja cistercenca d'Ancosa (La Llacuna, Anoia)*. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1986.
- Ferreira, E.: «Los caminos medievales de Galicia.» *Boletín Avriense*. Anexo 9. Museo Arqueológico Provincial. Ourense, 1988.
- Gallego, O.: «La organización administrativa territorial de la antigua provincia de Ourense a mediados del siglo XVIII.» *Boletín Avriense*. Anexo 10. Museo Arqueológico Provincial, Ourense, 1988.
- Martínez, A., y Unzueta, M.: «Estudio del material romano de la Cueva de Peña Forua (Forua-Vizcaya).» *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, 11. Universidad de Deusto, Bilbao, 1988.
- Martínez Fronce, F. M.: *Introducción al Tarancón Primero*. Concejalía de Cultura, excelentísimo Ayuntamiento de Tarancón, 1988.
- Martínez Navarrete, María I.: *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Madrid, 1989.
- Ruano Ruiz, E.: *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1988.
- Serrano, D.: *Yacimientos ibéricos y romanos de La Ribera (Valencia, España)*. Academia de Cultura Valenciana. Serie Arqueológica, número 12, Valencia, 1987.
- Villalba, M. J., Bañolas, L., Arenas, J., y Alonso, M.: *Les mines neolítiques de Can Tintorer (Gavá)*. Excavaciones 1978-1980. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1986.

REVISTAS RECIBIDAS

- Ad Quintum*, número 4 (1976) (Gruppo Archeologico «Ad Quintum» di Collegno, Torino).
- Antiquités Nationales*, 14-15 (1982-83); 16-17 (1984-85); 18-19 (1986-87) (Musée des Antiquités Nationales et Société des amis du Château de Saint-Germain-en-Laye, Paris).
- Antropología y Paleoecología Humana*, número 3 (1983); 4 (1986); 5 (1988) (Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas. Diputación Provincial de Granada).
- Archéologie en Languedoc*, números 1-4 (1985); 1-3 (1986); 1-3 (1987) (Fédération Archéologique de L'Hérault. Musée Paul Valéry, Sète).
- Archivo de Prehistoria Levantina*, volumen XVII (1987) (Servicio de Investigación Prehistórica. Diputación Provincial de Valencia).
- Arqueologia*, número 9 (1984); 10 (1984); 11 (1985); 12 (1985); 13 (1986); 14 (1986); 15 (1987); 17 (1988); 18 (1988) (Grupo de Estudios Arqueológicos do Porto).
- Bajo Aragón Prehistoria*, volúmenes VII-VIII (1986-87) (Grupo Cultural Caspolino. Caspe).
- Boletín Avriense*, tomo XI (1981); XII (1982); XIII (1983); XVI (1986); XVII (1987) (Museo Arqueológico Provincial. Ourense).
- Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, números 1-135 (Instituto de Estudios Giennenses. Jaén).
- Bulletin Signalétique 525. Préhistoire et Protohistoire*, volumen 37, número 4 (1983); volumen 38, números 1, 4 (1984); volumen 39, números 1, 3 y 4 (1985); volumen 40, números 1, 2, 3 y 4 (1986); volumen 41, números 1-2 y 3 (1987); volumen 42, números 1, 2 y 4 (1988); volumen 43, número 1 (1989) (CNRS, Paris).
- Bulletí Arqueològic*, número 2 (1980); 3 (1981) (Reial Societat Arqueològica Tarraconense. Tarragona).
- Cálamo. Revista de Cultura Hispano-Arabe*, número 9 (1986); 14 (1987) (Instituto Hispano-Arabe de Cultura. Madrid).
- Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, números 7-8 (1980-81); 9-10 (1982-83); 11-12 (1984-85); 13-14 (1986-87) (Departamento de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid).
- Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, número 1 (1976); 2 (1977); 3 (1978); 4 (1979); 5 (1980); 6 (1981); 7 (1982); 9 (1984); 10 (1985) (Departamento de Prehistoria, Facultad de Filosofía y Letras de Granada).
- Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, número 10 (1984); 11 (1985) (Servicio de Arqueología. Diputación Provincial de la Plana).
- Cypsel*, volumen IV (1982) (Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona. Diputació de Girona).
- Estudios de Arqueología Alavesa*, número 12 (1985); 14 (1986); 15 (1987) (Instituto Alavés de Arqueología. Diputación Foral de Alava).
- Ilerda*, volumen XLV (1984), XLVI (1985) (Instituto de Estudios Ilerdenses. CSIC Diputación Provincial de Lérida).
- Índice Español de Humanidades*, volumen IV (1986) (Instituto de Información y Documentación en Ciencias Sociales y Humanidades. CSIC Madrid).
- Informació Arqueològica*, número 39 (1982); 40 (1983); 44 (1985) (Institut de Prehistòria i Arqueologia. Diputació de Barcelona).
- Ipoanirrop*, número 3 (1987) (Gruppo Speleologico Paleontologico Gaetano Chierici. Reggio Roma).
- Italica*, número 17 (1984) (Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. CSIC Madrid).
- Kobie. Bellas Artes*, número 2 (1984); 3 (1985-86) (Diputación Foral de Vizcaya).
- Kobie. Revista de Ciencias*, número 12 (1985); 13 (1983) (Grupo Espeleológico Vizcaino. Diputación Foral de Vizcaya).
- Lapiaz*, 11-12 (1983); 13 (1984) (Federació Valenciana d'Espeleologia. València).
- Mediterranea*, número 13 (1985) (Grup Mediterrania d'Investigacions Speleològiques. Barcelona).
- Munibe. (Antropología-Arqueología)*, número 37 (1985); 38 (1986); 39 (1987) (Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastián).
- Museo de Zaragoza. Boletín*, número 2 (1983); 3 (1984); 4 (1985); 5 (1986).
- Oretvni*, volumen I (1985) (Museo de Ciudad Real).
- Paleoetnológica*, número 1 (1985); 2 (1985-86); 3 (1985) (Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires).
- Reporte de Investigación del Instituto de Ciencias Sociales*, número 3 (1985); 5 (1986) (Academia de Ciencias de Cuba).
- Rivista di Studi Liguri*, números 1-4 (1984); 1-4 (1985); 1-4 (1986) (Istituto Internazionale di Studi Liguri. Bordighera).
- Revista Española de Antropología Americana*, volumen XV (1985); XVI (1986); XVII (1987) (Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid).
- Saguntum*, número 18 (1984); 19 (1985); 20 (1986); 21 (1987) (Dept. Prehistòria i Arqueologia. Fac. Geografia i Història. Univ. de València).
- Serie Histórica*, números 1-4 y 11-12 (1969); 13 (1970) (Academia de Ciencias de Cuba).
- Teruel*, número 71 (1984); 72 (1984); 73 (1985); 74 (1985); 75 (1986); 76 (1986) (Instituto de Estudios Turolenses. Diputación Prov. de Teruel).
- Tribuna d'Arqueologia*, 1984-85, 1985-86, 1986-87 (Departament de Cultura Generalitat de Catalunya).
- Varia III. Serie Arqueológica*, número 10 (1984) (Departamento de Historia Antigua, Facultad de Geografía e Historia. Universidad de Valencia).
- Veleia. Revista de Prehistoria, Historia Antigua, Arqueología y Filología Clásicas*, número 1 (1984); 2-3 (1985); 4 (1987) (Instituto de Ciencias de la Antigüedad. Universidad del País Vasco. Vitoria).
- Polis I*, 1989. Area de Historia Antigua. Universidad de Alcalá (Madrid).

